

Quehacer editorial

7

Editores, lectores y globalización o la desmitificación de la cultura letrada



Lauro Zavala • Luz María Silva • Ricardo Nudelman
Arón Gilbert • Juan Domingo Argüelles
Tomás Granados • Joaquín Lloréns
Miguel Ángel Guzmán • Alejandro Zenker

Quehacer 7
editorial



www.solareditores.com

Director general

Alejandro Zenker

zenker@solareditores.com

Cuidado editorial

Elizabeth González

ego@solareditores.com

Tipografía y formación

Víctor Daniel Abarca

victor@solareditores.com

Javier Yáñez Jiménez

Producción

Beatriz Hernández

bety@solareditores.com

Relaciones públicas

Laura Rojo

laura@solareditores.com

Publicada en colaboración con el Instituto del Libro y la Lectura, A.C. (ILLAC, www.illac.com.mx) y con la Red Internacional de Editores y Proyectos Alternativos (RIEPA, www.riepa.org).

Viñetas: Mauricio Morán, Xiluén Zenker y Carlos González.

Fotos: Alejandro Zenker.

Las citas de las falsas en la revista son de la autoría del doctor Gonzalo Báez (1899-1983), oaxaqueño universal, reconocido escritor, maestro, traductor y periodista que, entre los variados intereses que atrajeron su curiosidad, se ocupó de cuestiones del lenguaje que firmaba con el seudónimo de Pedro Gringoire. La selección que aquí ofrecemos apareció en su columna "Disparatario", en la revista *Tiempo*, en el año de 1966. Agradecemos a su hijo, Victoriano Báez Camargo, el habernos facilitado dicho material.

Quehacer editorial es una revista editada y publicada por Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V., Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Teléfono y fax 5515-1657 con 12 líneas. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2008.

Quehacer editorial es una publicación abierta, de análisis y debate, por lo que las opiniones expresadas en sus páginas no reflejan forzosamente las de sus editores, sino las de los autores, únicos responsables de sus artículos. No respondemos por originales no solicitados, pero invitamos a todos los involucrados en el proceso de producción y en el ciclo del libro a enviarnos sus colaboraciones a la dirección qe@solareditores.com. La versión electrónica de la revista la encuentran en nuestra página www.solareditores.com.

Contenido número 7

- 7 La vida en las bibliotecas,
LAURO ZAVALA
- 21 México globalizado. Una tarde de bibliotecas
en internet,
LUZ MARÍA SILVA
- 26 Las librerías, estándares, modelos, técnicas,
RICARDO NUDELMAN
- 31 Apaguen la televisión,
ARÓN GILBERT
- 39 Entrevista: Hay que desmitificar la cultura
letrada, desacralizarla y revalorar las otras lecturas,
JUAN DOMINGO ARGÜELLES
- 67 **Recomendamos:** Lauro Zavala,
Antonio Orihuela, Juan Domingo Argüelles
- 83 Entrevista: Hacen falta más librerías, mejores
libreros y más y mejores editores,
TOMÁS GRANADOS
- 121 Pequeña guía del viaje empresarial del editor
independiente,
JOAQUÍN LLORÉNS

131 Producción editorial o cómo resolveremos
las cosas,
MIGUEL ÁNGEL GUZMÁN

149 Colaboradores

Divino. En un prospecto de viajes a Nueva York, se anuncia entre otros sitios de interés para el turista, la “Catedral de San Juan el Divino”. ¡Una barbaridad! Eso es más que la canonización. Es la divinización de quien, humilde discípulo de Cristo, habría considerado blasfemia y sacrilegio que se le diera tan elevado título. Como siempre, el disparate viene de una precipitada traducción del inglés y de la trampa de los vocablos con forma parecida. Porque sucede que en ese idioma, si el adjetivo *divine* se traduce correctamente *divino*, con el sustantivo *divine* no pasa así. Entonces quiere decir “un sacerdote o ministro del culto” y más particularmente, “un teólogo”. El famoso templo anglicano de la llamada ciudad de los rascacielos, se denomina, pues, en verdadero castellano, *Catedral de San Juan el Teólogo*.

24 de octubre de 1966

La vida en las bibliotecas

Las bibliotecas siguen siendo espacios privilegiados para preservar la memoria. En lo que sigue presento algunas imágenes sobre mi experiencia como usuario cotidiano, explorador curioso y turista bibliográfico en diversas bibliotecas universitarias, públicas y personales, como una forma de compartir lo que distingue a un lector de los otros, es decir, su propio universo bibliográfico.

Todavía no ha sido escrito un libro —o una serie de libros— dirigido a los viajeros de todo el mundo, que contenga una guía ilustrada con fotografías de las principales (y las no tan famosas, pero muy disfrutables) bibliotecas y librerías del mundo.¹ A pesar de la utilidad que tienen internet y los discos compactos como parte del universo bibliotecario, no hay nada que se compare con la posibilidad de disfrutar de una buena sala de lectura.

El concepto mismo de biblioteca ha evolucionado desde la Antigüedad hasta los medios digitales, pero cada lector tiene su propia biografía bibliográfica.² Recuerdo, cuando era niño, cómo los muebles de nuestro modesto departamento

A pesar de la utilidad que tienen internet y los discos compactos como parte del universo bibliotecario, no hay nada que se compare con la posibilidad de disfrutar de una buena sala de lectura.

¹ Lo más próximo es el volumen de Guillaume de Laubier: *The Most Beautiful Libraries in the World* (Nueva York, Harry N. Abrams, 2003), con fotografías en color de 20 importantes bibliotecas occidentales. Y más recientemente, la colección de fotografías de Candida Höfer: *Bibliotheken* (Munich, Schirmer/Mosel, 2005), con introducción de Umberto Eco.

² Una de las historias más interesantes es la reciente de Matthew Battles, *Library: An Unquiet History*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, 256 p.

estaban cubiertos con las fichas de los índices analíticos que mi papá preparaba como editor en jefe de la serie de Antropología del Fondo de Cultura Económica. Tal vez esa experiencia ha marcado gran parte de mi vocación aristotélica de creación de teorías, taxonomías y epistemologías.

Las bibliotecas universitarias

Todo bibliófilo tiene sus bibliotecas favoritas. Y todo investigador ha nutrido su trabajo en las bibliotecas universitarias. Las mejores son, sin duda, las de las grandes universidades, como Oxford (cuya matriz es la famosa Bodleian, ubicada en un antiguo castillo medieval); Columbia (la mayor parte de cuyos siete pisos son subterráneos); Princeton (donde trabajaba el mismísimo Einstein); New York University (NYU, en el centro simbólico de la manzana, es decir, en Washington Square); Santa Bárbara (desde cuyas ventanas es posible observar el Océano Pacífico) y otras, donde he consultado diversos materiales para trabajar sobre proyectos específicos. Con mucha sorpresa he encontrado materiales valiosísimos sobre literatura mexicana en las bibliotecas de estas universidades extranjeras, precisamente aquellos que nunca localicé en las bibliotecas mexicanas.

La experiencia de explorar los acervos en las bibliotecas de las grandes universidades de investigación es similar a la que tiene un niño que súbitamente tiene acceso a alguna enorme y bien surtida dulcería. Con toda claridad recuerdo la arquitectura y el tipo de materiales que localicé en las bibliotecas universitarias de varias ciudades estadounidenses, como Berkeley, Stanford, San Diego, Los Ángeles y Humboldt en California; Las Cruces en Nuevo México; Swarthmore en Pennsylvania; Tallahassee en Florida; Stillwater en Oklahoma; Austin y El Paso en Texas; Tempe en Arizona; Seattle en Washington, Eugene en Oregon, y también algunas canadienses, como Toronto, Ottawa, Vancouver, Calgary y muchas otras.

A todas estas bibliotecas he tenido acceso en diversos periodos, que van desde un par de horas (en la exclusiva biblioteca de Princeton, donde un lector externo debe contar

Con mucha sorpresa he encontrado materiales valiosísimos sobre literatura mexicana en las bibliotecas de universidades extranjeras, precisamente aquellos que nunca localicé en las bibliotecas mexicanas.

con una carta especial para franquear la entrada) hasta ocho meses (en la Universidad de Oregon). Estas experiencias me permiten señalar las comodidades innumerables que tiene el lector en estas bibliotecas universitarias. Todas están alfombradas para amortiguar el ruido de los usuarios; hay fotocopiadoras de autoservicio en cada sección de cada piso (lo cual es particularmente útil, en especial para un lector extranjero), y el servicio de préstamo es instantáneo, pues todos los libros tienen tarjetas de barras desde hace muchos años.

Muchas de estas bibliotecas están abiertas las 24 horas, y conservan con ese horario los servicios de cafetería y papelería, además de tener cabinas telefónicas a prueba del ruido externo y, en algunos casos, pequeñas salas con camas para descansar antes de continuar leyendo.

La biblioteca universitaria más grande del mundo (Harvard College Library) se encuentra en la Widener Library, en la Universidad de Harvard.

En México, la Universidad Nacional cuenta con una extensa y funcional red de bibliotecas cuyo acervo completo es accesible a través de la red electrónica, e incluyen la moderna Biblioteca Nacional. Por su parte, la Biblioteca Daniel Cosío Villegas, de El Colegio de México (*mi alma mater*), es una de las más actualizadas y funcionales del país. Algunas bibliotecas universitarias cuentan con acervos especiales dedicados a estudios sobre literatura hispanoamericana, como es el caso de la Universidad de Sevilla (en España), la Universidad Eötvös Loránd, de Budapest (en Hungría) y la Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa (en México).

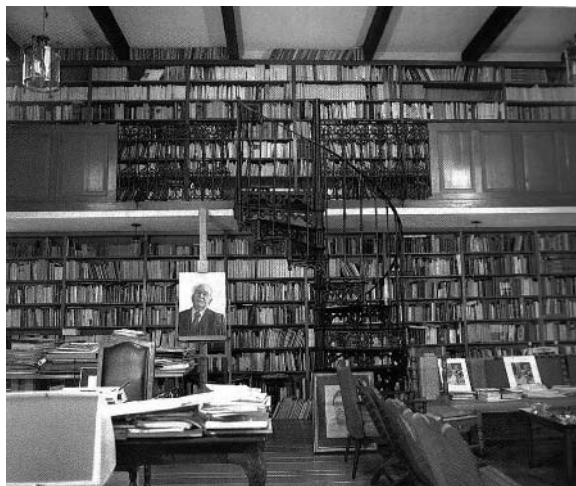


Foto: Lauro Zavala.

Biblioteca de Andrés Henestrosa.

Complementos de una buena biblioteca: horarios flexibles, servicio de fotocopiado de autoservicio, de cafetería, papelería e internet.

Soy investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco y puedo señalar que desde 2007 este campus universitario cuenta con una biblioteca digital a la que es posible acceder por internet. Esta biblioteca digital (conocida como BiDi) contiene digitalizados en archivo completo, y accesibles de manera gratuita, todos los artículos de investigación publicados por las revistas de esta universidad desde su creación, en 1977, organizados por revista, autor y palabras clave. Al ser accesibles a través de Google, los materiales publicados en Xochimilco ahora tienen presencia internacional, a la par de los más importantes centros de investigación.

Las grandes bibliotecas públicas

La Biblioteca del Congreso es la institución cultural federal más antigua de Estados Unidos, es también la más grande del mundo, con millones de libros, grabaciones, fotografías, mapas y manuscritos en sus colecciones.

La Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos (American Library Association) registra más de 100 000 bibliotecas públicas en ese país.³ Por su parte, una de las más extensas bibliotecas del mundo contemporáneo es la del Vaticano, que está formada por kilómetros interminables de galerías a las que sólo tienen acceso los expertos en historia de las religiones. Pero tal vez la más grande de todas sea la enorme Library of Congress, en Washington, rodeada de cerezos que se cubren de nieve en invierno. Sus 21 salas de lectura están abiertas al público, y el acervo también está disponible en línea. Hasta la fecha cuenta con más de 20 millones de libros. Este acervo se incrementa en 10 000 volúmenes cada día.⁴

Por cierto, si visita esta espléndida biblioteca, puede aprovechar el viaje para conocer también en esa ciudad la biblioteca más grande del mundo en materiales sobre William Shakespeare, la Folger Shakespeare Library que, además, es un prestigioso centro de investigación.

³ John Y. Cole, en *For the Love of Libraries. A Book of Postcards*, fotografías y anécdotas, de Diane Griliches, California, Pomegranate, 1998.

⁴ Blaine Marshall y Alexander Hovan, *The Thomas Jefferson Building, The Library of Congress*, Washington, Scala, 2003, p. 63.

También son dignas de llamar la atención las bibliotecas del sistema correccional en Estados Unidos, como la conocida Law Library de la Massachusetts Correctional Institution, en Norfolk. Ahí fue trasladado Malcolm X a petición de su hermana. En alguna ocasión él declaró: “Diez guardias no hubieran sido suficientes para alejarme de esos libros. Los meses transcurrieron sin que pensara que estaba en prisión. Nunca he sido más libre”.⁵

También fue en una de estas bibliotecas correccionales (en San Quintín, California) donde Stan Tookie Wilson escribió sus libros. Después de crear una de las más peligrosas bandas de gánsteres en Los Ángeles, Wilson fue encarcelado y ahí escribió una serie de siete textos dirigidos a los niños para que eviten tener una vida violenta. Por este trabajo, Wilson fue nominado al Premio Nobel de la Paz.⁶ Sin embargo, no fue suficiente para que se le condonara la pena de muerte, lo cual le costó al gobernador del estado, el actor Arnold Schwarzenegger, que su ciudad natal, en Austria, le retirara las llaves de la ciudad y borrara su nombre del estadio nacional.

Por otra parte, en Watertown, Massachussets, se encuentra una de las más famosas bibliotecas en sistema Braille, la Perkins School for the Blind Library. Y en *El nombre de la rosa* el narrador menciona la espectacular bibliote-



Foto: Lauro Zavala.

Bibliothèque Nationale.

La Biblioteca Perkins de libros en Braille y audiolibros presta sus servicios a unos 18 000 lectores ciegos, débiles visuales o incapaces de leer material impreso.

⁵La cita está tomada del libro de Diane Griliches (véase la nota 3).

⁶Esta historia puede verse en la película de ficción *Redemption: The Stan Tookie Williams Story* (2004), dirigida por Vondie Curtis-Hall y protagonizada por Jamie Foxx.

ca del Monasterio de Melk, en Austria, que sirvió como una de las referencias para el diseño de la biblioteca laberíntica de la novela de Umberto Eco.

Para el resto de los mortales se encuentra la legendaria New York Public Library, que aparece con cierta frecuencia en películas y series de televisión, y cuya sala central es especialmente amplia. La Biblioteca Pública de Madrid cuenta con un sistema de vigilancia extremo debido a experiencias anteriores, y el usuario sólo puede pedir tres libros a la vez, los cuales son depositados por las encargadas con guantes blancos en la mesa asignada al lector. Por su parte, el acervo de la Sociedad Hispánica cuenta con una doble pared de asbesto para proteger los libros de incendios imprevistos.

En Bogotá se encuentra la Biblioteca Luis Ángel Arango, que se precia de ser una de las más completas y eficientes de Hispanoamérica, y cuyo acervo está disponible en línea; y en Moscú está la enorme Biblioteca del Pueblo Ruso, que cuenta con numerosos materiales en casi todas las lenguas del planeta.

Quien visite París se beneficiará de la pequeña guía para turistas que lleva el título de *Paris en toutes lettres*, donde no sólo

se comenta cada una de las principales bibliotecas públicas y especializadas de la ciudad, sino también las más importantes librerías, y los sitios donde vivían, se reunían y comían los escritores más famosos que han vivido en la ciudad. Por supuesto, este volumen se complementa con un útil *Paris cinéphile*.⁷ Y entre las salas de lectura de las bi-



Foto: Lauro Zavala

Bibliothèque Saint-Geneviève.

⁷ En esta colección de más de 50 volúmenes hay algunos, como *À chacun son café*, *Avoir un chat à Paris*, *Chanter à Paris*, *Paris Chocolat*, etc., publicados por la editorial Parigramme.

blotecas públicas del mundo, algunas de las más bellas son la de la Bibliothèque Nationale y la muy cinematográfica Bibliothèque Saint-Geneviève, ambas en París.

Una reflexión informada sobre lectores, bibliotecas y librerías en México se encuentra en trabajos como *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, de Fernando Escalante Gonzalbo.⁸

Está por escribirse un recuento de las bibliotecas y librerías en la historia del cine, donde sin duda destacarían el breve documental de Alain Resnais, *Tout la mémoire du monde*, y algunas películas de ficción, como *El nombre de la rosa*, de Jean-Jacques Annaud; la biográfica *Una mente brillante*; y algunas de naturaleza metaficcional, como *The Page Master* y *La historia sin fin*. O aquella otra en que la protagonista es una “apasionada, maniática y extravagante” bibliófila (84, *Charing Cross Road*), esta última basada en las memorias epistolares de Helene Hanff.⁹

En mi biografía bibliográfica ocupa un lugar especial la Biblioteca Benjamín Franklin, que depende de la embajada de Estados Unidos. En la década de 1960 pasé de la primaria a la preparatoria, y ocupaba las lánguidas tardes urbanas en viajar desde San Ángel hasta la calle de Londres, en la Zona Rosa, para visitar esta atractiva y bien iluminada biblioteca, nutrida con numerosos discos, revistas y novedades bibliográficas.

Creo que al tener acceso a esta diversidad de materiales, bien ordenados y accesibles, se desarrolló mi vocación por la investigación y la docencia. No recuerdo haber estudiado nunca los libros de texto gratuitos ni los de secundaria, pero sí haber tenido siempre las mejores calificaciones en la escuela. Simplemente leía todo lo que

La Biblioteca Benjamín Franklin abrió sus puertas al público en 1942 para promover la amistad entre Estados Unidos y México a través de la lectura.

⁸ Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, El Colegio de México, 2007.

⁹ Esta novela epistolar está traducida en editorial Anagrama (Barcelona, 2002) a partir de la versión publicada originalmente en Nueva York en 1970. Hay una versión cinematográfica: *84, Charing Cross Road (Nunca la vi, siempre la amé)*, dirigida por David Jones (1986), en la que participan Anne Bancroft y Anthony Hopkins.

llamaba mi atención en la biblioteca, y recorría todos los estantes, del primero hasta el último título, lo cual me parecía muy emocionante.

Utilizaba esta biblioteca como refugio para irme de pintura todos los días (como otros juegan fútbol, beben cerveza o ven televisión). Es decir, esta biblioteca era el mejor lugar para pasar el tiempo; la biblioteca como el lugar más divertido, estimulante y luminoso de la ciudad (además de las salas de cine, las salas de concierto y las salas que ocupaban el centro de las casas de mis novias).

Las bibliotecas personales

En un recorrido por las bibliotecas que aparecen en libros sería necesario mencionar las novelas policiacas cuyos crímenes ocurren en una biblioteca.¹⁰ Por su parte, Debra Castillo ha escrito un extenso estudio sobre la presencia de las bibliotecas personales en la literatura occidental, su valor simbólico y su interés filosófico.¹¹ Una de las bibliotecas personales que seguramente sería interesante conocer es la de Umberto Eco, quien todavía es capaz de hacer descubrimientos de materiales antiguos entre sus estantes.

Entre las guías para organizar la propia biblioteca se encuentra la que forma parte de la serie Esprit Déco: *Bibliothèques*.¹² Y, por supuesto, aquí es necesario destacar la existencia de un *table-book* donde se han reunido fotografías de bibliotecas diseñadas por arquitectos, *At Home with Books. How Book-Lovers Live with and Care for Their Libraries*.¹³ Este último volumen contiene las direcciones de las 30 bibliotecas más importantes en el mundo, así como

¹⁰ A este tema he dedicado un trabajo en mi libro *Instrucciones para asesinar a un profesor. Viñetas de la vida académica*, México, UABCS/Praxis, 2008.

¹¹ Debra Castillo, *The Translated World: A Postmodern Tour of Libraries in Literature*, Florida State University, 1985, 356 p.

¹² Marie-Pierre Dubois Petroff, *Bibliothèques*, París, Bassin, 2004, 94 p.

¹³ Estelle Ellis et al., *At Home with Books. How Book-Lovers Live with and Care for Their Libraries*, Nueva York, Carole Southern Books, 1995, 248 p.

una relación de tiendas dedicadas a atender las necesidades de las bibliotecas y sus usuarios.

En Brasil se ha publicado el volumen *O lugar do escritor*,¹⁴ donde se reúnen fotografías de 36 escritores brasileños en su lugar de trabajo, es decir, en su estudio personal, que generalmente es también el centro de su propia biblioteca. Este volumen contiene, además, declaraciones de cada escritor acerca de su experiencia de escritura y un perfil sobre su producción literaria. Hay volúmenes similares sobre los espacios personales de trabajo de algunos escritores de Alemania, Estados Unidos y Francia.

En México hay un libro en el que se documenta la existencia de algunas de las más notables bibliotecas privadas de investigadores universitarios: *Casas-biblioteca de mexicanos (Bibliotecas privadas)*.¹⁵ En este volumen se encuentran fotografías de las bibliotecas personales y testimonios de lectura de Gonzalo Celorio, Ruy Pérez Tamayo, Luis Mario Schneider y José Luis Martínez, entre otros.

Tal vez conviene destacar en esa colección la amplia capilla especial diseñada por Luis Mario Schneider en Malinalco, y en la que se conserva un acervo de 22 400 volúmenes sobre literatura hispanoamericana. Al fallecer Schneider, este acervo quedó abierto al público. Se trata de una construcción abovedada donde los libros se encuentran en los estantes acanalados que fueron contru

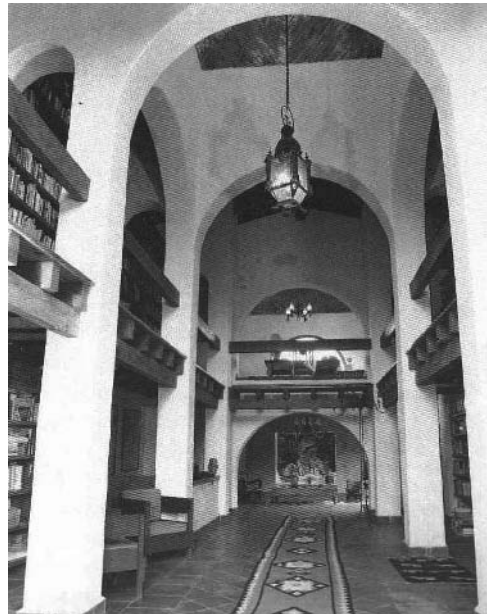


Foto: Lauro Zavala.

Biblioteca de Luis Mario Schneider.

¹⁴ Eder Chiodetto, *O lugar do escritor*, São Paulo, Cosac & Naify, 2002, 196 p.

¹⁵ *Casas-bibliotecas de mexicanos (Bibliotecas privadas)*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Biblioteca Nacional/Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México, en coedición con el Gobierno del Estado de Guerrero, 1992, 154 p.

*Al no existir en México
una política explícita
para la adquisición y
resguardo de las
bibliotecas privadas, la
de Augusto Monterroso
fue donada a la
Universidad de Oviedo.*

cada lado, debajo de las altísimas bóvedas, y donde el estudio del dueño permite observar desde arriba los libros. Es una especie de catedral de la lectura individual.

En el año 2007, al fallecer el crítico J. L. Martínez, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes adquirió en dos millones de dólares su biblioteca personal, que contiene 62 000 volúmenes sobre literatura mexicana, y que estará abierta al público. Esta biblioteca es tan atractiva que el escritor José de la Colina ha realizado visitas guiadas para los interesados, como parte del programa de actividades culturales del Gobierno del Distrito Federal.

Por su parte, las bibliotecas privadas que pertenecían a Salvador Novo, Octavio Paz y Alfonso Reyes ahora están abiertas al público por su interés especial. La de Reyes es conocida como Capilla Alfonsina y se encuentra cerca de la Librería Rosario Castellanos, en la colonia Condesa de la ciudad de México. Las de Novo y de Paz se encuentran en la conocida zona de Coyoacán.

Afortunadamente, la biblioteca de Efraín Huerta, así como la del matrimonio Cardoza y Aragón, fueron donadas a la Biblioteca Nacional, donde son resguardadas con apoyo del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas de la misma Universidad Nacional. Sin embargo, al no existir en el

país una política explícita para la adquisición y resguardo de las valiosas bibliotecas privadas, recientemente la biblioteca personal de Augusto Monterroso fue donada por Bárbara Jacobs a la Universidad de Oviedo, en España.

Otras importantes bibliotecas personales ya están comprometidas para ser propiedad de universidades estadounidenses, como las de Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska.



Foto: Lauro Zavala

Biblioteca de Luis Mario Schneider.

Un caso particular

Cuando cada uno de los libros de una biblioteca personal ha sido adquirido por razones muy precisas, entonces los materiales que contienen estas bibliotecas forman un retrato confiable del horizonte mental de su creador, aunque tal vez debo añadir que en este momento tengo igual cantidad de películas que de libros, en parte por razones profesionales (como presidente de la Asociación Mexicana de Teoría y Análisis Cinematográfico).

Mi propia biblioteca cuenta con sólo 5 500 libros distribuidos en 18 libreros (aproximadamente 300 libros en cada librero de seis estantes dobles). Por razones financieras y de espacio he debido dejar de adquirir libros diariamente desde hace 10 años (en 1998, año en que me casé). Lo más importante para mí es que aquí se encuentran los materiales de trabajo que utilizo todos los días: diccionarios especializados (250), libros sobre cine (1 200), narraciones policiacas donde la víctima del crimen es un investigador de literatura (25), teoría y práctica de la narrativa policiaca (75), teoría literaria (150), teoría del humor y la ironía (40), semiótica (50), Shakespeare (30), *Quijotes* (30), teoría y práctica de la minificción (500), antologías de cuento mexicano (150), cuento en lengua inglesa (50), cuento hispanoamericano (50), historia de la literatura hispanoamericana (25), teoría y práctica de la literatura fantástica (50), historia, estudios, entrevistas, diccionarios sobre narrativa mexicana (100), narrativa mexicana (150), metaficción (150), intertextualidad (50), Jorge Luis Borges (75), Juan Rulfo (50), Carlos Fuentes (50), Julio Cortázar (50), Octavio Paz (25), García Márquez (50), James Joyce (60), Gustave Flaubert (10), Lewis Carroll (10), Edgar Allan Poe (10), cuentos de

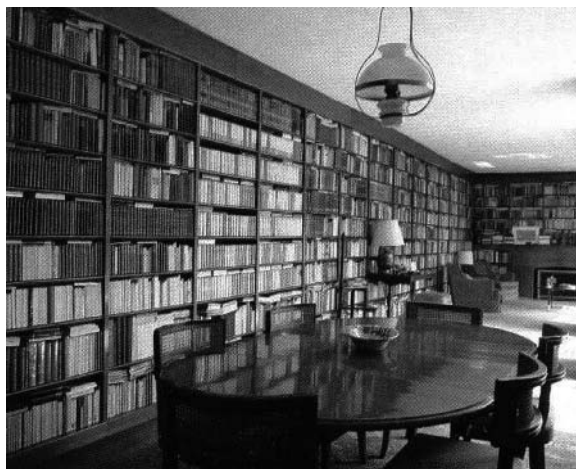


Foto: Lauro Zavala.

Biblioteca de José Luis Martínez.

*Una biblioteca personal,
según Saúl Sosnowski,
no es nunca la historia
de la literatura
universal, en cambio se
parece bastante a la
historia privada de
quien la ha ido
formando.*

Hemingway (10), poesía (40), ensayo literario (50), juegos de palabras (40), filosofía de la historia, de la antropología, de la sociología (100), análisis de la ficción posmoderna (50), estudios urbanos (50), epistemología de las ciencias naturales (20), divulgación de las ciencias naturales (30), viajes en el tiempo (60), biografías de escritores y de científicos (40), Umberto Eco (50), teoría del cuento (40), teoría de la novela (40), ciberliteratura (40), ética posmoderna (20), educación superior (40), historieta y novela gráfica (75), estudios culturales y comunicación (30), estudios acerca de la lectura (50), lógica y paradojas (25), análisis del discurso (25), *Las Meninas* de Velázquez (25), teoría y práctica de la narrativa serial (25), teoría de las artes plásticas y el diseño gráfico (50), filosofía (50), libros de gran formato (100), crónicas y entrevistas (30), Biblias posmodernas (10), refranes populares (15), sobre viajes (50), bestiarios literarios (20), sobre música (35), guías para padres (20), teoría del caos (25), teoría y práctica de la enseñanza (20), psicología y psicoanálisis (20), alimentación y ejercicio (20), libros para niños (60).

Esta biblioteca personal también contiene los libros escritos por mí (15), las antologías compiladas por mí (15), las revistas académicas y los libros colectivos en los que he colaborado (100) y las tesis que he dirigido hasta ahora (150). Y también los materiales sobre procesos editoriales universitarios (45).¹⁶

El recuento de los materiales que forman una biblioteca personal podría ser un retrato fiel de los intereses personales, profesionales y de escritura de un usuario de los medios impresos, lo mismo que las noticias que decide leer completas, los sitios de internet que tiene identificados y su archivo personal de materiales hemerográficos. Aunque

¹⁶ En este terreno también he cometido un volumen que contiene materiales de investigación sobre la materia, y otros de carácter más informal: *De la investigación al libro. Estudios y crónicas de bibliofilia*, México, Dirección de Fomento Editorial-Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Editor), 2007, 168 p.

esto es evidente, siguen siendo escasos los retratos bibliográficos de los usuarios de los medios impresos.

Las videotecas personales son mucho más fáciles de crear, organizar y mantener en buenas condiciones que las bibliotecas, en parte porque todas las películas pueden ser conservadas en estuches que tienen el mismo formato. Y las bolsas de celofán que protegen cada estuche son más económicas y prácticas que los forros individuales que requiere cada libro. Y, sin duda, gran parte del futuro de las bibliotecas será digital.

Las bibliotecas para niños ocupan un lugar especial en muchas ciudades del mundo; las más notables se encuentran en la sede local del IBBY (International Board on Books for Young People), que en el caso de la ciudad de México está ubicada en Parque España núm. 13-A, en la colonia Condesa. Y entre las iniciativas privadas, en Oaxaca se encuentra la llamada BS (Biblioteca Infantil de Oaxaca), que tiene forma de ese (S), en homenaje a la letra inicial del nombre del hijo de quien la concibió, Alfredo Harp Helú. Naturalmente, fue construida por la Fundación Harp Helú, y su acceso es gratuito para cualquier niño.¹⁷

Sabemos que las bibliotecas públicas son lugares de consulta cuyas salas de lectura están diseñadas para concentrarse cómodamente en el estudio de algún libro particular. En México, que es un país de analfabetas funcionales, hay numerosos programas de estímulo a la lectura y también una red nacional de bibliotecas. Pero vale la pena señalar que en el país no existe todavía una red nacional de filmotecas (o mejor aún, *devedotecas*), a pesar de que los formatos digitales (DVD) facilitan inmensamente la creación de archivos audiovisuales de manera funcional y sin ocupar mucho espacio.

¹⁷ Ésta es tal vez la biblioteca infantil más notable del país, por lo que conocerla bien vale el viaje a la ciudad de Oaxaca. Se encuentra en José López Alavez 1342, entre las calles de Hornos y Dr. Bolaños Cacho, en el Barrio de Xochimilco.

Otras bibliotecas



¿Como es su biblioteca?

Alejandro Rozado, en Tedium Vitae, dice que la biblioteca particular es "tu biografía y tu rostro actual; la manera en que está organizada te refleja con asombrosa precisión: constituye un autorretrato profundo".

Hablar de bibliotecas es hablar de bibliofilia, pero no solamente la que consiste en coleccionar volúmenes raros o primeras ediciones, libros difíciles de encontrar y otras excentricidades. Pienso en formas de bibliofilia como el caso de A. J. Jacobs, que se dedicó a leer la *Encyclopaedia Britannica* de la A a la Z, y escribió la intensa crónica de su aventura, de forma extrañamente amena, intercalando en sus experiencias y reflexiones los datos que encontraba durante su exhaustiva lectura.¹⁸

Para un bibliófilo, el espacio donde están sus libros es su ámbito natural, a la vez guarida y remanso, espacio de reclusión física y libertad total. Todo investigador, todo profesor, todo estudiante, todo escritor cuenta con una biblioteca personal.

Estas notas son sólo un atisbo al universo bibliófilo, y tal vez sirvan como una invitación para que cada lector (o, mejor aún, cada usuario de medios impresos, en los diversos medios) haga su propio recuento de su biografía bibliográfica, no sólo en términos de lo que ha leído, sino también en términos de las bibliotecas que ha conocido y de la biblioteca personal que ha construido.

¹⁸ Esta aventura puede leerse en A. J. Jacobs, *The Know-It-All. One Man's Quest to Become the Smartest Person in the World*, Nueva York, Simon and Schuster, 2004, 389 p.

México globalizado

Con frecuencia escucho que la posibilidad de ser una persona letrada está a punto de desaparecer, sepultada bajo el alud visual del ciberespacio. Que la red es básicamente visual es indudable, que nos volvamos analfabetas, está por verse. La verdad, lo dudo. Estoy convencida de que internet ofrece posibilidades tanto para quienes queremos seguir disfrutando de la lectura y del conocimiento como para los que desean pasar el rato y ser sólo visuales o musicales.

En internet hay todo, hasta libros, esos queridos amigos de papel que hicieron decir a Borges: “Yo sigo teniendo un gran cariño por los libros, sigo profesando el culto del libro. Yo sigo jugando a no ser ciego, sigo comprando libros, sigo llenando mi casa de libros. Yo siento la gravitación amistosa de los libros. Creo que los libros son una forma de felicidad que nos es dada a los hombres”.¹

Los libros son excelentes compañeros, sobre todo en las tardes nubladas y frías, como las de este sábado en las que, al calor de hogar, puede uno pasear por el ciberespacio. Antes de llegar a las bibliotecas, llena de la curiosidad que me despertó la excelente conferencia con la que el Centro de Lenguas del ITAM inició la celebración de sus primeros 20 años de existencia, me dediqué a buscar cifras para saber si los de habla hispana avanzamos o retrocedemos en la internet. Les comparto algunos hallazgos.

Una tarde de bibliotecas en internet

*Los libros son una forma
de felicidad que nos es
dada a los hombres.*

Borges

¹ Citado por Pablo Aveleyra en su artículo “Libros”, *El Economista*, 16 de octubre de 2007.

Usuarios de internet y población (2007)*

<i>Regiones</i>	<i>Población estimada septiembre 2007</i>	<i>Población mundial (%)</i>	<i>Usuarios de internet</i>	<i>Penetración población (%)</i>	<i>Usuarios mundial (%)</i>	<i>Crecimiento de usuarios, 2000-2007 (%)</i>
Norteamérica	334 538 018	5.1	234 788 864	70.2	18.9	117.2
Australia y Oceanía	34 468 443	0.5	19 039 390	55.2	1.5	149.9
Europa	809 624 686	12.3	337 878 613	41.7	27.2	221.5
AMÉRICA LATINA	556 606 627	8.5	115 759 709	20.8	9.3	540.7
Medio Oriente	193 452 727	2.9	33 510 500	17.3	2.7	920.2
Asia	3 712 527 624	56.5	459 476 825	12.4	36.9	302.0
África	933 448 292	14.2	43 995 700	4.7	3.5	874.6
TOTAL MUNDIAL	6 574 666 417	100.0	1 244 449 601	18.9	100.0	244.7

* Fuente: <<http://www.internetworldstats.com/stats.htm>>.

Como se aprecia, con 20.8% de la población usando internet, en América Latina estamos un poco arriba de la media mundial (18.9%) y el ritmo de crecimiento del número de usuarios es el doble del promedio mundial, mucho mayor que el de los países desarrollados y considerablemente menor que el de las zonas que aún tienen menos de 13% de su población con acceso a internet. Por los números que han conseguido, es fácil suponer que Medio Oriente nos alcanzará y superará muy pronto.

Aunque la distancia es enorme, entre el inglés, el chino y el español, nuestra lengua es la tercera en uso. Sin embargo, respecto a los libros científicos producidos en cada idioma, las noticias para quienes hablamos español no son tan buenas ni los datos tan recientes: “En 2001, se estimaba que 70% de las publicaciones científicas difundidas estaban redactadas en inglés, en comparación con 17% en francés, 3% en alemán y 1.37% en español”.² Es lógico que

² R. E. Hamel, “El español como lengua de las ciencias frente a la globalización del inglés”, *Congreso Internacional sobre Lenguas Neolatinas en*

Los diez idiomas principales de los usuarios de internet*

Idioma	(%)
Inglés	31.2
Chino	15.7
ESPAÑOL	8.7
Japonés	7.4
Francés	5.0
Alemán	5.0
Portugués	4.0
Coreano	2.9
Italiano	2.7
Árabe	2.5
Los 10 idiomas principales	85.0
Idiomas restantes	15.0
TOTAL MUNDIAL	100.0

así sea. Si en el mundo físico no estamos orientados al conocimiento científico, en el ciberespacio tampoco. Es importante aprovechar las múltiples oportunidades que internet nos da para comenzar a enriquecer nuestra educación.

Lo prometido es deuda. Con estas inquietudes en mente, les invito a visitar dos bibliotecas, ambas con un acervo importante y gratuito de libros electrónicos. Como es natural, internet refleja el carácter y la manera de hacer las cosas de la cultura que las ve nacer. La primera biblioteca que veremos es la Gutenberg, <http://www.gutenberg.org/wiki/Main_Page>, que nos recibe con una estadística:



la Comunicación Especializada, El Colegio de México, 28-29 de noviembre de 2003. Citado en UNESCO, "Hacia las sociedades del conocimiento", 2005, <<http://unesdoc.unesco.org/images/0014/001419/141908s.pdf>>.

Libros descargados, septiembre-octubre 2007*

2007-10-19	120 456
Últimos 7 días	847 404
Últimos 30 días	3 275 584

* Fuente: <<http://www.gutenberg.org/browse/scores/top>>.



Biblioteca virtual es el nombre de la biblioteca cuya base de datos está situada en internet y que puede ser consultada a través de la red cuando el usuario la necesita.

Tres millones de libros en un mes es un buen número, para empezar. En esa biblioteca hay muy diversos autores y uno puede bajar los libros a su computadora o a su *palm*. Familiarizarse con los libros-e es una experiencia interesante. También se pueden dejar en la propia biblioteca y consultarlos o leerlos ahí cada vez que se requiera. Las búsquedas se hacen por autor o por título, ya sea en el catálogo o echando una ojeada a las listas de “Top 100... yesterday”. Casi todos están en inglés o en su idioma

original. Algunos, los menos, son *audiobooks*. Encontrarse con autores como Chesterton es como visitar a viejos amigos.

Un recorrido delicioso es, sin duda, el de la biblioteca de las culturas hispánicas: la Cervantes Virtual, <<http://www.cervantesvirtual.com/>>, con su recién creada Biblioteca Americana, en la que nos dan la bienvenida diferentes fotos. La primera vez que entré me tocó ver la del moderno edificio de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, una del Monte Aconcagua, y otra, preciosa, de la Catedral Metropolitana de la ciudad de México.

Hay un mensaje, que explica:

El usuario de esta Biblioteca Americana encontrará en ella una gran cantidad de documentos textuales y audiovisuales que le permitirán acercarse, entre otros, a espacios tan diversos como la literatura gauchesca, la cultura hispana en Estados Unidos o la creación brasileña; al mundo barroco de sor Juana Inés de la Cruz o a la realidad más contemporánea en la poesía de Mario Benedetti; a destacados acervos como la Biblioteca José Toribio Medina de Chile, los Fondos reservados de la Biblioteca Nacional de México o los Manuscritos de América en las Colecciones Reales; al pensamiento del libertador Bolívar o al de los grandes nombres del exilio español en América.³

Yendo por el índice que está del lado derecho de la pantalla, se visita la fonoteca y se escuchan grabaciones de primera de poemas de Gustavo Adolfo Bécquer o *El Quijote* de Cervantes. Otra sección interesante es la de las ediciones facsimilares. Entre los muchos atractivos, encontré una novedad: <<http://www.elboomeran.com/>>, el *blog* literario latinoamericano, con su sección de videos con entrevistas a los más destacados literatos de nuestro idioma. La información está a nuestro alcance. Vale la pena aprovecharla, disfrutarla, pasar la voz de que existe, de que sí hay forma de insertarnos en el mundo contemporáneo, de encontrar oportunidades en él, al margen de nuestra edad y situación socioeconómica.

³ <<http://www.cervantesvirtual.com/seccion/ba/>>.

Las librerías: estándares, modelos, técnicas

¿No es verdad que sentimos una agradable sensación cuando entramos a una librería donde estamos cómodos y nos sentimos animados a encontrar el libro buscado, o a mirar al azar para ver si descubrimos algo nuevo o, simplemente, por si llegamos a encontrar alguno inesperado?

No creo que una librería deba tener ciertas dimensiones ni que deba estar pintada de ciertos colores ni tener aire acondicionado ni algún servicio en particular. Me refiero a una librería, grande o pequeña, con o sin servicios, con o sin tecnología de punta incorporada, pero que nos acoge con ternura, nos abre sus tesoros, nos permite violar su intimidad y hasta entrometernos en sus secretos.

Puede ser una librería de libros viejos o usados, o una moderna y con comodidades. Lo importante es que sirva a nuestro propósito principal: apoderarnos de ese libro que ansiamos, atesorarlo en nuestra propia biblioteca y usarlo a nuestro antojo sin limitación alguna.

Nosotros, lectores o usuarios —como se nos denomina últimamente—, nos apoderamos de una librería. Una vez que la encontramos, es nuestra, porque cumple con nuestras expectativas, sirve para nuestro propósito. Lo demás va por añadidura. El librero, entonces, debe preparar su librería para el cliente potencial hacia el cual está enfocado. Porque el primer paso para la instalación de una librería es la definición de su perfil, de acuerdo con el público al que ese librero quiere llegar.

En Un librero en apuros. Memorial de afanes y quebrantos, Francisco Puche Vergara menciona varias funciones del librero del futuro: informadora, recomendadora, cultural, de resistencia, empresarial, entre otras más, y remata con la función poética: "podemos seguir repartiendo sueños".

Por supuesto, personalmente también me gustan las librerías bien presentadas, ordenadas, tecnológicamente puestas al día, con espacios para lectura y una oferta diversa. No me gustan los lujos ni agregados artificiales que no tienen que ver con el libro, la lectura y el entretenimiento.

Recuerdo con particular interés una librería Barnes & Noble de la ciudad de Boston, que tenía a mitad del piso de ventas una especie de jardín, con bancos de los que se ven en los parques, con una fuentecita de agua fresca y plantas que hacían más agradable el punto de encuentro. La gente se sentaba a leer allí con placer, pero también puedo sentir esa misma sensación al descansar en el rincón de una librería en la que sólo haya unas sillas y una lámpara, pero la tranquilidad necesaria para un rato de lectura.

También recuerdo un pequeño local en la ciudad de Los Ángeles, de no más de 100 metros cuadrados, que alberga una librería especializada en ópera. Obviamente, hay una gran cantidad de libros dedicados al tema, pero también hay fotografías, carteles de representaciones de cantantes famosos, objetos usados por dichos artistas, partituras, etc. Todo lo que usted quería saber sobre ópera, en un pequeño espacio de una enorme ciudad de 16 millones de personas, donde habrá unos cuantos miles de aficionados a esa actividad musical, pero —podría decirlo casi con seguridad— todos ellos clientes habituales de la librería en cuestión.

En Buenos Aires, ciudad lectora desde que tengo memoria, la nueva librería de El Ateneo, marca de una





Jordi Nadal y Paco García, en Libros o velocidad, señalan como funciones del librero: "Orientar al lector, mantener el nivel sociocultural de su entorno, crear el contacto entre el pensamiento y los lectores; estimular la curiosidad; sugerir lecturas, invitar a la formación de nuevos lectores; vender y mantenerse; crear empleo estable y decente, impulsar la lectura y la belleza; ser el primer interlocutor entre la sociedad y el mundo editorial, y ejercer el papel de barómetro cultural y literario, además de vender libros, claro".

antigua y prestigiosa librería que desde hace más de 150 años está ubicada en la calle Florida, ahora también usa ese nombre para otra que instaló hace pocos años en la avenida Santa Fe. Era un viejo y hermoso cine en el que vi muchas películas inolvidables y muchas prescindibles, con una arquitectura falsamente *art nouveau*, pero con un techo adornado por hermosos murales de Raúl Soldi,

el delicado pintor porteño que también decoró la cúpula del Teatro Colón. Los arquitectos que participaron en la reconstrucción para instalar la librería, recuperaron la estructura del cine, remozaron sus balcones y molduras, y tuvieron la buena idea de instalar la cafetería donde originalmente estaba el escenario y la pantalla del viejo cine. El resultado es un hermoso recinto, muy bien iluminado por luz artificial, agradable para pasar largos ratos mirando libros, aunque la selección no sea demasiado exquisita.

Nada tiene que envidiar a estas pocas que mencioné la librería Rosario Castellanos del Fondo de Cultura Económica inaugurada en abril de 2006 en la colonia Condesa de la ciudad de México. El Centro Cultural Bella Época reúne, en sus 5800 metros cuadrados construidos, una gran librería, un cine que sirve a la vez como auditorio de usos múltiples, una galería de arte, una cafetería y un estacionamiento. Como solamente se pudo aprovechar de la estructura del viejo cine Lido —que funcionaba desde la década de 1940— la hermosa marquesina y la torre que fue emblema de la zona, el espacio de la librería gana mucho con la inexistencia de columnas que obstaculicen la vista de todo el espacio dedicado a los libros, logrando que el visitante se sienta cómodo en los amplios pasillos y las salas de lectura instalados en el piso de venta.

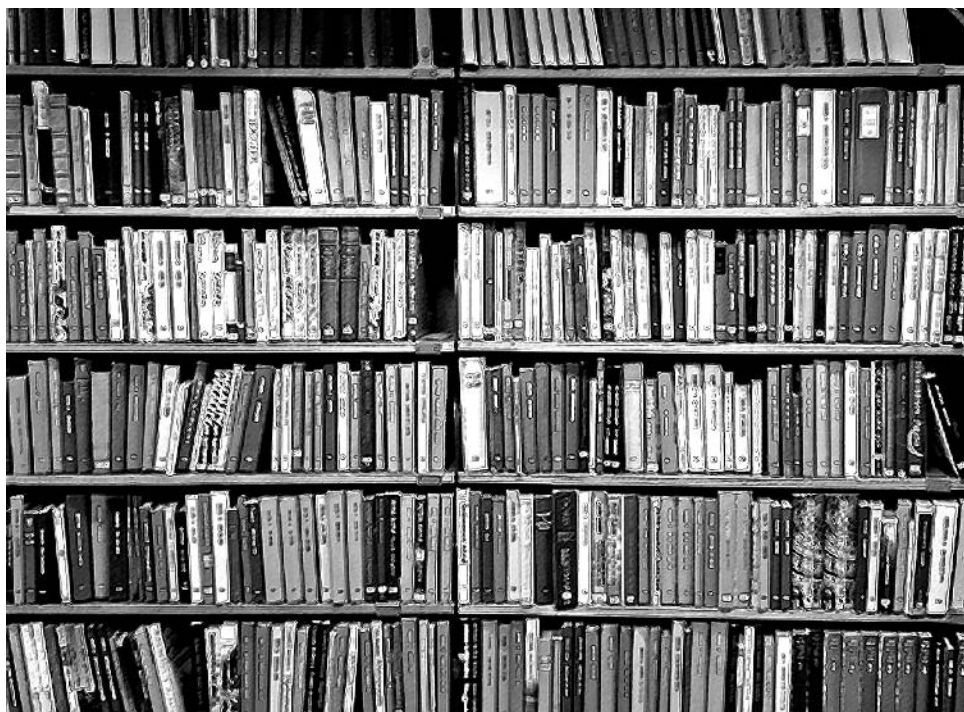
Podría seguir relatando modelos diversos que tuve oportunidad de ver en librerías de distintos países del

mundo, pero creo que estas pocas menciones explican el punto al que quiero llegar: la librería la hace, en parte, el lector que encuentra en ella lo que busca.

Y, en esta definición, además de la parte física, arquitectural, entra también el surtido que alberga la librería. Una vieja frase, que no por vieja deja de tener una cuota de verdad, dice que una buena librería es la que tiene el libro que el lector busca en ese momento. Y esto nos replantea el tema de si no será necesario tener todos los libros existentes para complacer el pedido de cada uno de los clientes que se presenten. Si recordamos que solamente en castellano hay, según leí en alguna parte, casi tres millones de títulos, nuestra capacidad de imaginación tendrá que ser muy grande para el inmenso espacio que se necesitaría para contener esa cantidad de libros. No podemos, lamentablemente, tener todos los libros



en nuestras librerías. Deberemos elegir algunos, los que nos parezcan necesarios para nuestro público dentro de la capacidad de nuestro local. Y aquí, entonces, se presenta el otro problema del librero: ¿cuáles son los libros que elegimos? Una pregunta tan difícil de contestar como aquella que nos obliga a definir el libro que nos gustaría tener si naufragáramos en una isla desierta. ¿No podrían ser dos o media docena? ¿Qué sería más útil, un libro de sobrevivencia o de *camping*, o uno de filosofía existencial? ¿Por qué en nuestra librería no podemos tener los que nos explican el mundo, o los que nos dicen por qué no podemos explicarnos el mundo, o los de niños, los de cocina, las novelas contemporáneas, pero también los autores del Siglo de Oro español, sin dejar de lado los maravillosos libros de arte, o los que nos permiten viajar con la imaginación, o los clásicos de la novela negra norteamericana, o las biografías que enriquecen al que lee, o... todos los otros libros que nos gustan, hasta sumar tres millones de títulos? Pues no, no se puede. A un naufragio hay que llevar un solo libro, así como



hay que llevar un solo par de calcetines, pues de lo contrario no seríamos náufragos, sino turistas.

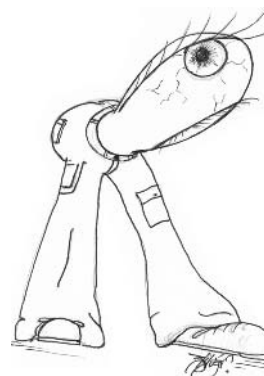
La otra pregunta que nos carcome siempre es: ¿elegimos los libros que nos parecen serios o hay que hacer concesiones a la apetencia *bestsellerista* de una enorme porción del público que lee? Si elegimos la primera opción, la de poner solamente libros serios, confundiríamos la librería con nuestra biblioteca y venderíamos poco. Si, en cambio, nos quedamos con la segunda opción, tal vez venderíamos mucho, pero nuestro público no sería el público fiel que buscamos, sino uno en tránsito, porque el libro que busca lo encontrará en cualquier otra librería. Tendremos, entonces, que hacer una sabia mezcla que nos permita pagar nuestros gastos y tener una pequeña ganancia, a la vez que mantenernos fiel a la clientela que supimos ganarnos a costa de esfuerzos por conseguir libros diferentes, al gusto de quienes aprecian la buena literatura o prefieren adentrarse en el pensamiento profundo que inquieta o sobresalta.

Apaguen la televisión

Me recuerdo, hace muchos años, en pleno domingo a medio día y con un sol esplendoroso, sentado frente al televisor viendo un partido de futbol de no se quién contra no sé cuál, mis dos hijos berreando por mi atención y mi esposa parada junto a la puerta de la habitación, desesperada, creyéndome autista. Excuso decir que no sólo no me había bañado ni afeitado, sino que continuaba con mi viejo pijama, rascándome el abdomen, con mi refresco de cola sudando frío en la diestra y mis palomitas bien grasosas y saladas en la mesita del revistero.

Junto a la televisión estaba mi paupérrimo librero, donde sobresalía *El manantial*, de James Michener, que mi madre me había regalado muchos años antes con motivo de mi primera comunión, con la súplica de que lo leyese cuanto antes, pues el libro contaba la historia de Jerusalén y, con ello, la historia misma de la humanidad. Pasaron casi 20 años desde el regalo, y algo así como un millón de partidos de futbol, mientras el libro seguía ahí, como mudo testigo de la televisión incandescente.

Un día me sucedió un milagro: era domingo y no había futbol. Triste, deprimido, dubitativo y hasta irritado tomé el libro entre mis manos. Con movimiento lento y pesado me senté en mi sillón preferido y con agilidad abrí el libro y empecé a leer. Algo curioso pasaba en mi interior: estaba gozando mi lectura, aunque no niego que, pese a estar apagada la televisión, mis ojos volteaban a visitarla con frecuencia con la esperanza de que un nuevo partido me salvara de mi actividad.



El milagro continuó. El libro me había cautivado, su historia logró ilusionarme, mi mente voló y mis ojos se anegaron de felicidad. El televisor no volvió a encenderse y mis hijos conocieron la luz dominical.

Ha pasado una vida y decenas de libros por mis manos: novelas, historia, novela histórica, relatos, biografías y hasta poemas, en inglés y en español, literatura clásica y moderna, algunos por previa recomendación, mientras que en otros casos me armo de valor y los selecciono de oído. En ocasiones el libro me cautiva, en otras me aterra y, en las menos, me deprime y lo dejo sin terminar. He leído obras que estaban en mi casa desde hace años sin que yo tuviera conocimiento de ello, pero lo mismo espero ilusionado mi cumpleaños para que mis conocidos me surtan con nuevas balas.

Cuando les digo a mis hijos que nací antes de la televisión, se quedan pasmados creyendo que les estoy tomando el pelo. “Imposible vivir sin ella”, me dice mi hijo. Resulta inaudito creer que en 1949 —apenas hace 59 años, el año en que nací—, no hubiese televisores en las casas de la gran familia mexicana.

Para ser sincero, cuando era pequeño —y ya con flamante aparato instalado en el antecomedor—, también a mí me causaba extrañeza que mis padres me hubiesen concebido sin el mentado televisor en casa. Incrédulo les preguntaba cómo pasaban sus noches sin el adorado mueble, a lo que, sin malicia alguna, me contestaban que escuchando la radio, tejiendo, escuchando música clásica, e incluso —lo que me causó el peor de los efectos—, conversando. ¡Vaya padres que me habían traído al mundo!

Recuerdo, como si fuera hoy, que nuestra vecina, la comadre Raquel, la rica del edificio, trajo el primer aparato de televisión, mismo que ninguno de nosotros, ni chicos ni grandes, habíamos visto jamás. ¡Vaya conmoción de vecinos, amigos y familiares! Todos tenían algo que decir: a qué hora llegaría el aparato, cómo vendría envuelto, de qué

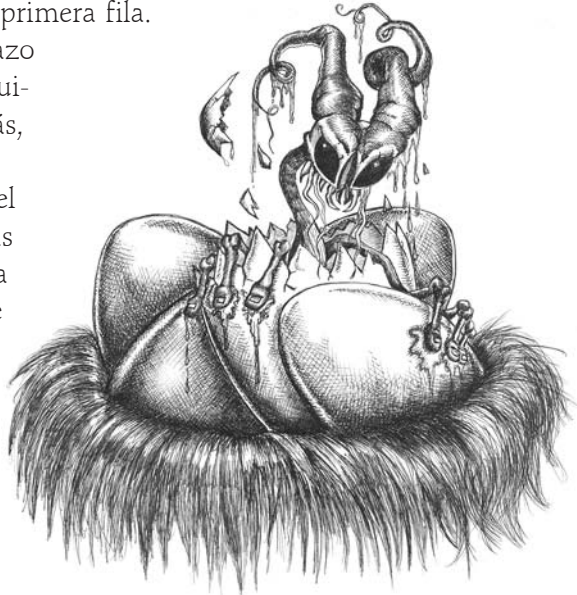
tamaño sería, cómo lo subirían —en ese entonces hablar de un elevador era inconcebible—, ¡vaya! Ni el nacimiento del hijo de la señorita soltera del departamento 9 había generado tantas expectativas.

Lo primero, naturalmente, fue avisar a la vecindad el día y la hora en que ese prodigio de tecnología haría su arribo a nuestra ya de por sí famosa colonia Condesa. La mañana empezó como cualquier otra —según recuerdo el decir de mis padres, pues tendría yo algo así como cuatro años—. Conforme avanzaba el día, la emoción iba en ascenso, la conversación de los vecinos se dedicaba ciento por ciento al famoso suceso. Para mi mala fortuna, todo se desarrolló sin que ni yo ni los hijos de Raquel estuviéramos presentes, ya que era día de escuela, pero al regresar a casa ahí estaba, en el mismo centro de la estancia de los vecinos, no sólo ricos, sino famosos y afortunados.

Habían habilitado el lugar a manera de estadio y prácticamente todas las butacas estaban ocupadas en perfecto orden de importancia: doña Raquel y el marido en primera fila, flanqueados por la suegra que poco veía y el suegro que nada escuchaba. Un poco más afuera del círculo principal, mi propia madre, la mejor de las comadres, lo que me hacía sentir orgulloso al verla en primera fila.

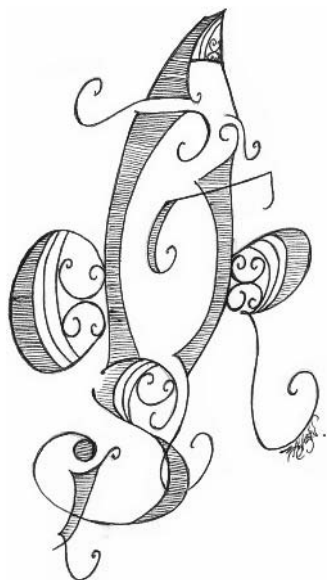
Los hijos se sentaron en el regazo de quien, en primera fila, los quisiera recibir; a mí, una vez más, me mandaron a gayola.

La tensión crecía y crecía, el olor a sudor emanaba por todas partes, entre otros olores, hasta que, finalmente, el aparato fue conectado y una exhalación general se dejó escuchar en la atiborrada estancia. Las sorpresas seguían. Don Nacho, esposo de doña Raquel, se adelantó y, con ademán grandilocuente, giró la perilla de encendido.



Todo el mundo guardo silencio. Yo moría de ganas de ir al baño, mas ¿cómo perderme lo que seguiría? Nunca me lo hubiese perdonado.

Lo peor es que no siguió nada. El vecino del 8, técnico de radios y, por lo tanto, el más avezado en estas lides, dijo algo que nadie entendió: “Se tienen que calentar los bulbos”. “¿Los qué?”, gritaron encolerizados los vecinos, mientras las damas sacaban los abanicos para eliminar el sonrojo de sus mejillas cuando confundieron la palabra con alguna parte privada. En fin, los bulbos se calentaron y poco a poco apareció una imagen, muy negra con mucho blanco o muy blanca con mucho negro, no recuerdo la proporción exacta, y una vez que la pantalla se llenó de ambos tonos, pues nada... Y cuando digo nada, era nada de nada. Para evitar ser tachado de ignorante, nadie se atrevió a emitir palabra y seguimos sentados frente a una pantalla que, si no mal recuerdo, tenía en el centro las letras XEW, de las que nadie sabía explicar su significado, acompañadas de un sonido, no música ni palabras —uuuuuuuuuhhhhhhhf—, mismo que duró una eternidad.



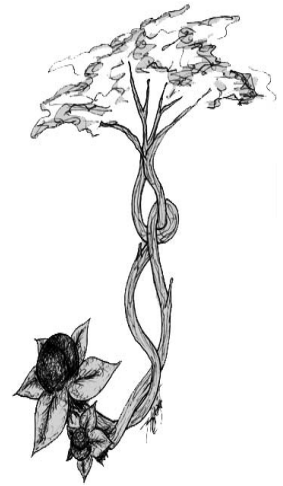
Lo que ahora se sobreentiende, pero que en ese entonces era un acertijo brutal, es que la programación de esos primeros años era de muy corta duración, y la transmisión empezaba muy entrada la tarde para culminar con el noticiario, que entonces ni pasaba tan tarde. Nos tuvieron que reeducar, nuestro léxico cambió, que si el bulbo, la pantalla, el canal, los botones de ajuste, la antena y otros tecnicismos más. Llegaron, siempre en blanco y negro, las primeras telenovelas. No olvido la única que he visto en mi vida y que contemplé sentado entre mis padres de principio a fin: *Gutierritos*, con Rafael Banquells, ¡pobre buey!, cómo lo maltrataba la desgraciada esposa. Y quién de mi generación no se acuerda de Cachirulo, con Enrique Alonso y su chocolatote Express vitaminado, que recorría el mundo haciendo el bien con su pelirroja cabellera

(que en pantalla era negra), siempre alrededor de un tronco que debíamos imaginar como un árbol y huyendo de la horripilante bruja escaldufa.

Y luego... que nos traen el fútbol a casa, un solo partido a la semana los domingos a las 12 p.m. en punto. Sobra decir que sin colores, y que las *Chivas* del Guadalajara y sus odia-dos *Cremas* del América, o bien los once prietitos del Atlante, se empezaron a introducir en nuestras vidas, y con ellos los héroes de nuestra niñez: Horacio Casarín, Chava Reyes, en los toros Silverio Pérez, y en las luchas *el Cavernario* Galindo, *la Tonina* Jackson, *Blue Demon*, *el Santo* y *Black Shadow*. Y sin decir agua va, empezaron a embrutecernos con series de importación: *Los tres chiflados*, los hermanos Marx, *El Show de Lucy*, y como todos, me comí el paquetote completo. ¿Qué decir de las caricaturas? Adoptamos al Ratón Miguelito, al ruidoso Pato Donald y, después, a las decenas de monigotes animados que, a través de los años, nos han venido endilgando las productoras, sin olvidarnos de la jauría de superhéroes y supervillanos que, en forma por demás astuta y silenciosa, llenan con sus productos las recámaras de los niños, sus cajones y sus clósets.

Como nuestro léxico ha cambiado gracias a la tele, ahora discutimos si Cable es mejor que MVS, o si Sky nos ofrece 200 o 300 canales por el mismo precio, y dale con canales de animales, biografías, religión, cocina, educación, bebés, deportes, pornografía, películas, series, con casetera o reproductor de DVD, de alta definición o de plasma; ni qué decir del control remoto, que llegó para quedarse y hacernos más sedentarios.

El malvado aparato, además, no tiene límites, y encontró un cómplice de primera en los videojuegos. No quiero pensar en la cantidad de horas/juego que los chicos pasan frente al aparato, las cantidades de dinero que se invierten no sólo en los casetes, sino en las máquinas propiamente dichas, y aunque me tachen de puritano, la influencia negativa de estos juegos en los jóvenes ha sido minimizada.



Tuve la suerte de que mi familia fuera de las últimas en comprar el aparatito, y así pude jugar horas incontables con mis amigos del camellón, platiqué hasta altas horas de la noche —a eso de las nueve— en el portón de la casa de mis novias, fui al estadio del Seguro Social a ver a los Diablos Rojos en vivo y a todo color con mi hermano menor, pero, sobre todo, escuché las interminables historias que mi padre importó de su natal Polonia y que superaban en mucho por su contenido, intensidad y verdad a las que empezaba a contar la caja idiota.

Mi caída era inevitable, sin embargo. Nos pintaron de colores la pantalla gracias a ese genio mexicano que fue el ingeniero González Camarena, por quien las siglas del canal 5 son XHGC. Luego vino el fútbol americano, el beisbol, el básquet, y muy pronto nos inventaron la lucha en patines, el volibol playero y no sé cuántas carreras de automóviles, de caballos y hasta de perros. Empacaron todo muy bien en la cajita y cada vez nos íbamos haciendo más adictos. Las series nacionales, como *El Chavo del 8*, los programas de Chabelo y el tío Gamboín, se sumaron a las importadas, unas de corta duración, otras más largas —que ahora compramos en DVD—, y más novelas, más fútbol, más noticieros y más de todo, hasta invadirnos con pornografía.

Ya casado viví durante tres años en la Unión Americana, donde la programación si era de “calidad”, según nos la vendían las tres cadenas gigantes. A mi regreso a México tuve la enorme fortuna de vivir en uno de los pocos edificios que contaban con Cablevisión. Me compré una videocasetera, adquirí una antena parabólica y, en pocas palabras, vivíamos en el paraíso terrenal. Me suscribí a *Teleguía* y al *Orbit* norteamericano, donde palomeaba los 15 partidos de beisbol que me interesaban esa semana, las cinco películas hechas exclusivamente para la TV, las dos más taquilleras de todos los tiempos, proyectadas durante



la presentación de los nuevos modelos de autos, y la nueva y más extraordinaria programación de nuestros canales favoritos. Naturalmente había que revisar los programas cómicos del momento y, con los niños ya dormidos, mucho porno, porno duro, porno suave, porno tardío.

Mi fanatismo deportivo televisivo creció a alturas inconmensurables. No sólo conocía el nombre de todos los equipos de fútbol del orbe, me sabía el de sus jugadores, su historia, el nombre de sus familiares y de qué color preferían los calcetines. La tele me trajo las Olimpiadas de verano y las de invierno, los Panamericanos, los Centroamericanos, los regionales y hasta los locales, para alcanzar luego el Mundial de soccer, la Copa América, la Copa de la UEFA, la Copa de las Naciones, la Copa Sudamericana, la Copa Libertadores, la Copa Africana, la Copa de la Recopa... No olvidemos, por favor, la Serie Mundial, el Súper Tazón, el Tazón de las Rosas, el del Azúcar, del Algodón... Y qué decir del golf regional, nacional, internacional, y hasta el intergaláctico de atletismo, de karate, de judo y otros tantos deportes inventados para el gusto y distracción de los brutos como yo, que habíamos caído en la adicción. Ahora resulta que en México somos aficionados a la Fórmula 1, al Nascar y demás carreras de motos, bicis y patines, puros deportes que el pueblo abraza con emoción en su vida diaria.

¿Y mi esposa? ¿Y la familia? ¿Y mi lectura? ¿Y mis estudios? ¿Y mis amigos? ¿Y mi música clásica? Bien, gracias por preguntar. Obviamente, los mandé muy, pero muy lejos. La televisión se convirtió en mi todo: el centro de mi plática, de mis más intensas emociones, de mi sufrimiento, de mis éxitos y fracasos. ¡Ah, caray!, qué melodramático.



Afortunadamente un día se rompió el encanto y, como el alcohólico que se encuentra al borde de la muerte y llega a su primera junta de AA, me tocó ver la luz. Todo se lo debo no a mi *manager*, sino a mi hijo.

Cierta vez que, emocionado porque veríamos juntos el Súper Tazón en que jugaba el que yo creía su equipo favorito contra no sé quién, y después de preparar la botana, mandar a mi esposa e hija al supermercado, pasear al perro, desconectar el teléfono, ponernos nuestro *jersey*, creí que estaba a punto de crear un lazo de unión inquebrantable entre mi hijo y yo, pero en el preciso momento en que empezaba el juego, se paró al baño y aún espero su regreso.

El segundo aviso llegó un día en que, al regresar del trabajo, encontré a mi esposa y a mis dos hijos encerrados con sus respectivos televisores en su habitación, los tres sintonizando el mismo canal y los tres profundamente dormidos. Desperté a cada uno y sugerí apagar el aparato para dormir mejor, o bien apagar dos de ellos y refugiarse, como antes, en mi cama. De las tres habitaciones fui expulsado con música de viento.

He aprendido a ver la televisión, aunque normalmente procuro no prenderla. No veo series, no veo telenovelas. Más que apasionarme con las decenas de partidos semanales, procuro ver un noticiero deportivo para conocer todos los resultados, apreciar los goles, los récords y así platicar con mis amigos el lunes. Eso sí, cada día hago más deporte y eso me hace sentir joven y saludable. Evito las películas que ya vi, las que están empezadas, las que no vi en el cine porque no quise verlas entonces, las de blanco y negro, las dobladas al español, las de terror porque no me dejan dormir y las de idioteces por temor a contagiarme. Encontré en la lectura un gran antídoto contra la droga televisiva y, acompañado por mi imaginación, he viajado a los lugares más recónditos y conocido a los más exquisitos personajes. Y un día me senté a escribir.

Se los suplico, apaguen la televisión.

Hay que desmitificar la cultura letrada, desacralizarla y revalorar las otras lecturas

Entrevista

¿O *qué estudiaste y cómo fuiste dando tus primeros pasos como lector?*

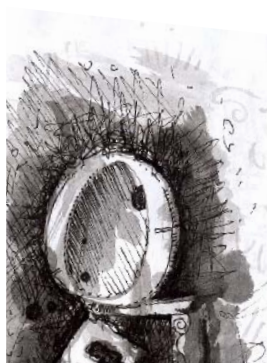
ALEJANDRO ZENKER:

JUAN DOMINGO ARGÜELLES: Nací en Chetumal, Quintana Roo, en 1958. Viví allá hasta los 15 años. Luego me trasladé a la ciudad de México a estudiar el bachillerato y la universidad. Hice estudios de licenciatura en lengua y literatura hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero la carrera no fue lo que me esperaba. Creí que encontraría a personas apasionadas por la lectura y lo que me encontré, en general, fueron profesores que se concretaban a dar sus clases y a compañeros que leían, incluso con pesar, para sacar la carrera. En los últimos semestres me aburrí mortalmente. Cuando trataba de entablar conversación con algunos profesores sobre determinados libros, me decían que no los habían leído.

Probablemente era un pedante que quería ser, además, un “listillo” y un “sabelotodo”, pero independientemente de estos defectos, me parecía incongruente que los profesores que daban clases de literatura no fuesen apasionados de los libros y la lectura. Luego vine a saber que, en general, los profesores son así. Cumplen con su trabajo, siguen sus rutinas y pueden estar tan hartos que lo que menos desean es el trato con los libros y con los lectores. Hubo cosas extraordinarias en la universidad; la principal es que ahí conocí a mi mujer. Tengo la certeza de que, al menos en el rubro

de las letras, cualquiera puede sustituir los estudios universitarios con la lectura de libros. Aprendí más en ellos que en las clases de literatura.

Leía vorazmente desde que estaba en el bachillerato. Cuando llegué a la universidad, había agotado las obras de los grandes escritores hispanoamericanos del *Boom* y leía y releía con fervor a los prodigiosos poetas hispanoamericanos y españoles (Neruda, Vallejo, Borges, Paz, Nicolás Guillén, Sabines, Quevedo, Góngora, Lope, García Lorca, Cernuda, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, los Machado, Miguel Hernández, Juan Ramón Jiménez, etc.). Mucho antes de entrar a la carrera, ya había leído a varios clásicos y a los grandes novelistas y poetas universales traducidos al español.



Con esto no trato de impresionar a nadie. Simplemente quiero decir que la lectura se vuelve un vicio difícil de eliminar cuando ya se ha adquirido, y que quien tiene demasiadas expectativas en la carrera de Letras, se llevará una ingrata sorpresa al descubrir que un lector vicioso casi está fuera de lugar en una institución educativa que frena el gozo para administrarlo, encauzarlo (y encausarlo), quitándole casi todo su ímpetu para tasar “lo que hay que leer” y trasladarlo a los exámenes y trabajos finales.

Algunos de mis profesores me alucinaban, porque estaban convencidos de que el alumno no podía entender más que el maestro. Recuerdo a una profesora que me dijo, respecto de mis reticencias acerca de sus interpretaciones de la “poesía pura”, que no me quedaba de otra y debía conformarme con sus lecciones, porque ella era doctora (y yo sólo un estudiante) y había realizado tres tesis sobre “poesía pura”. No me conformé, por supuesto, y durante el curso acabé convirtiéndome en un impugnador muy enfadoso. Yo la soportaba y ella tenía que soportarme. Esto no me preocupó demasiado, porque estaba convencido de que la lectura no se puede abordar sin pasión. De otro modo, hay que dedicarnos a otra cosa; por ejemplo, a atender a los clientes en un establecimiento bancario o algo así.

Antes de dejar la universidad entré a trabajar en el periódico *El Día*, que me sirvió de gran aprendizaje. Fui reportero de la sección cultural y colaborador del suplemento *El Gallo Ilustrado*. Llegué incluso a cubrir información general y la fuente educativa, a finales de los años setenta. Ya escribía poemas desde la secundaria, pero en bachillerato y universidad me tomé muy en serio el oficio. En 1982 publiqué mi primer libro de poesía y obtuve mi primer premio nacional y una mención honorífica en el Premio Internacional de Poesía Rubén Darío, de Nicaragua. Eso fue para mí muy importante y más significativo aun porque entre el jurado estaba Eugueni Evtushenko, uno de mis poetas más admirados en ese entonces.

Lo que vino después comienza con esa historia y, mucho antes, con el arranque inicial, en mi tierra, de un niño que, entre los 10 y los 11 años, descubre un libro por azar (*Corazón*, de Edmundo de Amicis), lo lee sin que nadie le diga que lo lea y queda atrapado para siempre en el vicio impune de la lectura. Como nací en un hogar donde no había muchos libros, no me creo eso de que los niños nacidos en ámbitos no lectores están condenados a no leer. Con mis investigaciones, lecturas y observaciones, cada vez lo compruebo más.

*Hoy en día figuras como uno de los principales analistas
de lo que acontece en torno al libro y, particularmente, a la lectura.
¿Cómo surgió en ti esa atracción por el tema?*

En mis colaboraciones periodísticas, además de referirme a la literatura en especial, abordé desde 1990 el tema de la lectura desde la visión del lector y no tanto de la del escritor. En 2002 publiqué *Usuarios y lectores en las bibliotecas públicas de México* (Conaculta), al cual siguieron *¿Qué leen los que no leen?: El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer* (Paidós, 2003); *Leer es un camino: los libros y la lectura, del discurso autoritario a la mitología bienintencionada* (Paidós, 2004); *Historias de lecturas y lectores: los caminos de*



los que sí leen (Paidós, 2005); *Ustedes que leen: controversias y mandatos, equívocos y mentiras sobre el libro y la lectura* (Océano, 2006) y, muy recientemente, *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura: la utopía y el imperativo de leer* (Océano, 2008).

Mis libros son impugnadores y políticamente incorrectos porque discuten, desde el punto de vista del lector (y no tanto del escritor) los lugares comunes, las utopías nobles y lo que Gabriel Zaid ha denominado con mucho tino “las hipótesis beatas sobre el libro”. Pienso que es necesario el diálogo y el debate sobre un tema que se da por sabido, sobre aspectos del libro y la lectura que se dan por hechos, y sobre cuestiones de estadísticas y de índices de lectura que aportan muy poco a la comprensión de por qué unos leemos y otros no, y por qué los denominados “no lectores” sólo lo son en el sentido de no leer libros canónicos o autorizados, pero que sí tienen, indudablemente, experiencias de lectura que no respetamos porque nos parecen deleznales.

Quise involucrarme en la discusión del libro, apasionadamente, porque durante un tiempo, con excepciones muy dignas y extraordinarias (Alberto Manguel, Daniel Pennac, Michèle Petit, Roger Chartier, etc.), el tema de la lectura estuvo monopolizado por teóricos “especialistas” y académicos que no eran lectores apasionados; que analizaban y examinaban los aspectos del libro desde la teoría, pero que carecían de una práctica consumada de lectores. Eran esos académicos, investigadores y profesores que, en la universidad, escondían la novela o el libro de poemas que llevaban para que los demás no los fueran a juzgar de triviales porque perdían el tiempo leyendo creación literaria y no tesis sobre la lectura y libros de investigación sobre la lectura. Así los describe Michèle Petit. Lectores vergonzantes que se especializaban en lectura y creían

saber todo sobre los procesos de la adquisición y el desarrollo de lectores, pero que no habían leído ni leerían jamás con pasión los libros de Homero, Shakespeare, Cervantes, Balzac, Stendhal, Tolstoi, Baudelaire, Flaubert, etc. Si los leyeron algún día, ya los habían olvidado, y si no los habían leído, sólo lo harían para dar clases o para otro fin práctico. No como lectores que han caído en la “perdición” de la lectura, en el vicio de leer.

No pocos de estos teóricos saben mucho de la historia del libro, los procesos lingüísticos, los mecanismos de la lectoescritura, etc. Eso no está mal. Se aprende de ellos. (Aunque, para el caso, prefiero leer a Noam Chomsky o a Ivan Illich.) Lo que ocurre con los “especialistas” en el “tema”, en el “tópico” de la lectura es que se han especializado a tal grado que saben muchísimas cosas sobre casi nada. Su especialización los lleva a leer ya casi únicamente investigaciones sobre lectura, tesis sobre lectura, artículos sobre lectura, pero no experimentan por sí mismos el poder de la lectura, para comprender mejor a los lectores con todas sus obsesiones, felicidades y tragedias. Cuando sólo nos convertimos en teóricos, queremos además probar a toda costa nuestras teorías y partimos más de convicciones que de dudas. Pienso que en el asunto de la lectura deberíamos tener más cuestionamientos que certezas, más inquisiciones que verdades.

Otro aspecto es la lectura sin la autosuficiencia de los escritores, porque también, como en el caso de los teóricos de la lectura, salvo excepciones, los escritores tienen su propia jerga y sus muy particulares convicciones. Hablan de la lectura poniéndose como modelos y, generalmente, sólo se refieren a la lectura de obras de ficción y, preferentemente, novelas. Y a veces lo hacen con tal pedantería que, luego de escucharlos, dudo mucho que alguien se acerque a los libros con su ejemplo. Teóricos y escritores se parecen cuando hablan de lectura: se refieren a su especialidad, la de teorizar, la de escribir, y los aspectos fundamentales de la lectura resultan para ellos tan solo inferencias. Además, la lectura no debe juzgarse como asunto aparte de los problemas socioeconómicos, políticos, educativos y culturales. Y hay una enorme proclividad a

simplificar las cosas, a creer que la gente no lee porque aún no se ha topado con sus libros de teorías o con sus novelas. Pero los lectores, que surgen en cualquier parte, están lejos de todo eso y es lo que debemos tratar de explicarnos.

Mucho se ha hablado de la perdurabilidad del libro con soporte en papel. Incluso he dado un par de conferencias que provocativamente titulé "¡Que muera el libro, que viva la lectura!", partiendo de que lo más importante es el contenido y no tanto el soporte. Claro, para esto hay que definir qué entendemos por "libro". En virtud de sus múltiples manifestaciones, ¿aventurarías una nueva definición?

Yo lo diría así: el libro es un soporte que soporta todo, cualquier cosa: lo mismo *Mi lucha*, de Hitler, que *El arte de amar*, de Ovidio. ¿Qué quiero decir? Que hemos sacralizado al objeto libro; lo hemos convertido en fetiche y tótem, y creemos lo que nos dice el lugar común desde Plinio (repetido por Cervantes): que no hay libro por malo que sea que no contenga algo bueno. Por supuesto que podemos impugnar a Plinio y de paso a Cervantes. ¡Hay una enorme cantidad de libros malos que no contienen nada bueno! Y no hay que exagerar, tampoco, como Günter Grass, que dice que incluso los malos libros son libros y, por lo tanto, sagrados. Hay que acabar de una vez por todas con ese impresionismo que está muy bien para los discursos de los políticos, pero no para los que reflexionamos sobre el asunto de los libros y la lectura. Todo libro es discutible; todo libro acepta nuestro desacuerdo y todo autor también.

Lo importante de un libro o, si se quiere, más ampliamente, de un texto, es su contenido, no su soporte. Creo que, como afirma Umberto Eco, el invento del libro en su soporte tradicional de papel es algo prodigioso que no ha necesitado perfeccionarse en más de cinco siglos, porque es algo así como un exprimidor de limones. ¿Qué cambios han experimentado en relación con sus primeras versiones? Prácticamente ninguno. Desde Gutenberg, el libro es el libro, y desde que surgió el primer exprimidor de limones ningún cambio lo ha alterado para "mejorarlo".



No se puede, porque así ya son objetos “óptimos”. Son portátiles y no necesitan otra energía más que la nuestra. Sin embargo, los modos, las formas de leer han cambiado, y de esto, al parecer, no se han dado cuenta muchos teóricos. Cuando se habla de leer, se habla exclusivamente de leer libros tradicionales. Por eso los lectores de la pantalla aparecen como no lectores. Éste es un punto que no se ha discutido lo suficiente. Que hay una seducción especial por el libro tradicional lo admito, porque en lo particular soy un lector formado con él, pero hay otros lectores y otras lecturas, otras formas de leer, es indudable, y no son desdeñables simplemente porque creemos que el libro en papel es un icono sagrado.

No sé cuánto tiempo dure el libro en su soporte tradicional, pero la lectura en pantalla no lo ha desplazado en absoluto. No nos engañemos: el libro siempre ha sido un objeto de minorías y, como dice Alberto Manguel, muy probablemente lo seguirá siendo en el siglo XXX.

Como sabes, fui pionero en la incorporación de la tecnología de impresión digital a la industria editorial en México y, para predicar con el ejemplo, ideé la colección Minimalia, que entre otras cosas se caracteriza porque hacemos una impresión inicial de tan sólo 100 ejemplares por título, que luego reimprimimos cuantas veces sea necesario. Hoy casi todos los editores recurren a estas tecnologías. Sin embargo, en 1994, cuando iniciamos la aventura, los editores rechazaban la propuesta. Decían que les ofrecía una solución a un problema inexistente. Quizá nos habíamos adelantado. ¿Ocurre lo mismo con el libro electrónico? ¿Será una solución a un problema inexistente?

No diría que se trata de un problema inexistente. Sólo hay problemas cuando hay soluciones. No recuerdo quién dijo esto, pero lo creo. Los libros con tiradas cortas resuelven los problemas de almacenamiento. Además, si tuviéramos un censo de los lectores potenciales de cada libro (lo cual parece una utopía, pero no lo es), quizá conseguiríamos, con menos complicaciones, que los libros llegaran a sus destinatarios naturales. En el caso del libro electrónico es

algo parecido: en tanto haya necesidad, habrá lectores. Dice Gabriel Zaid, con su sabiduría socrática, que no a todo el mundo le interesa un libro sobre palas mecánicas o sobre floricultura, pero seguramente hay 500 o 1 000 lectores interesados en ellos que, sin embargo, no los encuentran en su librería más cercana. ¿Por qué? Porque los libreros piensan que no les interesa a muchos y no piden a los editores que los surtan. En cambio, en la entrada de las grandes librerías se acumulan no por cientos sino por kilos, por toneladas, los libros de éxito rotundo. El libro electrónico es una buena alternativa para hacer llegar el material que necesita un lector y que no encuentra en librerías. Por otra parte, las librerías ya funcionan nada más como exhibidoras durante tres o cuatro semanas de un libro nuevo; inmediatamente después lo devuelven al editor. Después de la novedad, uno encuentra el libro en la librería solamente si lo encarga o por mero azar.

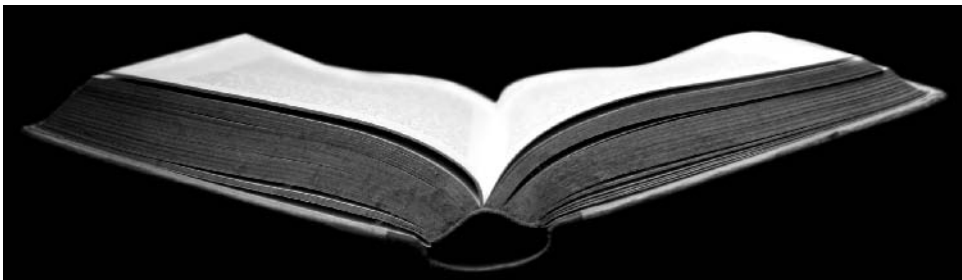
El medio editorial es conservador por naturaleza en muchos sentidos, como la Real Academia Española de la Lengua, que tardaba eternidades en incorporar vocablos que el usuario ya había adoptado irrevocablemente. Día a día hay un creciente sector de la población que se convierte en cibernauta y que lee cada vez más textos en la computadora. ¿El soporte es un impedimento? ¿Cuántos millones de estudiantes no han hecho sus lecturas a partir de pésimas fotocopias? ¿No es un monitor infinitamente mejor que eso?

El soporte es solamente eso: un soporte. El libro es solamente esto: un libro, es decir un medio, un instrumento. Los libros están escritos por personas, luego entonces lo que hacemos cuando leemos un libro es “escuchar” al que habla desde las páginas o desde el soporte electrónico de un libro. Exactamente como leer una carta postal o un correo electrónico. ¿Por qué hemos consagrado un altar al libro tradicional? Porque en sus inicios los usuarios de los libros eran exclusivamente quienes pertenecían a las élites más cerradas de los poderes político y eclesiástico. Y no olvidemos que el primer libro que salió de la imprenta de

Gutenberg fue ni más ni menos que la Biblia. Si queremos que la gente lea (¿y por qué lo queremos?, es una de mis preguntas), ¿por qué habríamos de ser tan delicaditos con eso del soporte?

Hablando de dispositivos de lectura... pese a las críticas, pese al escepticismo, las grandes trasnacionales de la computación y la informática están invirtiendo cantidades estratosféricas en investigación, en el desarrollo de nuevos dispositivos de lectura electrónica. El proyecto Kindle de Amazon es sólo un ejemplo. El proyecto de la electric ink ya ha arrojado resultados asombrosos. El iPod Touch que permite navegar por internet y el iPhone que hace lo mismo, pero a mayor escala, nos hacen vislumbrar un futuro cercano de sorprendentes innovaciones. ¿No se apresuraron quienes declararon la muerte del libro electrónico por sus fracasos iniciales? ¿No tendremos pronto dispositivos de lectura no sólo similares en materia de legibilidad al libro de papel, sino incluso superiores?

No lo dudo, aunque tampoco lo puedo afirmar. Lo que es cierto es que no se ha estudiado, no se ha analizado lo suficiente, y es claro que las especies lectoras (como los dinosaurios) también se extinguen. Es uno de los puntos que analizo en mi *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura*. El lector no permanece inmutable, ni tampoco reviven los lectores de los pasados siglos. Si se extinguieron ciertos modos de lectura es porque ya no podían sobrevivir. ¿Por qué desaparecieron los dinosaurios? Dice un humorista que por una sencillísima razón: porque habían vivido demasiado. A pesar del sarcasmo, no me parece una respuesta tan insensata.



Quizá sería bueno ilustrar esto que digo con una anécdota que relata el gran estudioso del libro y bibliotecario francés Michel Melot. Es espléndida e iluminadora: “Al discutir de la muerte del libro con historiadores japoneses, tuve la sorpresa de verlos sonreír y, cuando les pregunté si este miedo también se manifestaba entre ellos, me contestaron que ésa era una curiosidad occidental. El libro no tenía para ellos ningún carácter obligatorio, y si algún día acabara por desaparecer, sería porque se hubiera descubierto algo mejor. La ausencia de referencia sagrada al libro explicaba, según ellos, la diferencia entre Oriente y Occidente”.

Creo que los japoneses con los que conversó Melot tienen toda la razón. Si algo desaparece es porque se ha encontrado algo mejor o porque ha surgido algo más adaptable al medio y a la exigencia de su entorno. ¿Por qué desaparecieron los dinosaurios? Porque ya no podían seguir viviendo. El libro en su soporte tradicional seguirá coexistiendo con los demás soportes habidos y por haber, hasta que llegue un día (y, si llega, ¿qué podemos hacer?) en que se extinga si debe hacerlo. Nada es eterno, sólo la eternidad.

El rechazo a los nuevos soportes... ¿no es meramente generacional?

Si los chavos pasan horas viendo su iPod, jugando en su Xbox o en su PlayStation, embobados frente a la TV... ¿por qué no habrán de leer un libro en pantalla?

La laptop la puedes llevar a tu cama. Puedes leer un libro, chatear con tu novia, escuchar canciones en iTunes, ver fotos porno, videos en YouTube... En fin... todo al mismo tiempo. ¿El libro... lo supera?

Insisto: todo eso puede coexistir. Carlos Monsiváis afirma que actualmente quienes más libros leen también suelen utilizar con más frecuencia las tecnologías informáticas. Hoy hasta los viejitos y los casi viejitos (como un servidor) enviamos y recibimos correos electrónicos, buscamos información en la red, comparamos precios de libros en librerías virtuales y, por supuesto, si no nos entregamos todo el día a este quehacer, también leemos nuestros libros en soporte

tradicional. Nunca he leído un solo libro en pantalla. No lo he necesitado. No lo necesito. Pero sí he encontrado e impreso algunos textos (artículos sobre todo) que me interesan especialmente y que no encuentro en una edición comercial impresa. Que los más jóvenes lean en la pantalla no me extraña. Un sobrino que acaba de entrar a la carrera de Letras en la UNAM me cuenta que ha encontrado en la red libros completos que le interesan. Los baja o los lee y, de este modo, se ahorra unos pesos. No me parece mal. ¿Por qué habríamos de sermonearlo para que lea libros impresos comercialmente? ¿Para que el libro en soporte tradicional no desaparezca? Si lo que traemos con el libro no es la Palabra de Dios, es, simplemente, el gozo de dialogar con otros. Toda cultura se basa en el diálogo. Lo supo Sócrates; lo reiteró Platón. Y no se ha inventado nada mejor que la conversación para intercambiar ideas. Con libros o sin libros.



El libro tradicional permite tener toda una experiencia sensorial (la textura de los forros, del papel, de las hojas a las que das vuelta con tu dedo ensalivado, lo que te permite incluso percibir el sabor del papel, quizá de las tintas), pero esa sensación tal vez también la tuvieron quienes transitaron de los rollos a los libros en pliegos. Esa sensación que a unos nos produce incluso hoy tocar un libro con hojas de papel algodónado y tipografía en prensa plana... ¿no será igual a quien, más viejo, de pronto lee un texto en pantalla verde en una computadora que sobrevivió y trabaja con MSDOS en una computadora 8088 o en una 286?

Probablemente tengas razón. Pero no hay que confundir, creo yo, la realidad real con la realidad virtual. Prefiero el coito real (la caricia, la textura, el calor, todas esas sensaciones reales) al sexo virtual. Incluso la pornografía me parece (a mí, casi viejito) más gozosa en los libros tradicionales (oh, Dolly Morton; oh, Grushenka; oh, Fanny Hill) que en las imágenes casi ginecológicas de tan explícitas que se hallan en superabundancia en la red. Pero éstas son una percepción y una elección muy mías. Creo con Hans Magnus Enzensberger que el que confunde el amor con el sexo virtual está listo para el psiquiatra. La realidad siempre tiene razón. Así que cada quien reacciona según sus experiencias. Lo que a unos les parece poesía, a otros no, y habrá que respetar sus preferencias, aunque no las compartamos.

Independientemente, los diversos soportes convivirán un tiempo. Especulo que no será muy largo, por motivos tanto tecnológicos como ecológicos y, sin duda, mercadotécnicos. El libro con soporte en papel es, en mi opinión, un impedimento para llevar a todos lados la obra literaria, científica, tecnológica y artística... El libro tiene volumen. Pesa. Las novedades editoriales que se publican mes con mes en el mundo no caben en ninguna librería de México. Es más, tampoco tienen cabida en las bibliotecas. Menos aún el catálogo vivo de las editoriales ya no internacionales, sino simplemente nacionales. El libro con soporte en papel se ha convertido, por sus características físicas, en un impedimento para la difusión del conocimiento, de la lectura. ¿Vale la pena aferrarse a algo que es tan inmanejable, que no es mostrable en su totalidad en puntos de venta y no es ecológico porque destruye el remanente biológico del planeta?

No estoy tan seguro de esto. Las grandes librerías de la ciudad de México están atiborradas de clientes (no sé si de lectores) los fines de semana. Más de una vez he tenido que formarme en una larga fila para pagar mis libros. Ese público que atiborra las librerías constituye la enorme minoría que hace que la industria editorial siga funcionando, y siempre será minoría, aunque sea muy grande. ¿Mayorías (y no precisamente silenciosas)? Las del estadio Azteca en domingo. Esas son mayorías. Y a la misma hora, quizás, en que tú estés comprando un libro en una librería atiborrada, decenas de miles están gritando ¡gol! y el libro les importa un cacahuete. ¿Por qué? Porque no tienen necesidad de libros, sino de goles, es decir, de entretenimiento, de esparcimiento, de relajación, que algo hay que hacer para sacar el estrés después de pasar seis días en una oficina, en una fábrica, en una construcción. Yo no lo censuro. ¿Por qué todos tendrían que estar leyendo libros muy quietecitos en su casa o en la biblioteca si lo que quieren es ver un partido de fútbol?

No creo que sea demostrable que el libro en su soporte tradicional sea un impedimento para llegar a las masas, porque las masas no leen libros como sí lo hacen las minorías. Los que leen llegarán a los libros contra todo impedimento que se les ponga. Más aún: a cualquier precio. Lo que sí me parece importante, y perdón por la insistencia, es que el libro tradicional coexista con los soportes electrónicos. Según un científico, y esto también lo documento en mi *Antimanual*, los dinosaurios no desaparecieron de la faz del planeta en un instante, como suele decirse y creerse. Fueron desapareciendo en sus diferentes especies y familias, paulatinamente, a lo largo de cientos de miles de años, y coexistieron con los mamíferos que, finalmente, se impusieron al medio, se adaptaron y “heredaron la tierra”. Si el libro tradicional (dinosaurio) ha de desaparecer para dar paso al libro electrónico (mamífero), será porque ya no tenía modo de sobrevivir. De lo que no estoy seguro es de que esto



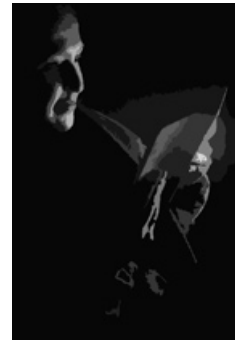
llegue a ocurrir, pues muy probablemente lo que desaparecerá primero será el género humano, con todo y sus libros de larga historia y con todo y sus nuevos inventos de panacea. Lo siento, no soy muy optimista en este sentido. Con libros o sin libros, el ser humano se dirige inexorablemente al abismo.

Pasando al tema de la lectura... ¿Qué opinas de la transfiguración del lector? De la lectura en voz alta a la lectura en silencio hubo una notable evolución, pero seguía siendo lineal. Hoy lleva de un texto a un metatexto. Uno inicia con un tema y termina con otro totalmente distinto, sin darse cuenta de cómo se dio la transición. Ocurre en todos los planos. El eclecticismo lo vivimos en la música, en la letra... pronto se dará en el terreno de la imagen tanto fija como de video. ¿A qué nos llevará eso? ¿Cómo concibes la transfiguración del lector en esta época de transición? ¿Y cómo al lector de un hipotético futuro cibernético?

Evidentemente, el paso de la lectura en voz alta a la lectura en silencio constituye una etapa superior en el desarrollo de la lectura. Y aunque fue una evolución lineal de todos modos, significó cambios sustanciales en el comportamiento. Los monjes medievales no imaginaban siquiera que se pudiera leer en silencio. El silabeo y el murmullo de los lugares de lectura constituía todo un ritual que todavía apreciamos en ciertos ambientes religiosos, casi como queriendo dar a entender que al que no habla, Dios no lo escucha. La transfiguración del lector en un futuro cibernético no me resulta del todo clara ni siquiera en la imaginación. Ese hipotético lector será, probablemente, más un lector de imágenes que de textos, lo cual es sólo una suposición a partir de los indicios que ya tenemos en los medios, incluso impresos: cada vez más, los periódicos y las revistas privilegian la imagen por encima del texto. El texto se ha vuelto cada vez más una pequeña cápsula informativa, y la imagen ha cobrado la dimensión de la página completa. Apelamos a un lector del menor esfuerzo y lo que obtenemos no siempre es lo más extraordinario. Creo que un texto (en el soporte que fuere) cumple su propósito si nos hace pensar

por nosotros mismos. Me sorprende que la gente crea que los libros contienen grandes verdades a las que no pueden llegar si no es a través de ellos.

Muchos de los sabios de la Antigüedad que hicieron grandes descubrimientos y llegaron a nociones maravillosas no lo hicieron por leer libros, sino por esforzarse en pensar y sentir. Los libros, tenía razón Sócrates, se constituyen en un verdadero problema para desarrollar la memoria y el pensamiento autónomo. Eso de que sólo pensemos a partir de los libros es una de las creencias legitimadas por la escuela. Como cuando se dice que “cada maestrillo lee en su librito”. En realidad, entienden los libros únicamente como manuales para existir, pero la existencia no necesita manuales, sino experiencias, donde el error es tan importante como el acierto. Si el hipotético lector cibernético no llega a entender esto, acabará yéndose de todos modos al abismo con todo y sus pretendidos avances tecnológicos. Ninguna tecnología ha prescindido jamás de la experiencia.



¿Cómo ves la transformación de la lengua, de la escritura? Quienes se comunican a través de mensajes instantáneos e incluso por correo electrónico usan nuevos códigos, abreviaturas, iconos. ¿Estamos en los albores de una nueva “revolución” sintáctica, gramatical, ortográfica? Muchos han hablado de la conveniencia de eliminar la ñ, la h, la diferencia entre la v y la b. En este nuevo “lenguaje” la ortografía y la pulcritud sintáctica les tienen sin cuidado. ¿Qué opinas?

No me preocupa demasiado la pulcritud sintáctica o la buena ortografía de los correos electrónicos y los *chats*. El lenguaje de códigos y abreviaturas que se ha inventado en las comunicaciones instantáneas es intrascendente desde el punto de vista de algo “revolucionario”. Constituye un caló o un lunfardo para economizar tiempo y hacer el menor esfuerzo. En realidad, el problema es que no sabemos para qué quiere más tiempo el internauta si no es para destinarle más tiempo a sus horas de pantalla. Está bien, no repruebo las formas nuevas de comunicación, pero tampoco creo que un soporte (y aquí me estoy refiriendo

a lo electrónico) modifique la esencia de la vida. El ser humano de todos modos sufre, se alegra, es feliz, desdichado, frustrado, bueno, malo, criminal, generoso, etc., y de todos modos se muere. Si lo que hizo con su vida lo mantuvo satisfecho y hasta feliz (y además no le hizo daño a nadie), ¿qué nos importa si se la pasó todo el tiempo *chateando* o *blogueando*? Lo que pasa es que creemos que las máquinas y las tecnologías nos solucionarán los problemas de fondo del conflicto humano y esto no es así. Ni el libro tradicional lo conseguirá jamás. Vuelvo a citar de memoria a Gabriel Zaid: ningún adelanto tecnológico es tal si lo único que nos garantiza es una vida desabrida.

En cuanto al lenguaje, su función es comunicar y hacer que nos entendamos. Si sólo podemos entendernos en medio de una secta o de un clan, a través de códigos, cada quien estará a gusto en su propio clan o en su propia secta, pero no tendrá posibilidad de comunicarse con los que no pertenecen a su camarilla, por muy grande que sea. Alterar la ortografía es casi una ingenuidad (que cometió el mismo Juan Ramón Jiménez). Ya muerto él, sus libros han regresado la “g” y la “j” a su convencionalismo, porque en realidad sus libros dicen lo mismo con su capricho que sin él.

Pasando al tema de la creación de lectores, en tu Antimanual invitas a una discusión cordial, pero sería, de todo lo que damos por sentado en el tema de la lectura. Nada más estimulante. Lo que damos por sentado es tan anacrónico como lo que creíamos en el terreno de la producción del libro ante el surgimiento de las nuevas tecnologías. Evidentemente, el mundo ha cambiado, y eso significa que también la cultura. La lectura lineal y habitual probablemente está siendo sustituida por la no lineal, ecléctica, y “exploradora”, es decir, que nos lleva de un punto de partida a uno de llegada impredecible. ¿Qué ganamos, qué perdemos? ¿Estamos ante una transfiguración total tanto del lector como de la lectura?

No, aún no llegamos a una transfiguración total del lector y la lectura porque la lectura del libro tradicional y la lectura de pantalla coexisten. Es evidente que la noción de lectura es distinta hoy de la que se tenía en el siglo XV

y de la que se tenía, en un pasado inmediato, en la primera mitad del siglo XX. Pero, pese a todo, seguimos leyendo y podemos seguir la lectura, en ambas vertientes, sin demasiadas complicaciones. Pasamos de la pantalla al papel y del papel a la pantalla como si saliéramos del agua para pasar a la tierra, y viceversa; en este sentido somos anfibios. Hasta hace poco, el teléfono fijo nos parecía una necesidad absoluta; luego el teléfono móvil y los celulares nos mostraron que el teléfono fijo era una antigualla de los tiempos de nuestra abuelita. Hoy, con el advenimiento de los *iPods* y demás maravillas o zarandajas, el celular es otra baratija de los tiempos de nuestros jóvenes padres que creyeron que un teléfono celular que tuviese cámara fotográfica ya era un artilugio del otro mundo.

Las tecnologías avanzan más rápidamente que el tiempo que tenemos para adaptarnos a ellas y luego desecharlas de inmediato. Hay libros que fueron copiados magnéticamente, con tecnologías no muy lejanas y que, sin embargo, ya están en desuso. Es decir, el libro en papel sigue durando más que el soporte electrónico. Hay archivos que no se consultan porque ya no hay máquinas que los lean. ¿Avance o retroceso? En todo caso, búsqueda de soluciones a problemas aparentemente apremiantes. Los libros en soporte tradicional tarde o temprano se hacen polvo; los libros en soporte electrónico, también. Marx lo dijo lúcidamente: “Todo lo sólido se desvanece en el aire”.

¿Por qué seguimos leyendo a Homero, por qué sigue vivo Dante? Por una sencilla razón: porque comprendimos que lo importante no es el soporte sino el contenido. No sé qué puedan decirles Homero y Dante a los lectores del siglo XXXVI (si todavía hay lectores o si todavía hay humanidad en ese siglo), pero es claro que si todavía dicen algo para entonces, no será por los fetiches del libro en papel o por los mecanismos electrónicos, sino por el contenido.

Por todo esto son un tanto cómicos los bibliófilos, a quienes define Pennac como aquellos individuos que prefieren los libros a la lectura. Es decir, los que aman los objetos como tales, independientemente de lo que contengan.



Imagínate: ¡un ejemplar de la primera edición de *Mi lucha*, dedicado por el autor!, tan importante como otro ejemplar de la primera edición de los *Ensayos* de Montaigne, con su dedicatoria. No hay prueba mejor de que el libro es un fetiche y, muchas veces, una simple superstición.

La lectura requiere, aún, de signos, letras. La tipografía fue concebida para el soporte en papel. Ahora hay cambios drásticos en la lectura en pantalla. Uno puede cambiar a voluntad tamaño y color de letra, del fondo, familia tipográfica e interlínea, entre otras muchas cosas. Lo que el editor concibió es modificable en manos del lector, que puede intervenir en muchos casos. ¿Qué retos presenta esta evolución?

El único asunto visible es que todo el mundo se ha vuelto editor, todo el mundo se ha vuelto escritor y casi todo el mundo se ha vuelto lector. ¿No te parece el fin de la utopía que tanto perseguíamos? Cuando la utopía se cumple deja de serlo. ¿Queríamos más lectores y más escritores? Ya los tenemos. Hasta los muchachos de menores recursos económicos se meten, por ocho pesos, a un cibercafé a escribir y a leer. ¿Qué leen? ¿Qué escriben? Lo que les interesa. ¿Es bueno? ¿Es malo? No, simplemente es real. La realidad es la realidad: es buena o mala, según nos beneficie o nos perjudique. Y lo que es formidable para ti, puede ser abominable para otro. Adolfo Bioy Casares (inventor de mundos paralelos) lo dijo



espléndidamente: “Si urdes utopías, recuerda que el sueño de uno es pesadilla de otro”.

Tradicionalmente consideramos la “lectura” como la decodificación y comprensión de un texto. Pero... ¿no podríamos ir más allá? ¿Incorporar al análisis la “lectura” por otros medios? Por ejemplo, la “lectura” de un cuadro, de una película, de una obra de arte en general. La música también implica lectura desde varios puntos de vista. Muchos, hoy en día, han adquirido la cultura por la vía audiovisual y no a través de lectura de textos: cine y TV fundamentalmente. La lectura de textos, lo sabemos, no nos hace mejores. La historia está plagada de deplorables déspotas ilustrados, así como de iletrados de los que hay mucho qué aprender. ¿No debemos desmitificar el “valor” de la lectura por un lado y revalorar las otras “lecturas”? ¿

Esto último es, precisamente, una de las cosas que reivindicó en mi *Antimanual*. Desmitificar la cultura letrada (no negarla), desacralizarla y revalorar las otras lecturas. Tienes razón. La historia está llena de atrocidades de letrados y de ilustrados que no por esta condición perdieron su barbarie. No podemos inferir, desde luego, que fueron así por leer libros, sino más bien que ni siquiera los libros los salvaron de su barbarie, que ni siquiera los libros los blindaron moral e intelectualmente. En efecto, todos somos lectores e interpretamos, por medio de la lectura, incluso los gestos de los demás. “Leemos” sus intenciones o, por no leerlas, caemos en sus trampas o en sus redes. A veces hay intenciones satisfactorias que leemos muy bien y que nos entregan alegrías y aun felicidad. Todo el tiempo estamos leyéndonos, y todo el tiempo estamos tratando de explicarnos el mundo de imágenes, códigos y experiencias. Que por leer libros en papel nos sintamos mejores que todos los demás, moral e intelectualmente, me parece una de las consecuencias menos inteligentes de los lectores que así piensan, y que sólo prueban con ello que ni la lectura de libros les ha servido para entender mejor la realidad. Lo importante no es la cantidad de libros que leas, sino cómo los integras a tu existencia para entenderte mejor y comprender mejor a los demás.

En medio de todo esto, ¿no habría que replantearnos el tema de la creación de hábitos de lectura? ¿Será correcto seguir hablando de hábitos? ¿No deberíamos buscar más bien orientar para encontrar el placer en la lectura?

Desde mi libro *¿Qué leen los que no leen?* puse en tela de juicio el concepto “hábito de lectura”. Habría que dialogar y debatir qué entendemos por tal término. Para mí es muy claro que un hábito no necesariamente es placentero. Tenemos hábitos que cumplimos, querámoslo o no, sea por presión social, por prescripción médica, por higiene, por mejorar nuestra salud, por prevenir enfermedades o por obligación escolar o laboral. Si hacemos de la lectura un hábito, como cepillarnos los dientes, como programar el despertador, etc., ¿dónde queda el placer de leer?

Entiendo el placer de la lectura como algo que hago cuando quiero, donde se me antoje, y lo suspendo en el momento que desee. Los hábitos generalmente no admiten interrupción ni posposición. Por algo son hábitos. En cambio las aficiones son otra cosa. Jugamos fútbol hoy y la próxima semana no, porque en lugar de eso se nos antojó ir al cine o salir a dar un paseo. Asimismo entiendo la afición a la lectura. Leer cuando se nos pegue la gana y suspender la lectura cuando se nos antoje.

Por esto también insisto en que en las cuestiones del libro y la lectura damos muchas cosas por hechas y por sabidas, y no las reflexionamos ni las discutimos. Es curioso que los lectores confiemos tan poquito en nuestra capacidad de reflexión si no tenemos como apoyo un libro, y cuando nos rebaten algo, invariablemente apelamos a nuestro prestigio o a nuestras lecturas. En este sentido, Sócrates no hubiera podido decir nada que interesara a nadie: ni tenía estudios ni había publicado ni leído libros.

Dejemos ya de una buena vez de dar todo por sabido. Analicemos las causas y las consecuencias. Si los lectores seguimos creyendo que el libro lo es todo, por ser libro, el mismo derecho tiene el deportista a creer que el deporte lo es todo, por ser deporte, y nunca conseguiremos seducirlo para que se atreva a leer un libro. Y, a la vez, él podría pre-



guntarnos, con entera razón, por qué no mejor nos dedicamos al deporte, que lo es todo para él, en vez de tratar de convencerlo de que se dedique a los libros que lo son todo para nosotros. A veces los lectores no entendemos esto ni con analogías. Decimos que la gente necesita leer libros, pero no pasa por nuestra cabeza que los lectores también necesitamos otras cosas que los demás tienen y practican y en las que somos absolutamente analfabetos.

Una y otra vez, supuestos intelectuales han caído en la tentación de hablar de los 100 libros más importantes de la historia, o de las 100 lecturas imprescindibles para todo lector, cuando sabemos que gran parte de la población mundial lee si acaso un puñado de libros en toda su vida y buena parte de ella nunca leyó ni leerá ninguno. ¿No le falta sensibilidad social y sentido de realidad a las clases supuestamente ilustradas?

Esta pregunta ya está en parte respondida con lo que acabo de decir, pero podemos abundar. No hay ni 10 ni 20 ni 50 ni 100 ni 1 000 lecturas imprescindibles que sean tales para todos y cada uno de los lectores. Además, nunca agotaremos, ni siquiera en la vida más longeva, esos libros supuestamente imprescindibles, según el canon del señor Harold Bloom o según los cánones académicos, muchos de ellos tan dados al género aburrido.

Que un libro sea importante para el desarrollo de la historia de la literatura no lo hace fundamental e imprescindible para que todo el mundo tenga que despachárselo para luego continuar con otro de parecida estirpe. En realidad, los grandes libros, las obras maestras de la literatura clásica ni siquiera resultan siempre las mejores para iniciarnos en la lectura. Las leemos y las amamos cuando hemos pasado por una serie de lecturas, muchas veces triviales, que, sin embargo, pese a su carácter trivial, nos prepararon para llegar a esas obras “inmortales”.

El canon de la intelectualidad, además, es un canon que siempre se está moviendo, que nunca se está quieto. Hay quienes piensan que Saramago es extraordinario, y otros que es aborrecible. Hay quienes dicen que no pue-

des pasar por este mundo sin haber leído a Shakespeare, cuando en realidad no te pasa absolutamente nada si no lo lees, y sí hay algo que te puede suceder si no pagas tus impuestos. Quiero decir, y así lo escribí, que los libros que leemos tienen la fuerza para hacernos felices, pero los libros que no leemos no tienen el poder de hacernos infelices. No los leemos y punto. Si Stendhal no nos gusta, estamos en nuestro derecho. No congeniamos con él y nadie puede hacernos reproches por ello. Que Vila-Matas te parece un plomo y que Javier Marías y Pérez Reverte no, estás en tu absoluto derecho.

El tan mentado canon no existe, sino para cada quien. Cada lector tiene su canon o sus preferencias. Y si decimos que los demás leen basura es porque nos tomamos tan en serio que creemos ser los modelos más acabados de la perfección humana. Y, siendo así, ¿cómo podemos siquiera aspirar a que los demás confíen en nosotros?

¿Qué es ser ignorante? ¿Qué es ser analfabeta, iletrado?

Que quien no sabe leer es menos ignorante que quien lee, es una verdad de Perogrullo... ¿evidente? ¿o aparente? Quien ha leído diez libros sabe más de literatura que quien leyó dos, y quien leyó cien es infinitamente más "ignorante" que quien leyó mil. ¿Cómo aplicar criterios? ¿Se vale?

Todos estos conceptos corresponden, nuevamente, a una falta de comprensión de la lectura y de la cultura en general. Los beneficios de la lectura son, con bastante frecuencia, intangibles, impalpables. Hay devoradores de libros a los que no deseamos ni como amigos ni como acompañantes. Desagradables, pedantes, presuntuosos, incluso agresivos. Hay otros que son absolutamente amables. Asimismo, hay analfabetos peligrosos y dañosos, de los que hay que alejarse y cuidarse; mientras que otros, también analfabetos, son seres del todo confiables, nobles y probablemente hasta más solidarios que nosotros los lectores. ¿Valemos más, entonces, moral e intelectualmente, por leer más libros? ¿Cómo medirlo? El gran filósofo francés

André Comte-Sponville dice que al menos él prefiere al bruto generoso que al egoísta bien educado. Lo mismo digo yo. Claro, sería extraordinario que la generosidad y la solidaridad convivieran en las personas que leen libros (muchos o pocos), pero hay evidencias de que hay cosas que los libros no curan y que más bien las agravan: por ejemplo, la pedantería y, como dijera Fernando Savater, “el espíritu de seriedad, sentirse poseído por una alta misión y el miedo a los otros acompañado del loco afán de gustar a todos”. Hay un “vértigo intoxicador” en ciertos eruditos que nunca rozan siquiera la sensatez ni mucho menos la tolerancia, por más y más libros que lean. Quiero decir que los beneficios de la lectura no se miden por el número, y ni siquiera por la calidad de los libros leídos.

Si está cambiando la manera de leer, ¿debe cambiar la manera de escribir?

Creo más bien que la manera de escribir siempre ha ido por delante de la manera de leer. En esto casi no me cabe duda. Los libros que hoy nos parecen maravillosos, muy probablemente fueron considerados detestables en el momento de su primera publicación. Es común que los lectores sólo acepten una obra como extraordinaria cuando otros ya la han aceptado y consagrado. Por eso la publicidad es tan exitosa con los libros. Si les acomodas un cintillo que diga: “¡Un millón de ejemplares vendidos en una semana!”, los lectores caen como moscas. Uno pensaría que debería ser al revés, pero lo cierto es que todo el mundo quiere sentirse abrigado con la opinión autorizada de los demás. Por eso los manuales son tan solicitados. Alguien debe decirnos lo que está bien y cómo vivir.



*¿Si desapareciera el soporte en papel... desaparecerían los editores?
¿Qué es realmente un editor? ¿Cuál es su función?*

Como te dije anteriormente, hoy todo el mundo es editor. Y todo el mundo es escritor. Pero entiendo que el editor, desde un punto de vista profesional, es aquel que no sólo produce los libros sino que, de alguna manera, los induce, para bien y para mal. El buen editor, a mi juicio, no es el que está esperando en su despacho a que le llegue la obra maestra o el *best-seller* que venderán miles de ejemplares, sino el que explora las necesidades de lectura de la gente y que es capaz incluso de proponer libros que pueden ser impopulares (esto es, prácticamente no leídos o leídos minoritariamente al principio), pero que con el tiempo serán redescubiertos por los lectores. Un editor, en este sentido, no busca el éxito inmediato, sino el libro que seguirá dialogando con los lectores por mucho tiempo. Por cierto, ya no hay muchos editores que piensen así; más bien los que abundan son aquellos capaces de publicar un libro de aventuras sexuales de William Clinton con tal de que se venda mucho y pronto.



¿Finalmente nosotros, textoservidores, seguiremos propagando enfermedades de transmisión textual? En otras palabras... ¿cómo promover la lectura en esta época de tanta competencia mediática, de tantos dispositivos "distractores" como los Xbox, PlayStation, internet, etc.?

No creo en la competencia mediática respecto del libro. Lo que es más, pienso que los medios electrónicos y las tecnologías informativas no son para nada "distractores" del libro tradicional. Vuelvo a lo mismo: los lectores de libros siempre hemos sido minoría y no dejaremos de serlo. Entendemos que los políticos hablen de políticas de lectura para hacer países de lectores, ¿pero cuál es el modelo? Si consideramos país de lectores a Francia o a Finlandia, deberíamos entender también que no leeremos jamás como los franceses o como los finlandeses en tanto sigamos siendo mexicanos y viviendo en México con las problemáticas socioeconómicas propias de nuestro país.

¿Por qué pensar que los problemas de la lectura son ajenos a los problemas estructurales de una sociedad en la que el libro no es prioritario porque las necesidades urgentes nos producen muchas más angustias que no leer libros?

Vivimos permanentemente en medio de mentiras y nos hemos acostumbrado a ellas. Los medios desean convencernos de que somos tan buenos en fútbol como los que más y que podemos ser icampeones del mundo! Cada cuatro años, los que se creen esto, vuelven a la misma frustración. Cuando comprendamos que las ilusiones no equivalen a la realidad, seremos entonces más sensatos.

Los proselitistas del libro o textoservidores, como los llamas, no somos otra cosa que personas que deseamos compartir con otros nuestros placeres. En realidad, somos como los libertinos: compartimos con los demás los objetos de nuestro deseo: los libros. Queremos que se sumen a la orgía. La lectura es mucho más un vicio que una virtud. Es una ocupación de desocupados y una profesión de ociosos. Si te quieres hacer millonario y deseas alcanzar el éxito profesional, deja inmediatamente de leer y ponte a hacer algo más práctico. Hasta los políticos, que leen tan poquito



o que no leen nada, dicen que leer nos hace importantes. Es un cliché, desde luego y, como todo cliché, no pidas constatación de quien lo dice.

La única manera de sumar lectores es disseminando el virus lector entre aquellos organismos que, por sus particulares condiciones, están expuestos a la infección. Con otros más, aunque pongas todo tu entusiasmo y todo tu afán, fracasará. ¿Qué es lo importante para mí en este sentido? No obligar a la gente a leer para aumentar las estadísticas y para subir el índice de lectura, sino lograr que el derecho de acceso al libro deje de ser sólo un derecho ideal para ser un verdadero acceso. Y que después de esto, cuando la gente ya haya tenido la experiencia de leer, que decida si quiere seguir leyendo o si sus intereses están en otros ámbitos.

La coacción nunca ha servido para convencer a nadie. No recuerdo que nadie me haya obligado a fumar mi primer cigarrillo, y durante varios años de mi juventud fui fumador. Así sucede con los libros: nuestra tarea (me refiero a la labor de los que participamos en el ámbito editorial) es acercar, sin discursos y sin mítines, los libros a los potenciales lectores y, de la manera más cordial y sensata, saber que ésta no es una cruzada para matar infieles; es tan solo un placer, un gran gozo; quizá, como dijera Flaubert, una *orgía perpetua*, a condición de que no olvidemos que sólo participan en la orgía los que lo hacen con plena libertad. Y todo lo demás es utopía.

Reprimir. ¡Ay, ay, ay! Esos doblajes de películas del inglés al castellano son un apretado almácigo de disparates. El otro día salió en televisión el siguiente fragmento de diálogo: “—¿Es ésa una reprimenda? —Sí, es a mí a quien están reprimiendo.” Se supone que en el diálogo original en inglés se hizo el juego de palabras entre *reprimand* (reprimenda, reprensión) y *to reprimand* (reprender, reconvenir). Pero al autor del doblaje se le figuró, por hacer las cosas sin pensar y de carrerita, que el verbo correspondiente en castellano era *reprimir*. Y saltó el disparate. Si el aludido autor del doblaje quería conservar el juego de palabras del original, ¡hubiera sido tan sencillo decir *represión* y *reprender*!

24 de octubre de 1966

De la investigación al libro. Estudios y crónicas de bibliofilia, **Lauro Zavala, UNAM, 2008**

La investigación universitaria es tal vez la actividad que contribuye de manera más exhaustiva y sistemática al entendimiento del mundo, y a mejorar la calidad de vida de quienes lo habitamos. Para su existencia misma, el conocimiento producido por la investigación requiere del debate permanente, y para ello son necesarias diversas estrategias de difusión, lo mismo especializada que de divulgación. Y una de las formas más características de esta difusión es la palabra escrita, especialmente en forma de libros, revistas y fotocopias, los cuales tienen características necesariamente diferentes de la captura, transmisión y reproducción de la palabra y las imágenes por medios exclusivamente electrónicos.

Es sorprendente que todavía exista una atención relativamente escasa dirigida al estudio de estos problemas en los medios universitarios del país.

La formación de editores requiere el apoyo de investigadores dedicados a estudiar la articulación entre los procesos de producción del conocimiento y la palabra impresa. En los textos que siguen ofrezco el resultado de investigaciones de naturaleza básicamente documental, efectuada en bibliotecas, hemerotecas y archivos, con el apoyo de diversas bases de datos y redes de correo electrónico.

De acuerdo con la información disponible en tales fuentes, durante los últimos veinte años se han empezado a producir en lengua española trabajos de carácter general sobre las áreas del oficio editorial tan estratégicas como el

El más reciente libro de Zavala será de gran apoyo para los investigadores universitarios.



dictamen de manuscritos (aquí abordado desde la perspectiva del autor), las ediciones anotadas (desde la perspectiva de la teoría textual), y las revistas especializadas de humanidades (aquí estudiadas desde la perspectiva del autor, el editor y el lector, respectivamente). Estos ensayos constituyen la parte medular de este libro, y tienen una intención formativa e informativa acerca de estos procesos editoriales.

En los otros textos de este libro comento muy brevemente algunas de las otras relaciones que existen entre la investigación y la palabra impresa. De entre los múltiples aspectos posibles, he comentado aquellos que conozco mejor: la utilidad de las fuentes documentales en la investigación fronteriza, la utilidad de diseminar la información sobre las actividades profesionales de los investigadores, la función estratégica de los profesores universitarios en la difusión de la palabra impresa, la enorme riqueza y diversidad de los diccionarios especializados, y algunos criterios utilizados para la escritura y evaluación de reseñas de libros especializados (las recensiones técnicas). Quiero señalar que tengo la suerte de haber experimentado de primera mano las características propias de cada uno de estos campos, no sólo como investigador, sino también como traductor, corrector, reseñista y dictaminador de textos que han sido el resultado de investigaciones universitarias, en el ámbito que me resulta más familiar: las ciencias sociales y las humanidades.

Con la publicación de estos materiales pretendo contribuir a la revaloración de las condiciones de trabajo de quienes realizan uno de los oficios más nobles en la historia de la civilización.

Los libros y el dictamen editorial

El dictamen y el proceso editorial

Las expectativas del nacimiento

Un manuscrito bajo el brazo o un proyecto sobre el papel

Un contrato en el horizonte

La evaluación del manuscrito

Selección y funciones del lector editorial

Los elementos básicos del dictamen

La decisión sobre el manuscrito

La entrega del dictamen

La decisión final

La diplomacia editorial



La edición anotada: una red de textos especializados

Una tipología de las ediciones anotadas

La dimensión genética: Elementos pre-textuales y para-textuales

La dimensión textual: Elementos meta-textuales e inter-textuales

La dimensión hermenéutica: Elementos contextuales y subtextuales

La investigación especializada y las revistas académicas

El terreno: Para una cartografía de las revistas especializadas

La lectura: Para tener acceso (en calidad de lector)

La escritura: Para tener acceso (en calidad de colaborador)

La edición: Algunas experiencias y propuestas editoriales

Sobre el infinito placer de leer diccionarios

La vocación de leer diccionarios/Diccionarios sobre diccionarios

Mis primeros 100 diccionarios/Referencias

El arte de escribir reseñas bibliográficas

La enseñanza universitaria como promoción de textos especializados

Las redes de información académica

De la lujuria bibliográfica a la exploración audiovisual

Apéndice

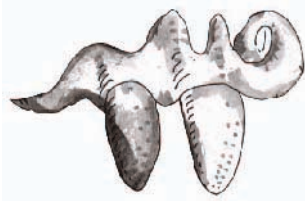
Decálogo del autor de manuscritos especializados

Elementos para la elaboración de un dictamen

Cómo evaluar un dictamen

Lectura y velocidad hacia ninguna parte

Juan Domingo Argüelles



Publicado por Editorial Océano de México, en su colección El Ojo Infalible, recientemente apareció el libro *Antimanual para lectores y promotores del libro y la lectura* (México, 2008), de Juan Domingo Argüelles, un volumen que plantea una serie de cuestionamientos a los diversos aspectos del fenómeno de la lectura que, desde el punto de vista convencional y aun institucional, no han sido lo suficientemente debatidos. Este *Antimanual* se suma a otros libros del autor acerca del tema: *¿Qué leen los que no leen* (Paidós, 2003), *Leer es un camino* (Paidós, 2004), *Historias de lecturas y lectores* (Paidós, 2005) y *Ustedes que leen* (Océano, 2006). Publicamos aquí un breve fragmento de dicho *Antimanual*.

El desarrollo y la comercialización de los métodos y técnicas de la denominada lectura veloz han alcanzado un auge no poco lucrativo. Abundan las empresas, generalmente anglosajonas, que sitúan exitosamente su mercancía y su discurso, sobre todo en el medio ejecutivo. Sus guías, instructivos, manuales y publicistas prometen resultados maravillosos casi parecidos a los milagros. Será quizá por esto que, del mundo empresarial y ejecutivo, la lectura veloz ha comenzado a trasladarse a los ámbitos educativo y cultural y, particularmente, al que tiene que ver con la promoción y el fomento de la lectura.

Hoy podemos encontrar a promotores y fomentadores de la lectura que comienzan a confiar una buena parte de su tarea en estos métodos, sobre todo cuando piensan que si no han obtenido un éxito palpable con los

potenciales lectores ha de ser, entre otras cosas, porque carecían de técnicas modernas para desarrollar la rapidez y la comprensión lectoras. Ilusionados, y a veces cegados, por este optimismo, hay promotores de la lectura que hoy creen más en las técnicas de lectura rápida que en el contagio del entusiasmo lector.

En uno de estos tantos libros, *Técnicas de lectura rápida* (1992), sus autores Diana Darley Fink, John T. Tate y Michael D. Rose argumentan que “leer lleva tiempo” y que “el tiempo es un bien escaso que usted no puede permitirse el lujo de malgastar”. Dicho así, en el esquema mental ejecutivo más pragmático, leer de manera placentera y morosa, gozando cada palabra, cada línea, cada párrafo, cada página, y deteniéndonos continuamente a releer y a reflexionar sobre lo que se ha leído o se está leyendo y sobre lo que más nos ha gustado, es sencillamente *malgastar el tiempo*. Más aún: es invertirlo mal, porque bajo esta premisa gerencial, el tiempo es, por encima de todo, dinero, rendimiento, ganancia económica. Lo demás es lo de menos.

Por eso, a la pregunta de “¿por qué debo leer deprisa?”, estos autores responden lo siguiente: “¿Ha necesitado leer un libro grande, imponente, y ha desesperado de hacerlo, porque sabe que nunca lo acabará? Incluso si se tomó el tiempo de leer cada palabra, algunas de ellas no tendrían nada que ver con el asunto que le ocupaba y, consecuentemente, fueron un derroche de su tiempo de trabajo [...] Más de la tercera parte del día típico del ejecutivo se emplea en leer y en aprender. Para una persona que gane 45 mil dólares al año, quince mil dólares son el coste inicial de su tiempo de lectura/aprendizaje. Usted podrá aprender a leer 50 palabras más por minuto; eso son 3 000 palabras más por hora o diez páginas más por hora. Cincuenta palabras por minuto es un incremento medio de 20% aproximadamente. Duplicar su velocidad efectiva de lectura es incluso más realizable o razonable. Si los ejecutivos pudieran aprender a leer la misma cantidad de material en la mitad de tiempo, cada ejecutivo podría disfrutar de una hora y media más cada día para hacer otras cosas y la empresa se ahorraría 7 500



dólares. Tómese un momento para calcular el coste en dinero de su propio tiempo de lectura en el trabajo”.

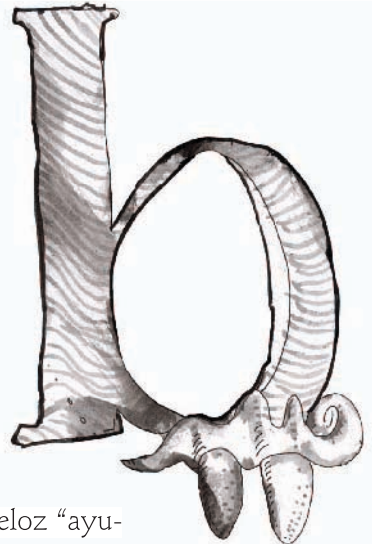
Lo dicho: el asunto fundamental, tal y como lo prueba el argumento anterior, tiene que ver con el dinero, y también con el desplacer, pues la idea de leer más rápido es despachar la “obligación” en menos tiempo para poder “disfrutar” el tiempo ahorrado en otras cosas que también la empresa agradecerá porque así incrementará sus ganancias. En otras palabras, leer para un ejecutivo (así se trate de una lectura que compete a su trabajo, es decir a su especialidad: a lo que él eligió para desarrollarse y coronar una vocación) no entraña un placer, un disfrute o siquiera un gusto mínimo, sino un ejercicio tedioso que hay que abreviar cuanto antes. Leer, en este caso, no es para nada una felicidad; por ello, los señores Fink, Tate y Rose enfatizan que “una de las razones de que las palabras puedan parecer tan agobiantes es porque usted lee demasiado lentamente”.

En general, todos los libros del tipo *Técnicas de lectura rápida* son manuales e instructivos con lecciones específicas, tablas de registro del progreso de lo aprendido, sugerencias optimistas y ejercicios prácticos que van desde cómo prepararse para leer más deprisa hasta cómo desarrollar la memoria; desde cómo pasar las páginas hasta cómo saber si se ha comprendido.

Por ello, también esquemáticamente, hay guías aún más optimistas y alegres en sus promesas de lectura veloz. Por ejemplo *Cómo leer más rápido en 7 días* (1969), de William S. Schaill, quien fuera presidente del Reading Laboratory de Nueva York. El subtítulo es más que elocuente: “La guía más efectiva para mejorar la lectura y obtener mayor rapidez, con un esfuerzo mínimo”, y, en consecuencia, dedica una de sus lecciones, la del quinto día, a la “lectura a saltos y por encima”, justificándola del siguiente modo: “Algunas palabras son menos densas que otras, tienen menos importancia. Acostumbre usted su vista a saltar por la página y escoger las palabras que son importantes, a reconocerlas y entenderlas, para seguir después a toda velocidad”. Sí, a toda velocidad hacia ninguna parte.

Al igual que la mayoría de estos manuales, el de William S. Schaill promete, a quien se sirva de esta obra “con tenaz aplicación”, llegar a duplicar su velocidad de lectura. Según un cuadro que incluye para el caso, el lector podrá alcanzar hasta las mil palabras por minuto. Y concluye el señor Schaill que “el leer más rápido nos hace posible el disfrute de miles de lecturas por cada centenar que hubiéramos emprendido antes y da alas a nuestra mente”.

El objetivo se habrá cumplido entonces: nuestra mente alada pasará por encima de muchas páginas, acumulando miles de lecturas. Lo importante es así la cantidad, la acumulación y la provisionalidad más insensata: el dejar una cosa y pasar inmediatamente a otra, sumando, adicionando, incrementando, como si el propósito de la vida en este mundo tuviera entre sus principios fundamentales la gula y la obesidad. En este sentido, la lectura rápida podría ser tan sana y nutritiva como la comida rápida, y tan provechosa como un recorrido veloz por un museo: atragantándonos y a toda prisa. En todo caso, otra vez el propósito final es la ganancia económica, pues a decir de Schaill, la lectura veloz “ayuda a progresar en los negocios porque permite acabar antes con la lectura del papeleo y deja más tiempo para la labor constructiva”. Siendo así, leer no es para nada una *labor constructiva*.

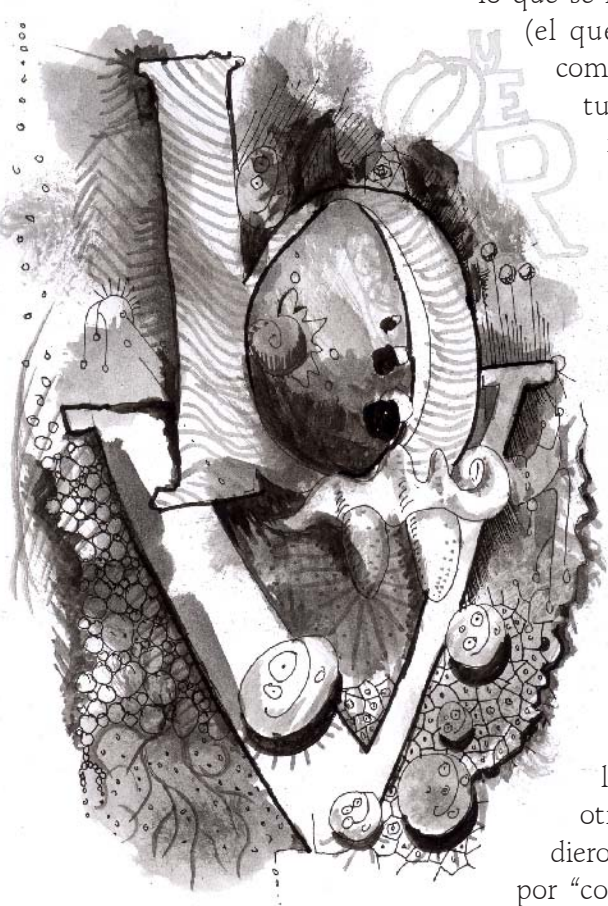


Con agudo sarcasmo, al ironizar sobre un curso de verano de lectura veloz, en *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura*, Woody Allen, sentencia: “este curso aumentará la velocidad de lectura un poco cada día hasta el final del término; en ese momento el estudiante deberá leer *Los hermanos Karamazov* en quince minutos. El método se basa en echar un vistazo a la página y eliminar del campo visual todo menos los pronombres. Pronto se eliminan los pronombres. Poco a poco se alienta al estudiante a dormirse una siesta”.

Si no somos personas como los señores Fink, Tate, Rose y Schaill ni ejecutivos ávidos de ganancias económicas y deseosos de progresar en los negocios, sino lectores gozosos y entusiastas promotores y fomentadores de la lectura, ¿para qué querríamos leer más rápido y desear que quienes nos imiten en el placer de leer lo hagan a toda velocidad? Hay métodos que nos prometen alcanzar una velocidad de lectura de 400 páginas en sólo cuarenta minutos. Y quienes publicitan tales métodos lo hacen orgullosísimos. Está bien, les creemos, pero no es ese el tipo de lectura más deseable. Un libro se lee tan lentamente o tan rápidamente como el lector así lo desee. Y no es cuestión nada más de cantidad de páginas ni de rapidez para “comprender”

lo que se lee, sino también de tiempo (el que sea) para gozar, admirar, complementar y aun recrear la lectura, o bien reflexionar, cuestionar, impugnar lo que se está leyendo. Acumular lecturas según la técnica veloz sería tanto como acumular orgasmos rápidos cada día y concluir, después de ello, que se es más experto en el amor y, por supuesto, más amoroso.

Con esta técnica, los lectores estarán siempre convencidos de que el asunto nada más es el de “comprender” y despachar lo más rápidamente posible el libro, para pasar, en el mejor de los casos, y lo más velozmente posible, a otro libro. Al cabo, ya “comprendieron” el anterior, y hay urgencia por “comprender” el que sigue. Las



técnicas aplicadas para esto tienen mucha popularidad en el ámbito de los negocios. Lo malo es que, de pronto, algunos promotores y fomentadores de la lectura también crean en semejante panacea para alcanzar el absoluto de leer.

No se necesita ser un irredento nostálgico de lo tradicional y aun de lo acedo para saber, con entera certidumbre, que hay muchas cosas rápidas que no sirven absolutamente para nada, porque nada dejan en nuestro espíritu. Con la misma rapidez con que llegan, se van, sin dejar huella, para dar paso a la siguiente novedad (que no acontecimiento), rauda, veloz e igualmente prescindible y olvidable. Ocurre con el cine, con la música, con los libros, con las “amistades”, con las ideologías, con las “convicciones”, etcétera. La rapidez, aun en tecnología, no siempre es sinónimo de perfeccionamiento, y en términos de lectura casi nunca lo es.

Cada vez más, hablar de la riqueza del idioma y lamentar su depauperación, producto de la velocidad hacia la nada, que desdeña los lentos procesos formativos, parecen cosas de nostálgicos o de ancianos prematuros, más aún ante el avasallamiento de los medios electrónicos y, sobre todo, de internet, y no podemos quejarnos de los bajos niveles de lectura ni de la falta de apego al placer de leer cuando la educación, lo mismo pública que privada, privilegia, con un sentido religioso, las tecnologías informativas por encima de eso que, cuando viene al caso en sus discursos, los políticos denominan el esplendor del idioma. Si a este culto tecnológico le sumamos el pragmatismo de los métodos veloces de lectura, todo se vuelve simplemente provisional, y lo formativo y la morosidad de la adquisición de una cultura sólida y duradera se diluyen hasta quedar en nada.

Por lo demás, leer mucho no es garantía de nada. “Hay mucha gente que lee sólo para no pensar”, dice sabiamente el gran Lichtenberg. Y hay quienes piensan que mientras más kilogramos de letra impresa acumulen, más habrán “comprendido”. Ignoran que todas las cosas en exceso pueden embrutecernos, intoxicarnos, indigestarnos y congestionarnos, sobre todo cuando creemos que hay que despachar una cosa lo más rápidamente posible para pasar a otra

similar sin que hayamos siquiera digerido la anterior. Leer por gozo y aun por vicio es otra cosa: es acercarnos a los libros por placer y alejarnos de ellos por repugnancia.

Nadie podría estar sensatamente en contra de las técnicas si éstas nos ayudan a vivir mejor y hacen menos difícil nuestra existencia. Pero cuando las técnicas se vuelven panacea y vudú, en nombre de la ganancia económica y de una presunta mayor eficacia, todo el bienestar se viene abajo. Vivir una vida insípida en aras del éxito utilitario es lo que menos se parece a leer por gozo y por satisfacción. Lo importante no es leer más rápido, a fin de acumular más lecturas, sino de leer, en el tiempo que deseemos y dentro de un proceso formativo rico en experiencias —paulatino y continuo— aquello que nos plazca y satisfaga, sin estar obsesionados por la exigencia estéril de que podemos leer el doble o el triple, como si ello fuera una promesa de gozar más y más intensamente. A fin de cuentas, ninguna vida alcanzará para leer siquiera lo que en el mundo es digno de leerse.

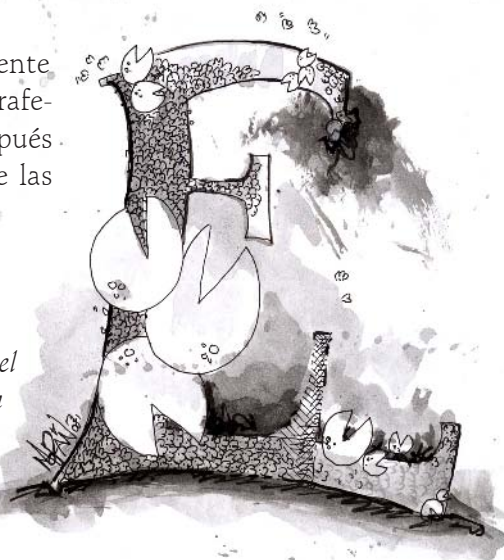
Palabras y cosas*, Antonio Orihuela

I

Una mañana Simbad se levanta y siente frío. Toma un papel y escribe los grafe-mas del sustantivo F U E G O, después extiende sobre ellos las manos y se las frota, aliviado.

II

González de Rosende, en su *Vida del Ilustrísimo y Excelentísimo Señor don Juan de Palafox y Mendoza*, nos habla de cómo el citado prelado ordenó en su testamento que fueran sus despojos abiertos en el pecho, extraído su corazón y envuelto con un papel que dejaba dispuesto a tal fin, donde se podían leer los nombres de Jesús, María y José; y que, así envuelto, fuera su corazón introducido de nuevo en el pecho y entregado su cuerpo a una pobre sepultura. Según sus propias palabras, “para que así siempre tenga dentro de mi corazón, pecho y cuerpo, lo que deseé y deseo tener en medio de mi alma”.



*Fragmento de *El libro de los derrotados*, inédito.

III

Cuando Gulliver visita la Academia de Lagado encuentra en marcha un proyecto científico para la abolición de las palabras. Se trataba, en suma, de ajustar los diálogos a los temas y evitar las confusiones y equívocos que rodean al lenguaje. El único inconveniente que presentaba era que, para expresarse, los interlocutores tenían que cargar en sus espaldas y las de sus criados con las cosas motivo de sus conversaciones.

IV

En el *Manifiesto dada* de 1918, Tristán Tzara dice: “Dada m’dad. Dada m’dad. Dada mhm’dad... yo no quiero palabras que fueron inventadas por otros. Todas las palabras fueron inventadas por otros. Quiero mi propia estupidez y además vocales y consonantes que le corresponden”.

V

Ezequiel estaba junto al río Kebar cuando una voz le dice que sea obediente y se coma un rollo de poemas que le extiende. Ezequiel lo come y le sabe a miel. Después la voz le dice que no se aflija porque, aunque quiera comunicar lo que había en el rollo, nadie querrá oírle.

VI

San Juan, en Patmos, después de oír la sexta trompeta y la amenaza de la voz del cielo que le advierte que el tiempo se acaba, es conminado por ésta para que tome el librito del ángel que está con un pie en la mar y otro en la tierra y se lo coma, después le dice que de nuevo profetice a los pueblos, a las naciones, a las lenguas y a los reyes numerosos, recriminándoles su pésima conducta y sus vicios, advirtiéndoles del castigo y la destrucción que les aguardaba.

VII

En *Los versos de la madera*, Liman Boicha recuerda al *almurabit* (maestro en lengua hasania) que le enseñó a leer y escribir poesía sobre un *lauh*, especie de pizarra de madera en el que se pintaba con una pluma de ave que, previamente, se mojaba en tinta preparada a base de carbón mezclado con azúcar y esencias extraídas de las raíces de diversas plantas y arbustos del desierto del Sahara, suficientemente espesa como para retener las letras en la pizarra. Después de las lecciones, el maestro le pedía que colocara su *lauh* sobre un cuenco y esparcieran agua sobre las lecciones, sobre la fresca poesía. El agua y los versos se mezclaban en el recipiente. “Tómatelo todo —decía— para que fecunde tu mente.”

VIII

Zakariyya Tamir cuenta, en su libro *Al-numur fi l-yawm al-asir*, cómo un escritor que tenía hambre le pide pan a la palabra pan. Las palabras le responden que ellas no tienen pan; entonces él se va al mercado, vende todos sus libros y compra pan.

IX

Genro y Fugai discutían un koan que Yang-shan había presentado a un monje en su zen-do o sala de meditación. Las letras *agua* no pueden saciar la sed, dijo Genro. Pero yo estoy viendo olas gigantes que van creciendo, contestó Fugai. Un dibujo de un pastel de arroz tampoco sacia el hambre, continuó Genro. Aquí tienes una bandeja llena de pasteles, concluyó Fugai.



X

Luis Felipe Comendador buscaba las palabras que resultaran un escondite perfecto; hace años que nadie sabe de él.

XI

Yo soy poseído por aquello que poseo, había dicho Robert Filliou.

Competición. Cierta hoja deportiva anuncia que van a celebrarse dentro de poco, en cierta población, unas “competiciones ciclistas”. Esto de “competición” realmente no llega a disparate. Es vocablo válido, aunque es más usual emplear su equivalente: *competencia*. Pero no se crea que el redactor empleó el otro con castiza, aunque anticuada, deliberación. Lo que pasa es que lo derivó, en plan de “pochismo” del inglés *competition*. Y tocó la flauta por casualidad. Así pasa de cuando en cuando con los “pochismos”: aparece alguno —todo el que conoce bien el idioma español lo ha podido ver— con el que, sin saberlo, se resucita alguna que otra vieja palabra castellana caída hoy en desuso. Pero como eso se hace de manera inconsciente, no deja de ser “pochismo”.

24 de octubre de 1966



Hacen falta más librerías, mejores libreros y más y mejores editores

Entrevista

ALEJANDRO ZENKER:

Tienes una trayectoria académica fuera de lo común para ser alguien que ha destacado tanto en el medio editorial. Estudiaste matemáticas y luego participaste en la maestría en edición de la U de G. ¿Qué te llevó a escoger esa carrera y después al derrotero editorial?

TOMÁS GRANADOS: Para completar la descripción, te cuento que estoy haciendo una maestría en finanzas en el ITAM, nomás para redondear. Estudiar matemáticas fue la consecuencia natural de mi preparatoria, es decir, pasé por ahí y eso era algo en lo que me sentía a gusto y creí que podría hacer cosas interesantes. Cuando empecé a estudiar matemáticas descubrí que no era bueno. Entendía las cosas y demás, pero era un espectador no un compositor, que es lo que tratan de hacer los matemáticos, crear matemáticas, y me di cuenta de que no podía hacerlo. Entonces busqué alternativas en las que la aportación personal contribuyera a dar un producto concreto.

En las matemáticas todo se queda en ideas, y llegó un momento en que necesitaba expresiones concretas de lo hecho y, por una casualidad, fui a dar al mundo editorial. Un amigo quería establecer una editorial y me acerqué.

Hicimos una revista juvenil. Salió muy mal, hizo dos números y cerró. Pero descubrí que me gustaba ordenar las cosas y tener un resultado material.

Las matemáticas no sirvieron para llegar al mundo editorial, pero tampoco estorbaron; fueron dos hechos

paralelos. Conforme he trabajado más como editor y he seguido estudiando cosas que tienen que ver con las matemáticas, descubro que el modo matemático de pensar ayuda mucho para abordar los proyectos editoriales. Nada más; no digo que sea mejor ni peor que la manera en que se aproxima alguien con formación en humanidades. Para mí ha sido muy útil.

Y, seguramente, te llevó también a elegir, por ejemplo, buena parte de los libros que estás publicando ahora y que tienen que ver con mercadotecnia.

Pues tiene que ver con cosas más racionalizables, no tanto con meras emociones, meras pasiones, sino con convertirlas a formas más objetivas, más concretas. Más técnicas, tal vez.

Un aspecto poco conocido de tu trayectoria es tu labor como autor. Cuéntanos de eso.

Yo digo como un chiste, para mí recurrente, que tuve dos vocaciones: las matemáticas y la literatura. Ninguna de las dos prosperó, quizá porque no eran realmente importantes. Para mí, esas dos vocaciones eran *equivocaciones*. Me he dedicado a ambas con suficiente timidez o cobardía.



Me gustan, pero nunca he sentido el llamado como para dedicarme sólo a una. Siempre me ha gustado escribir. Tengo un par de libros de cuentos y sigo haciendo algunas cosas, pero ahora he tratado de poner la escritura al servicio del mundo editorial; me gusta escribir sobre lo que ocurre en este mundo. Ahora que estoy haciendo la revista de la Cámara del Libro es la situación ideal, en el sentido de que se escribe sobre libros, pero no tanto en el aspecto de los contenidos, sino en el industrial. Y es algo que me está gustando en este momento: escribir con ingenio, con humor, con entusiasmo y no solamente al servicio de una técnica, de algo bastante árido, a veces hostil, como la industria del libro. No es la literatura, sino sobre quienes están detrás de ella.

Estás más en el terreno del artículo, del ensayo...

Exactamente, y ni siquiera del ensayo, sino del artículo, y a veces nada más del reportaje, la nota periodística, la informativa. Es una materia pendiente, pero cuando llegue a la venerable edad de Alejandro Zenker, espero retirarme y dedicarme a escribir literatura.

Cada quien tiene su perversión.

¿Cuál fue tu experiencia en la maestría de la U de G? Eres de los pocos egresados.

¿Qué fue lo bueno, qué hizo que fracasara y qué te dejó a fin de cuentas?

Lo primero que lamento es que la tomé muy tempranamente. Tenía cuatro años de trabajar en una editorial cuando me inscribí. Me gustaría cursar una maestría así ahora. Es decir, tengo 15 años trabajando en esto y es el momento en que me gustaría hacer un alto y decir: "Hacemos todo lo que se presentó ahí como materia de reflexión". Pero ésa es una apreciación personal simplemente.

Fue extraordinaria respecto a la red de contactos que generó. Sirvió para que los estudiantes conociéramos a unos

50 profesores y tuviéramos interacción con ellos, plantearles dudas, críticas y proyectos; ése fue el principal aporte. Y también entre el grupo de egresados, aunque, salvo excepciones, la mayoría actúa por su cuenta. No sirvió para crear un grupo o una generación que ejerciera organizadamente.

Me parece que el esfuerzo fue fundamental; apuntó bien a una necesidad y después, por la política universitaria, se frustró. Me habría gustado que madurara como proyecto. Fui parte de la segunda y última generación. Y todavía se notaba que el plan estaba un poco crudo. Había profesores que no funcionaban, temas mal tratados, etc. Con el tiempo se asentó. Lo más lamentable es que no hubo tiempo para que madurara.

¿El motivo por el que fracasó fue más bien de carácter político?

Totalmente político, es decir, quien aceptó crear la maestría fue Raúl Padilla.

El presidente de la FIL...



Sí, en ese entonces rector de la U de G. Así como contribuyó a crear la FIL, contribuyó a crear el premio que otorga la FIL a un editor. En fin, fue un impulsor muy serio. Es uno de esos deseables caciques culturales. Mucha gente lo critica por esto, pero creo que si hubiera dueños de un terreno que hicieran ese tipo de acciones, estaríamos mejor. Hizo un gran aporte: la FIL sigue, y mejor que nunca. Promovió la maestría, pero llegó un momento en que dejó de parecerle relevante; tal vez no logró lo que esperaba y se canceló. En los hechos, todo esto puede atribuirse a un problema político interno de la U de G, que no quiso seguir invirtiendo en la maestría y fue una lástima. Quedó como un antecedente sin continuación, trunco; pudo haber

madurado y llegar a un momento muy saludable. Pero todavía estaba en formación cuando se interrumpió.

Sin duda hace mucha falta algo así. Pese a los cursos, talleres y diplomados, es evidente que hay un vacío enorme en México en cuanto a las oportunidades para formarse académicamente como editor. Las editoriales buscan gente joven. Los grandes maestros de la tipografía y la edición van de salida o ya salieron y se sentirían perdidos en este entorno de nuevas tecnologías. ¿Cómo formar a los nuevos editores? ¿Cómo ves el panorama de la formación profesional en el terreno del quehacer editorial?

De entrada, “editor” es una palabra con múltiples significados y acepciones distintas, se ofrecen cursos para un tipo de editor. Actualmente hay mucha información para crear un corrector más técnico, que tiene cuidado con las palabras, la sintaxis, la presentación gráfica y demás, cosa que es importante, pero secundario. Lo más importante, para lo que hay pocas opciones, es para preparar gente capaz de realizar proyectos editoriales, es decir, concebir una idea o encontrar un original y convertirlo en un producto viable.

Hay muchos cursos para *copy-editors* y no hay nada para *editors*, y ahí los esfuerzos profesionales de formación, los académicos, siguen satisfaciendo mal esa necesidad. Volviendo al asunto de los grandes maestros de la tipografía, cada vez me convenzo más de que eso es importante, pero secundario. Un libro con erratas, siempre que sea un buen proyecto editorial, responde a una necesidad, atiende a lo que un cierto grupo de lectores necesita. Si tiene errores tipográficos, el problema es menor al de un libro impecablemente cuidado que actúa sin considerar lo que necesitan los lectores. Es una lástima que se pierda el interés por el cuidado editorial, pero es más grave que no haya suficiente preocupación por concebir bien los proyectos editoriales en su vínculo con el público al que van a servir. El corrector es muy importante, pero menos que el que concibe el proyecto. Se necesitan los dos, mutuamente, pero me parece que de pronto hay mucho énfasis en formar gente que sepa

cuándo se conjuga en subjuntivo, o si las versalitas tal o cual cosa; son relevantes, pero lo es más saber para qué demonios se necesita que eso esté bien preparado.

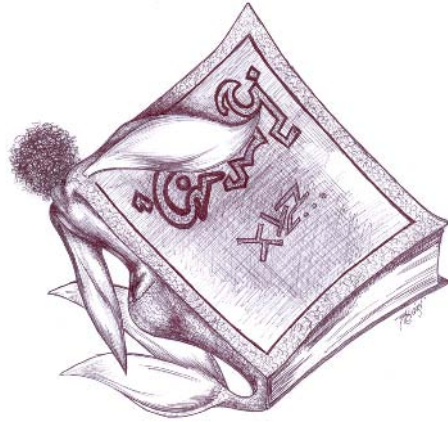
La formación incide en el editor, porque a fin de cuentas está totalmente diluido el concepto.

De entrada, hay tres actividades que en inglés son claramente diferentes: el *publisher*, el *editor* y el *copy-editor*. Si pudiéramos distinguirlas, estaríamos de gane. Pero aquí todos nos ponemos en el mismo sobre: somos editores, en cualquiera de los tres rubros. El empresario editorial, el que concibe y reúne los elementos técnicos, financieros, etc., es el *publisher*. Luego está el *editor*, que concibe y consigue ideas editoriales... Y después el *copy*, que les da limpieza y cuida la edición. Si pudiéramos comenzar a distinguirlas y tratar de ofrecer formación para los distintos tipos de funciones, sería muy bueno. Hay una gran confusión entre las tres, y algunas todavía podrían dividirse más, ser más específicas.

Digamos que para formar a ese editor, tal como lo describes, se necesitaría una carrera. ¿La concebirías como una licenciatura o como estaba concebida en la U de G, es decir, como una maestría con la especialización?

Hay varias opciones. Un camino que no se ha explorado y que sería útil es acercarse a las escuelas para ofrecer materias optativas que tuvieran que ver con la edición. Alguien que ya tenga cierta formación en algunas áreas, por ejemplo en letras —aunque no necesariamente—, es el candidato idóneo. Pero que hubiera un curso que enseñara no tanto las letras en el sentido literario, sino en el de la conversión de un original en un producto editorial. O que en administración hubiera un administrador de una editorial. Hablamos de cursos que ofrecieran una especialización extra a gente que ya cuente con cierta formación especializada, alguien ya formado como administrador y

que pudiera cursar uno o dos semestres en gestión de empresas editoriales. Eso brindaría un tipo de profesional útil a las editoriales. Una licenciatura en edición es mucho pedir. Veo como mejor opción que se incluyan materias optativas en distintas licenciaturas. O que se estudien como maestrías. Claro, también hay muchísimos cursos muy especializados que se pueden hacer.



Hay países donde sí existe la carrera como tal. Por ejemplo, en Alemania se estudia como "Ciencias del libro". Hay en Italia y en España, pero en esta última es más bien una maestría.

El único lugar donde sé que se estudia desde un nivel relativamente bajo es en Alemania. También está la carrera de edición en Argentina, donde ha sido víctima de la universidad; además, ahí existe un paso que es anterior a la licenciatura. Un grado menor que tiene un gran problema: quien estudia ese grado menor, después no puede estudiar un posgrado. A los diseñadores gráficos les pasa eso. La carrera en Argentina es sólo de tres años; no es una licenciatura, por lo que es prácticamente imposible para los diseñadores hacer posgrados después. Y algo así pasa con los editores. Además, ha sido comida por la grilla interna de la UBA.

El camino sería: cursos básicos para gente que quiere entrar al mundo editorial, pero no licenciatura. No creo que alguien aguante cuatro años y después salga a la realidad tan pobre del mercado mexicano. Pero sí un curso; por ejemplo, para libreros. Con el Instituto de Cultura de San Luis Potosí estamos pensando en una escuela para libreros, donde sigan el modelo italiano; una escuela con clases una temporada y mucha práctica profesional. Los alumnos tienen que trabajar en una librería; la formación no está separada del ejercicio de la profesión.

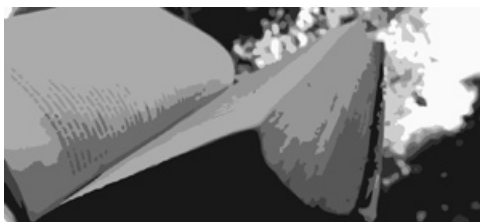
He tenido oportunidad de conocer libreros formados académicamente en Alemania, que además realizan una labor espléndida una vez que están en la librería. Algo totalmente distinto a lo que vivimos cotidianamente en México. Si hubiera una expansión de librerías, se requeriría la profesionalización del librero como lo planteas, pero no pasa lo mismo en el terreno de la edición.

Ahí coincide una cincuentena de problemas. Tienen problemas los autores, los libreros y los editores. Hay que escoger un área en la que convenga actuar y creo que hay que empezar con los libreros. Hacen falta más librerías, mejores libreros y después más y mejores editores. Lo fundamental es fortalecer y hacer crecer el mercado, y para ello hacen falta puntos de venta de calidad. Por eso lo primero es incidir en los libreros. Que haya más librerías, que les vaya mejor, que estén mejor capacitados y ofrezcan más servicios. Que no sean vendedores pasivos, sino que incidan en su comunidad ofreciendo su producto a las escuelas, a las universidades y a grupos sociales.

El detonante para que mejore la industria nacional es que haya más y mejores librerías. Por eso hay que escoger lo que uno va a hacer. Si hay que escoger entre una escuela para escritores, una para libreros o una para editores, yo arrancaré con la de libreros. Primero que haya más gente que venda libros, que lo haga bien, en buenas tiendas, y después vendrá lo otro de manera natural. El eslabón más débil y menos atendido es el de las librerías.

Ése es el tapón que todos estamos sufriendo. Entre más se edita...

No hay por dónde salir. Creo que donde se hacen los cuellos de botella es en las librerías.





En cuanto a tu experiencia como editor, ¿cómo la describirías?

Es relativamente corta. Empecé en la editorial Pangea. Ahí aprendí a hacer libros. Después trabajé un buen tiempo tiempo aquí, en Librería, haciendo el suplemento *Hoja por hoja*, y sólo desde hace cinco años hacemos libros. En todos los productos que hacemos tenemos la ventaja y la desventaja de contar con socios poderosos. Por ejemplo, los libros son coediciones con el Fondo de Cultura Económica o con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Ésas son grandes ventajas y grandes desventajas. Ventajas porque, por ejemplo, la colección Libros sobre Libros tiene un alcance que nosotros, con nuestras propias fuerzas, no hubiéramos logrado. El proyecto lo conocen en España, Argentina, Colombia... Los colegas están al tanto de la colección, saben de qué se trata. Muchos la aprecian; otros no los pueden comprar porque son carísimos. Es el caso en



Argentina. Y esto, con nuestras fuerzas, no lo hubiéramos hecho. Gracias al Fondo lo vamos consiguiendo. Pagando un costo, claro. Uno importante. Un costo en imagen editorial. Hemos sido absorbidos por el Fondo. Libros sobre Libros es una colección del Fondo. Librería no interviene. La gente no repara —ni siquiera los colegas— en que son dos entidades las que lo publican.

Y ahí hemos fallado en cuanto al mensaje que queríamos mandar.

Otro gran problema es que las políticas comerciales no las determinamos nosotros. Lo hacemos conjuntamente, pero las ejecuta el Fondo de Cultura Económica. ¿Qué implicaciones tiene eso? Que no podemos influir, por ejemplo, en el precio al que se vende en Argentina o Chile. El Fondo tiene una estrategia, lo manda y lo pone a cierto precio (en general muy caros). Los libros están presentes, pero se venden poco por el costo. Hemos tenido un lado muy bueno y otro muy malo en la coedición, pero en general el balance es muy positivo.

¿Y tienes un plan para salir de ese aprieto?

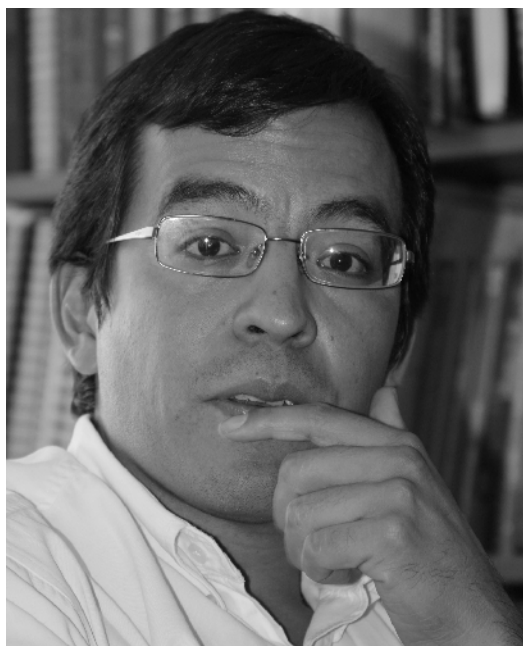
Relativamente. Lo que estamos haciendo es cambiar los términos en que se producen los libros. Está cambiando quién hace qué en la relación, y tarde o temprano vamos a dejar de coeditar; creo que para ambas partes sería sano dejar de hacerlo. ¿Por qué? De nuestra parte porque habrá un momento en que querremos sacar más libros de los que el Fondo puede hacer en coedición con nosotros. Hoy hacemos tres o cuatro por año. Conforme gane velocidad la colección, vamos a querer hacer seis o siete. Y llegará un momento en que veremos cuáles hacemos juntos y cuáles no, o crearemos otro sello u otra colección, o alguna estrategia que empiece a separarnos. Pero no ocurrirá en el corto plazo.

Respecto a tu otra experiencia editorial, ¿Hoja por hoja ha promovido la lectura o es una publicación de élite para lectores consumados? ¿Cómo ves esa publicación a futuro?

Nosotros no pretendimos hacer una publicación de élite. Ésa era nuestra intención y sigue siendo de algún modo. ¿Cómo nos la planteamos? ¿Cómo se manifiesta esa intención? En primer lugar, en la variedad de libros de los que hablamos; variedad que no siempre es tan ancha como quisiéramos. Nos proponemos que haya libros literarios, ensayísticos, académicos y, al mismo tiempo, algunos de formación personal sin caer propiamente en la autoayuda, pero sí libros de aprendizaje. Por ejemplo, hace poco publicamos la reseña de un libro sobre cómo escribir mejor, editado por el Instituto Cervantes. No es un libro para escritores, porque ellos, presuntamente, ya saben escribir. Es para alguien de preparatoria o universidad que quiere un cursito de redacción. Es, por decirlo de algún modo, para un público más amplio.

¿De qué otro modo no queremos que sea de élites? Procuramos que no haya un grupo intelectual detrás. No somos un grupo golpeando a otro o defendiéndonos de otro; estamos al margen de eso. Y otro modo de distinguirnos es que producimos algo que no sirve para el consumo masivo; procuramos no prestarle atención a los premios, por ejemplo. ¿Por qué? Porque ya tienen un enorme eco en la prensa; cuando hablamos de libros que ganan premios, en general les damos un lugar menor. No hablamos de ellos porque ganen premios, sino porque el autor ya nos interesaba desde antes. Por ejemplo, vamos a publicar algo sobre Elmer Mendoza que ganó el premio Tusquets, pero si revisas números anteriores, verás que empezamos a hablar de él hace ocho años. Nos interesa el tipo y no porque haya ganado el premio Tusquets ahora lo vamos a maltratar.

Bueno, eso en lo que toca a la ambigüedad entre ser publicación de élite o no. ¿Cómo veo el futuro? Quisiera primero llegar a más periódicos; eso siempre ha sido un problema.



¿En cuántos estás ahora?

En nueve. Siempre entra uno y sale otro. Se interesan tres, no se concreta el convenio con ninguno... En fin, siempre es un proceso de ampliación y reducción. Así ha sido desde el principio. Empezamos con siete, llegamos a tener catorce y ahora estamos en nueve. Cambian, y esos nueve no han estado desde el principio, ha habido variaciones importantes. Me gustaría que estuviéramos en más periódicos y que tuviéramos incluso una circulación independiente de ellos, un sobreiro.

Ése ha sido el problema desde el año uno, tener presencia extra a la de la edición en los periódicos. Sigue siendo necesario, y también queremos fortalecer las ediciones especiales. Por ejemplo, el próximo año México es el país invitado en el Salón del Libro de París. Haremos una edición de *Hoja por hoja* en francés para que los editores y el público francés tengan una idea de la literatura mexicana. Ése es el tipo de ediciones que pretendemos que subsistan. Es decir, que sirvan para algo más que el mercado local.

Ese tipo de publicaciones especiales se podrían hacer incluso para el mercado mexicano. Me imagino una de esa naturaleza encaminada, por ejemplo, a favorecer el salón de derechos en la FIL de Guadalajara, ¿no?

Podría ser; hay un montón de opciones. Hay más cosas por hacer de las que uno puede realizar, entonces hay que conformarse con las que están al alcance de uno. Tendríamos que madurar la idea de hacer una edición para cada feria importante, ¿no? En este momento sólo hacemos una

para la FIL de Guadalajara y ninguna para Minería o para Monterrey. La razón es muy sencilla: dependemos de la publicidad, de la inversión de las editoriales. Más o menos nos alcanza en la FIL de Guadalajara porque es la más importante, pero prácticamente no hay inversión publicitaria de las editoriales en Minería ni en Monterrey. Así no podemos hacer ediciones que dependan de esa publicidad.

*Si tú publicas Hoja por hoja para nueve periódicos,
¿la impresión la haces tú o cada periódico?*

No, cada periódico hace su parte. Nosotros imprimimos nueve CD, o seis o siete, y ellos se encargan de lo demás.

En cuanto al asunto de la buena y mala relación con los socios, al menos con *Reforma* y los otros periódicos, con el Fondo de Cultura y Conaculta, tenemos el lado menos sucio de la relación. No tenemos almacén ni tenemos fuerza de ventas, lo cual está muy bien en tanto nos libera del problema más complicado que todo mundo tiene: no tenemos devoluciones. Nunca tengo una devolución. ¿Por qué? Porque no trato con las librerías ni imprimo de más porque todo se lo dejo a los asociados. Eso tiene una ventaja enorme, como puedes ver, no hay necesidad de guardar las cosas. Pero tiene el lado malo de que estamos absorbidos en cuanto a imagen por el socio. *Hoja por hoja* es un suplemento de *Reforma*, Libros sobre Libros es una colección del Fondo... Todavía no pasa, pero QED es una colección de Conaculta. Entonces sí tiene cosas malas, pero tiene otras muy buenas.

¿Se podría confundir con un generador-imaginador de proyectos?

De pronto parecería, ¿no? No me concibo a mí mismo, al menos para esos proyectos, como un maquilador. Nuestra relación es más paternal, es decir, son nuestras criaturas. No

es alguien que vino a decir: “Haz esto”, “Ah, muy bien, lo hago y lo entrego”, sino que aquí se originaron.

¿Les has vendido la idea a todas estas entidades?

Sí.

¿Cómo ves las nuevas tecnologías, la impresión digital...?

¿Qué usos y alcances tiene?

Soy un creyente convencido de las ventajas de las nuevas tecnologías, aunque ya le quitaría lo de “nuevas”. Es como al disco compacto, le seguimos diciendo “compacto”, pero ¿respecto de qué? Ya es el “disco”, ¿no? Si hablamos de nuevas tecnologías, algunas siguen siendo nuevas desde hace 10 años; hay innovaciones, claro, pero al automóvil ya no le decimos “nueva tecnología”; todos los días hay cambios en la ignición, el uso de combustible, etc. Son tecnologías a las que, de entrada, habría que ir eliminando el “nuevas”. Son tecnologías.

Digamos que se sigue utilizando el término “nuevas” para diferenciarlas, porque todavía hay resistencia, paradójicamente, y mucha ignorancia en cuanto a su existencia.

Sí, sigue siendo un asunto de hábitos, de modelo de negocio. Es muy difícil cambiar esas dos cosas. Y está también el problema, hoy menor, de oferta. Había pocos proveedores. Algunos no se concebían como una salida para las editoriales, sino como un modo de imprimir más. Entonces había copistas, y no en el sentido monacal de la Edad Media. Fotocopistas. Ha habido ese problema. Y luego hay un asunto de comunicación entre los que dan el servicio. Por más esfuerzos que se hagan, no acaban de cuajar. Hay seminarios y conferencias, como los que hacen ustedes, lo que hace Publidisa. Se sigue explicando el abc y sigue sin permear, es decir, sigue sin convertirse en un elemento bien asumido.

Y sigue habiendo un problema de costos que todavía es importante, sobre todo en cuanto a la forma en que ocurre fuera de México. Hace poco fue la Book Expo America en Los Ángeles, y hubo un informe de producción de títulos. No recuerdo la cifra precisa, pero era algo así como que en 2007 hubo cerca de 400 000 novedades en Estados Unidos, de las cuales 240 000 eran de las editoriales comunes, que habían crecido sólo 3%. El resto eran ediciones bajo demanda, autoedición y pequeñas editoriales que imprimían según ese esquema. Es decir, el crecimiento mayor de la diversidad editorial en Estados Unidos se estaba dando gracias a ese tipo de impresión. La impresión bajo demanda está asociada, además, a algo que aquí falla mucho: la tecnología de ventas. Amazon, para no ir más lejos, ofrece la posibilidad de comprar el libro, aunque en ese momento en realidad no se está comprando, se está dando la orden de impresión. A mí me parece que aquí todavía hay una laguna importantísima. Quizá porque allá tienen un énfasis a veces excesivo en la comercialización, todo está pensado para venderse. Amazon es el ejemplo grotesco, pero funciona. Está muy bien hecha la tecnología de la impresión; muy asociada a la tecnología de ventas. Y aquí tenemos un enorme hueco: si no logramos difundir bien la tecnología de impresión, menos se logrará eslabonarla con la tecnología de ventas. Hay ahí un futuro prometedor.



Otro caso promisorio en lengua española es el de la editorial argentina Prometeo, que tiene poco tiempo. Me gusta hablar de ella, aunque dudo de su factibilidad económica. Su consigna es que sus libros tienen un tiraje inicial de cero ejemplares, ¿por qué? Porque están listos para ser impresos en cuanto los ponen en su sitio en internet y en tanto consigan un cliente. No imprimen ni un ejemplar. A lo mejor en la práctica son un poquito menos radicales, hacen unos cuantos y los colocan en librerías, pero la idea es ésa. La editorial está concebida con un sitio de ventas, en relación con las librerías. Uno va a Prometeo —creo que tienen un vínculo cercano en Argentina— y les dice: “Quiero tal libro”, “No lo tengo”. Prometeo en ese momento lo fabrica y en unos días lo entrega a la librería.

Entonces es un buen sistema de ventas.

En todo el sistema, la relación con la librería y con la imprenta es crucial. Incluso aquí, como está ofreciendo Editorial Bibliográfica Argentina. Bibliográfica es socio de Publidisa. El pedido se hace en la librería, ésta lo solicita a la imprenta, la imprenta lo manda a la librería y la editorial ya no estuvo en medio. Claro, recibe el pago y tiene que pagar regalías, pero ya estableció la relación entre las tres partes para que el pedido lo realice la librería con la imprenta.

No digo que sean modelos revolucionarios, pero sí que transforman el modo de operar. Dudo todavía de la factibilidad económica, aunque el editor dice que camina, que ahí la lleva. Creo que aún hay mucho por avanzar porque todavía hay problemas técnicos, que aunque tienen solución... cuesta.

Tenemos el caso de la encuadernación. Hasta hace poco se pegaban, pero si yo lo quiero cosido porque tengo un compromiso con mis lectores, se puede. Pero se volvió tan absurdamente caro que se concebía la impresión, pero no la encuadernación. Así, un eslaboncito afectaba al resto. Eso está hoy más o menos resuelto. No sé cómo sea para ustedes, si ya tienen la encuadernación cosida totalmente incorporada.

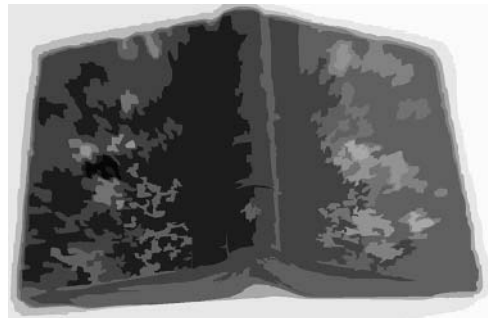
*No, aún no, digamos que significa un poco más de tiempo y de costo.
No sube mucho.*

Además, sigue habiendo problemas de calidad. Aun la mejor impresión bajo demanda, vista con ojo crítico, malévolo, tiene sus defectos. O, de nuevo, cuando no los tiene, es cara. Es un problema, aunque está desapareciendo. Por ejemplo, cosas muy sencillas... Estamos haciendo unos libros de matemáticas, en los que abundan los caracteres: las raíces cuadradas, los signos griegos... y, por alguna razón, las diagonales se imprimen mal en general. La raíz cuadrada,

por ejemplo, es un ángulo que debe tener unos diez grados, y eso es suficiente para que en una mala imprenta se vea pixelado. Es algo menor, pero quisiera no padecerlo.

Respecto al libro con soporte en papel frente al libro electrónico, ¿tiene futuro?

Hablando con el más absoluto egoísmo, estoy seguro de que toda mi vida habrá libros de papel. Especialmente, durante mi vida profesional. Y estoy seguro de que habrá suficiente mercado durante los próximos 30 años, que son los que voy a estar activo. No me preocupo; no estoy pensando: “¿y dentro de 10 años ya no habrá industria?” No. A lo mejor dentro de 300 años ya no la haya, pero dentro de 300 tampoco habrá industria automotriz. Entonces, por lo que a mí toca, habrá libros. ¿Habrá otro tipo de productos?... Sí, vamos a convivir con el libro electrónico. Hoy todas las experiencias de leer un libro electrónico están muy por debajo de leer uno en papel, y eso es muy notorio. Haciendo una analogía con la industria audiovisual, hubo un tiempo en que la experiencia como espectador de una fotografía digital era notoriamente distinta a la experiencia con una fotografía hecha con técnicas tradicionales. Hoy, al menos para la mayor parte de los espectadores, la experiencia es la misma. Estoy seguro de que un fotógrafo me puede dar 10 000 razones por las cuales sigue siendo conveniente la técnica analógica. Con la música es claro que oír una grabación analógica y una digital es, para la mayor parte de los escuchas, la misma experiencia. O superior incluso; pero supongamos que sea la misma. No pasa eso con la lectura; la lectura no sólo extrae información. Entonces, mientras las experiencias —ya no la tradición de conocimientos— con un artefacto electrónico para leer y un libro no sean iguales o comparables, el libro estará a salvo.



Una experiencia comparable entre la lectura de un libro con soporte en papel frente al mismo libro en soporte electrónico se lograría, quizá, con los nuevos dispositivos tipo Kindle de Amazon, que tiene otros elementos que constituyen un valor agregado, como la lectura no lineal, el hipertexto... Eso que le añaden a la experiencia lectora, hace a los soportes incomparables entre sí. Son totalmente distintos.



Son dos cosas distintas. No voy a leer *El conde de Montecristo* o un poema en un artefacto digital porque me voy a cansar. Además, es bonito ir sintiendo como pasan las páginas. No hablemos de la parte literaria. Ahora soy estudiante y tengo que estudiar procesos estocásticos. Para mí sigue siendo más sencillo, como lector, como estudiante, ver un papel y hacer notas. Mi relación material con un soporte en papel es mucho más sencilla que con un soporte electrónico. De entrada no puedo compararlo con algo más que, por ejemplo, el mismo libro puesto en Google Books. Tengo el mismo libro en ambas. En la pantalla sigue habiendo pequeñas dificultades, al menos para mí como estudiante, para sacarle todo el jugo que le puedo sacar en el papel. Quizá todavía sea un asunto de disponibilidad de recursos, pero en el papel encontraría o detectaría cosas en una ecuación, o decir: “Ésta es la parte que me gusta, la parte crucial. De toda la ecuación, que tiene quince caracteres, estos tres son a los que les tengo que poner atención”. Para mí, la experiencia del aprendizaje sigue siendo más sencilla y más completa en el papel. Es probable que sea, simplemente, porque estoy en la mitad más vieja de la población del mundo. A lo mejor mi hija, que tiene tres años, me va a decir: “Pero para qué lo apuntas en papel si lo puedes marcar con un circulito en la pantalla?” No creo que sea mejor ni peor; me queda claro que a mí me resulta mejor leer en papel que en pantalla. De nuevo no es asunto de gozo, sino de aprendizaje, de estudiar algo que uno quiere interiorizar.

¿No tiene que ver con la familiaridad con que tendrías que estar usando cotidianamente las herramientas disponibles?

Tiene que ver con esa facilidad, sin duda. Por ejemplo, si hubiera un aparato en el que pudiera hacer las mismas cosas que hago en el papel, y que además tuviera en un breve espacio toda mi biblioteca, estaría mejor. Pero ahí está el asunto: creo que la experiencia del libro electrónico todavía es inferior a la del papel. Llegará un día en que la iguale y, además, supere sus ventajas. La memoria mucho más grande, la brevedad de espacio, incluso cuestiones ecológicas. Mucho menos papel a cambio de un chip de un centímetro cuadrado. Su potencial es muy grande, pero la experiencia que hoy me dejan a mí como lector es muy, muy pobre.

Un elemento que se añade a esta experiencia es la propagación de los recursos o, más bien, de los textos electrónicos. Estamos hablando de más de 200 millones de usuarios de internet en el mundo, que voluntariamente entran a distintos espacios con objeto de descubrir algo y leen las pantallas. Es una realidad. Quizá la experiencia no sea la misma, pero no se nos va a imponer por encima de ella. Me imagino que tomar un rollo escrito quién sabe cuántos siglos atrás, y tener la capacidad de leerlo y percibir lo que dice equivale a un orgasmo. Es otra experiencia, pero ¿no se impondrá a fin de cuentas la facilidad de acceso, de uso, de navegación?

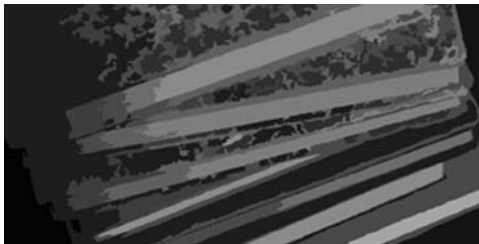
Creo que ocurrirá una situación intermedia; una práctica no expulsará a la otra. Si seguimos fantaseando, en 300 años no existirán ni una ni otra; lo que creo que sucederá es que van a convivir. De un modo muy problemático, pero lo harán. Acabo de leer un artículo de Robert Darnton, el director de las bibliotecas de Harvard, en un texto en el que pondera la existencia de documentos, textos, imágenes, todo lo que guarda una biblioteca en formatos digitales. Pero al mismo tiempo promueve la presentación física de los originales —por decirles de algún modo, porque, además, ya no son los originales; un libro impreso ya no es el original, es una copia—. Entonces puede ocurrir esa convivencia.

Harán falta lugares donde se conserven y sean accesibles los materiales físicos, pero también que haya un modo electrónico de acceder a ellos. Las necesidades de acceso a cierto tipo de textos son puntuales. A veces uno quiere cierto texto para revisar tres líneas y nada más, y eso te lo facilita la experiencia digital, porque es más rápida, barata y precisa, en vez de tener que ir a la biblioteca. Esa posibilidad es mejor para ese contacto preciso, para revisar un dato o verificar que Washington usaba alguna grafía en sus cartas. ¡Qué maravilla! No hay que eliminar los originales que fueron digitalizados; creo que convivirán y, muchas veces, se producirá para ambos medios.

Es algo que me da un poco de miedo y un poco de pereza, porque habrá que aprender a editar para ambos medios. No me veo editando sólo para el medio digital, pero no puedo quedarme sólo editando para el papel. Me gustaría idear mecanismos que fueran igualmente versátiles en uno u otro. Hoy no lo puedo hacer; no lo sé hacer y no veo para dónde hacerlo.

Eso se está haciendo. Ya elaboramos libros en que nos piden ambas cosas, archivo listo para impresión y PDF. Y ese mismo archivo optimizado para que sirva como libro electrónico. Entonces hay sólo unos clicks de distancia entre uno y otro.

El asunto crucial es si vale la pena recorrer esa distancia, y quien lo determinará es el usuario. Para quien quiere precisar un dato, por ejemplo, tres líneas de un libro, no hay duda: lo mejor es la rapidez de acceso. Por internet hojéo el libro, verifico y cierro en vez de tener que revisarlo físicamente.

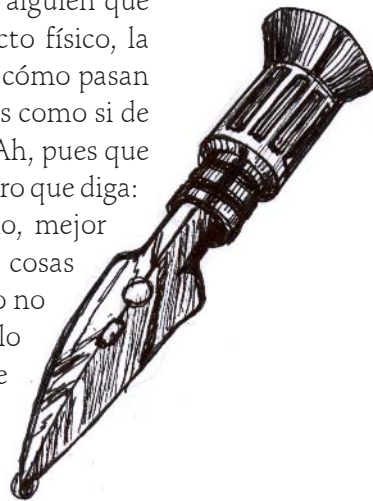


Has trabajado mucho en el terreno de la capacitación mercadológica y técnica del editor. Conoces las debilidades de los editores independientes. Cada vez hay menos librerías, aunque pululan los llamados "puntos de venta". ¿Cuál es el futuro de la comercialización de libros en nuestro país y en el mundo, particularmente si consideramos este auge cibernético? ¿Cómo ves el futuro de las librerías físicas frente a las tiendas electrónicas?

Creo que en el mundo desarrollado sí se va a popularizar el "Solar de bolsillo", será como la Espresso Book Machine. Una máquina que haga libros a pedido: "Diga qué libro quiere; se lo hago mientras se toma un café". Eso existirá de algún modo, hacerlo en el momento es el sueño. Si de ahí salieran libros con la misma calidad que uno encuentra en las librerías, para mí sería el sueño como consumidor. Está muy complicado, pero esas máquinas están cada vez mejor concebidas. Le tengo fe a ésa en particular, aunque no he visto sus productos, porque el que está detrás es un editor. Es alguien preocupado por el libro, no es nada más un tecnólogo. ¿Has usado el Kindle? Está hecho por alguien que no lee, eso es totalmente claro.

¿Ya usaste uno?

Tengo uno, estoy trabajando en eso. Lo hizo alguien que no es lector; un diseñador. Tanto en el aspecto físico, la facha, como en el despliegue de información, cómo pasan las páginas, no tuvieron en cuenta al lector. Es como si de pronto me pusieran a diseñar un quirófano. "Ah, pues que sea muy bonito. Qué tal si le ponemos un letrado que diga: 'Lávese las manos'; lo hacemos en Times, no, mejor en Bodoni"... Y terminas metiéndole puras cosas inútiles o imprácticas, y el cirujano dirá: "Esto no lo diseñó un cirujano, no tomaron en cuenta lo que hace uno". Creo que algo así le pasa a ese artefacto. Entonces, si esa máquina es el modelo, si la hiciera uno de los inventores del libro de bolsillo, me parecería fantástico. Es





decir, estarían tomando en cuenta al lector de libros. Le veo futuro, aunque no en el corto plazo. Creo que ya hay instaladas 15 máquinas de esas, sobre todo en bibliotecas, pero eso está a años luz de distancia de lo que pasa en México.

Me preguntabas cómo veo el futuro de las librerías. Quisiera creer que la Ley del libro producirá varias cosas. Una muy importante es que habrá librerías especializadas, uno de los grandes problemas en México. ¿Qué es una librería especializada? Una que le presta atención a un tema hasta sus últimas consecuencias. Y puede haberlas en turismo, cine, literatura o humanidades. Y que gracias a que tienen algunos títulos de alta rotación, venden otro tipo de libros. Ésa es una de mis esperanzas con la Ley del libro. No que pululen, pero que haya algunas, que surjan librerías especializadas, y después que surjan más librerías. Quizá más chiquitas, más modestas, concentradas sólo en los libros que se venden bien, pero ese sería el doble de crecimiento: más librerías generales pequeñas y unas cuantas especializadas.

En relación con el tema de las librerías, coincidí contigo en la posibilidad de librerías especializadas, y también vislumbro la de que se generen más librerías. Pero, a fin de cuentas, ¿no reproducirán el mismo esquema que actualmente padecemos? Es decir, catálogo reducido, best-sellers, libros de texto...

Un deseable subproducto de la Ley es la sistematización de la información bibliográfica. Ya empieza a ocurrir un acuerdo intergremial para nominar los libros informativamente. ¿Qué campos son relevantes? ¿Cómo se describe un libro? Hoy cada editorial lo hace como puede y quiere y se lo transmite al librero, que le da un tratamiento también según sus propios sistemas. ¿Por qué es importante esta idea y que haya estándares? Porque una librería puede tener muy pocas existencias, pero tener acceso a un catálogo enorme, gigantesco, si la información bibliográfica está bien organizada, de modo sistemático. Toda librería

pequeña, como la que estás describiendo, en general venderá sobre todo *best-sellers*. No está mal que lo haga, pero también podría tener acceso a una base de datos en la que diga: “Tal título existe, tiene este tamaño, tiene este precio, está en este papel, lo tradujo fulano”, etc. Sería un logro fantástico. Podría tener el libro a la venta sin tener el ejemplar físico. Hoy eso es prácticamente imposible. Aun en las librerías buenas, si por buenas decimos Gandhi, tienen problemas informáticos. No será a corto plazo, sino cuando esté en uso la versión en español del Onix (Online Information Exchange), es decir, cuando haya una estructura acordada y usada por la industria de cómo se describen los libros. Y hacia allá tiene que ir la ley. Se necesitará una base de datos de precios, por lo pronto. Y esa base podría tener, además, todos sus descriptores, y eso haría que un librero tuviera a la venta, aunque no tenga ejemplares, una cantidad enorme de libros.

*Para lograr lo que estás planteando, ¿cuál sería la labor del Estado?
¿Promover la iniciación de la lectura? ¿O es un problema de la iniciativa privada?
¿Cómo deberían vincularse la iniciativa privada y el Estado para el desarrollo no sólo
de mecanismos para promover los hábitos de lectura, sino para crear recursos?*

En particular la relación, además de discursiva, tiene que pasar por el dinero. El Estado tiene que manifestar sus intereses financiando ciertas actividades. Por ejemplo, todo lo que tenga que ver con sistematización, estandarización, establecimiento de lenguajes comunes comerciales, tendría que ser, no responsabilidad del Estado, pero sí financiado por él en alguna medida.

El trabajo estatal como editor debería tender a reducirse; ése es el sueño de todos. Pero hay un momento en que el Estado tiene que hacer cosas que a la iniciativa privada le cuesta trabajo. Por ejemplo yo, como editor, coedito con dos instituciones estatales. El Estado ideal sería el que dijera: “Es hora de que te valgas por ti mismo”, y que el impulso de los primeros años hubiera bastado para que realmente

lo lográramos. Creo que esa también debería ser la función estatal. Una suerte de incubadora, como se les llama hoy. Un estímulo para echar a andar, pero sin caer en la dependencia. Algo que me parece muy importante es la capacitación, que es cara. Conseguir capacitadores, infraestructura, llevar a la gente a que tome los cursos y demás, cuesta un poco y a veces no poco. Entonces el Estado también tiene que participar de algún modo con recursos. A lo mejor con infraestructura. Por ejemplo, Combi conferencias* y ese tipo de nuevas tecnologías, para volver a esa expresión. En fin, en cuanto a actor, como editor, tiene que lucirse, tiene que ser muy activo y muy propositivo.

En este punto entraría el tema de las llamadas "editoriales independientes". Decías hace rato que en Estados Unidos ha habido un auge de éstas. En México, muchas de las editoriales "independientes" no lo son, pues dependen totalmente del Estado o publican para recibir recursos de Conaculta, del Fonca, de donde sea, para poder editar. Y en el momento en que les sustraes esos recursos, se vienen abajo y desaparecen como proyectos. ¿Cómo salir de este círculo vicioso?

Primero debo decir que me produce cierta irritación la palabra "independientes". Eso de "nosotros, los editores independientes" siempre me ha parecido desagradable, y no me refiero a ti como promotor de la edición independiente, lo que me disgusta es el uso del término como bandera, que en realidad es una excusa para no ser eficaces, para no atender el mercado, para un montón de cosas. Es un buen pretexto para ser torpes comercialmente. No me gusta la idea de acomodar al independiente y usarlo como motivo de orgullo o como pedigrí cada vez que las editoriales arrancan diciendo esto. Son editoriales independientemente. Santillana es independiente; es parte de Prisa, pero es independiente del Estado. Planeta es independiente. Claro, depende

* *Combi conferences*, reúnen las demandas de la industria, del gobierno y la academia abordando varios asuntos de transmisión de tecnología esenciales para el mercado.



de sí misma. Entonces es un poco falsa esta distinción, y a veces conformista el uso de la palabra independiente. Ahora bien, creo que hacen falta editoriales autónomas. Eso es, de alguna manera, lo que todos aspiramos a ser.

¿Autónomas o alternativas?

No, no. Ni siquiera tiene que ver con lo alternativo; tiene que ver con la autonomía. Es decir, ser capaces de hacer lo que quieren hacer. La editorial Lectorum, por ejemplo, cumple con todos los requisitos de la editorial autónoma. Pero todos los “finos” de las editoriales independientes la ven con un poco de desdén porque no publica poesía refinada ni ensayos eruditos. Pero son más independientes y más autónomos que esas editoriales que dependen de la coedición con el Conaculta, la beca, etc. Lo que tiene una editorial como Lectorum es que es autónoma, se basta con

sus propias fuerzas. Y creo que debería ser la aspiración de todas esas que usan la bandera de la independencia.

Mi aspiración personal es que fuéramos autónomos, que si desaparece cierto apoyo, nos valemos por nosotros mismos. *Hoja por hoja* en ese sentido sí es independiente. Si se nos va un cliente, los otros clientes nos ayudan a sostenernos mientras sustituimos al que se fue, pero no dependemos de la publicidad de la UNAM. Si las sumas todas, dependemos de la publicidad de todos, pero no estamos asociados a ninguna de esas entidades. Y ésa ha sido nuestra meta. Se nos fue este año la Comisión Nacional de Derechos Humanos, que durante tres años tuvo la cuarta de forros. Te imaginarás que es un quebranto importante. ¿Qué hacemos? Pues buscamos nuevos clientes, y a los que ya tenemos tratamos de ampliarles el espacio que tienen. Nuestra meta es que *Hoja por hoja* sea autónomo. Así llegué a que ésa tendría que ser la meta de las editoriales, valerse por sí mismas. Sigo viendo que el gran problema de las autodenominadas independientes es el asunto comercial. Donde deberían unir esfuerzos es en los aspectos comerciales. Todas las decisiones editoriales —qué van a publicar, cómo lo van a publicar, en qué cantidades, qué materiales usar, etc.— es lo que les da identidad y eso no lo deben comprometer, pero el esfuerzo de una agrupación como la AEMI (Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes) debería ser en aspectos meramente comerciales: compartir las mismas fuerzas de venta, catálogos conjuntos, sitios de internet... Siento que todo eso todavía sigue muy diluido. Creo que ese es el gran *handicap* de las editoriales independientes.

Que quizá tiene que ver con el paternalismo que hemos vivido por parte del Estado. Paternalismo cultural y artístico también.

Puede ser, un poco. Es difícil romper el paternalismo. Es difícil para todas las partes. Para la que es paternalista y para la que recibe el beneficio.

En cuanto a los "derechos de autor", en el pasado hubo movimientos que cuestionaron su legitimidad. Hoy en día hay quienes lucran enormemente, en particular los herederos, con los derechos de autor. ¿Es ético? ¿Debe ser la creación una profesión lucrativa? De cualquier manera, la piratería, la proliferación de la reprografía cibernética parece imparable. ¿No hay que repensar todo?

Son varios temas. ¿Debe ser la creación una profesión lucrativa? Debe serlo, sin lugar a duda. Es muy grave cuando no produce ningún beneficio. Y es muy grave cuando sólo se hace para producir beneficios. Ambos extremos, claramente caricaturizables, son muy malos. El autor que dice que no quiere ganancias por lo que escribe, se va a morir de hambre. Y, en el otro extremo, se pervierte el acto creativo cuando sólo se atiende el beneficio. Incluso los criterios estéticos se pervierten para obtener beneficios. Los dos extremos me parecen muy graves, pero personalmente me inclino más a que haya beneficios. Es decir, esforzarse por que sea una labor muy lucrativa para que resulte apenas lucrativa, que es lo que debe pasar. Es lo que le pasa a una editorial: uno pretende producir con cada libro muchos beneficios, pero en realidad terminan siendo poquitos, porque tus estimaciones siempre quedarán a la baja. Pero uno debe pretender que si tocaras un libro, te forraras de dinero. Lo vamos a ver porque nunca vas a lograr las ventas que esperas. La aspiración tiene que ser producir esas utilidades, que después, en realidad, se vuelven más chicas.

También es un hecho que hace falta volver a pensar en los términos de los derechos de autor. No porque ya perecieron hay que renunciar a su existencia. Simplemente hay que modificar quizá los montos, los términos, las condiciones en que se ejercen. Es patético, ciertamente, cuando pasan ya dos generaciones y los herederos siguen teniendo un beneficio. Gente que quizá no conoció siquiera a los creadores originales. México es el único país que tiene 100 años de protección, y esto se vivió como un gran triunfo y un gran beneficio para los creadores. Irónicamente, los únicos que no se benefician con eso son los creadores. Hace 100 años se murieron y ahí hay un error en esa concepción.



En cuanto a la piratería digital, el otro gran error de parte de los productores es el elevado costo de muchas licencias. Es lógico que uno quiera violar una licencia si el costo de la legalidad es tan alto y el costo de la ilegalidad tan bajo. Es decir, la disparidad, el umbral de esa diferencia, induce a la violación de un modo muy comprensible. Hay un error que creo que se podría modificar. Es lo que ha pasado con la televisión de cable o con la televisión satelital. Hubo un tiempo en que era extraordinariamente caro, era totalmente un producto de lujo. Me acuerdo que, cuando estaba en la secundaria, mis amigos adinerados tenían Cablevisión. Era suntuoso. Hoy no digo que sea cosa de todo mundo, pero es relativamente fácil porque se amplió el mercado y bajaron los precios. O tal vez bajaron los precios y después fue el mercado, no se cuál fue primero. Lo que sorprende es que con tantos productos digitales, sobre todo el *software*, no acabe de ocurrir ese fenómeno, cuando la base del mercado es enorme.

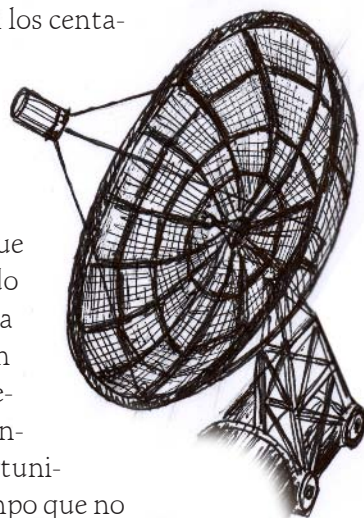
En el terreno es muy caro eso a lo que haces referencia, pero por otro lado pensaba en lo que está sucediendo en la red: el autor en realidad ya no está percibiendo absolutamente nada; los únicos que están lucrando son los comercializadores. Son los que crean estas maquinarias cibernéticas, aparentemente gratuitas. Uno no tiene que pagar nada para tener un blog en Blogger, My Space y Messenger, pero ellos lucran con la publicidad y nuestros contenidos.

No hay ingresos monetarios; son retribuciones de otra naturaleza. Eso es consustancial a la cuestión artística. Muchas veces la compensación no es económica. Es decir, lo importante es que lo lean, que tenga contactos, que sea una referencia. Y eso es un estímulo suficiente para su creación.

Pero es contradictorio...

Sí, puedes llegar al extremo que decíamos, de “no voy a lucrar”. No me gusta mucho la palabra “lucrar” porque tiene una connotación ilegítima. Hay quienes obtienen ingresos

de otros modos. Ya sea porque escriben en revistas o dan conferencias. Llegando al extremo, pueden atentar contra sí mismos, pero eso es problema de ellos. Ese modelo no funciona a largo plazo. Sólo los herederos de una fortuna vivirían sin recibir nada y dedicándose sólo a escribir. Tiene que surgir una fuente de ingresos alternativa: dar conferencias, dar clases, un libro, etc. Y esto empieza a ocurrir también. Es frecuente encontrar personas que dan mucha importancia a la información gratuita, pero si quieres cierto tipo de información extra, tienes que pagarles algo. Hace poco oí a alguien comentar que los pesos que se generan con los ejemplares bien vendidos, se transforman en los centavos generados por cada clic. Ahí hay una transformación de volumen de consumidores y que en principio se multiplica por el costo. Porque el precio que se le cobra a cada consumidor se reduce. Es probable que durante un tiempo de inestabilidad muchos negocios sean malos, que mucha gente que escribe un *blog* esté perdiendo dinero al hacerlo. Es evidente que necesitan otra fuente de ingresos. Porque, además, atender un *blog* no es barato si lo quieres hacer bien. En general, se podría hacer sin gastar un solo peso, poniendo tu talento. Pero hay un costo: el costo de oportunidad. Todo el tiempo que dedicas a hacerlo es tiempo que no estás ocupando en otra actividad que podría ser redituable. Básicamente es un problema de oportunidad.

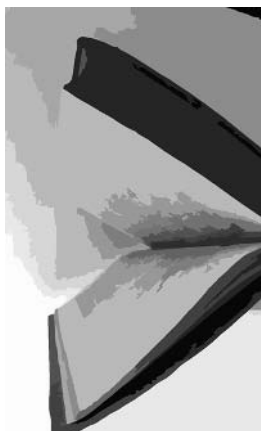


Con un sentido crítico, ¿qué futuro tiene una entidad como la Caniem? Representa sólo a una fracción de los editores. Muchos no pueden pagar la membresía. Otros no ven representados sus intereses en ella. ¿Es una entidad conservadora, quizás hasta retrógrada?

No soy miembro de la Caniem y, sin embargo, soy el director de su revista, entonces puedo hablarte con total franqueza, porque la veo desde afuera. Pero, por otro lado, de algún modo soy parte de la voz de la Caniem. Percibo en este

momento una transformación muy paulatina y que va a ser muy lenta. La Cámara está descubriendo que necesita ofrecer cosas concretas a los editores. Mi percepción es que hay una transformación hacia ser más servicial, ser más útil y práctica, lo cual es más fácil anunciar que ponerlo en práctica. Tengo fe en que habrá un cambio. Lo primero que debería pasar es que fuera muy sencillo pertenecer a ella. Y el único impedimento actual es el costo; entonces, tendría que ser casi regalado y cobrar por servicios realmente ofrecidos y eficaces. Así vería yo el futuro deseable de la Cámara.

¿En qué veo que está cambiando? A propósito de la Ley, he estado muy cerca de la presidencia de la Cámara y de algunas personas que están ahí. Su punto de vista no es el de los grupos poderosos de la edición en México. No son sólo los representantes de las grandes casas editoriales. Sí veo una preocupación por la cadena en su conjunto. Digamos que hay una disposición generosa. No hay rapiña, no hay un ánimo de decir: “Estamos haciendo cosas en nuestro beneficio”, sino que hay un deseo porque la cadena en general mejore. Para sintetizar, diría que los cambios los veo en la persona de Marcelo Uribe (director editorial de Era), como símbolo. Es la editorial independiente más importante del país, quizá. Tiene los defectos de esta independencia que dices; depende mucho de sus coediciones, pero tiene un catálogo fantástico, ya quisiera uno ese respaldo. Todas las acciones que emprende Marcelo trascienden su interés como editor de Era. No es que sea el único que tiene futuro, sólo quiero sintetizarlo, usarlo como paradigma de esta disposición. Hoy es vicepresidente de la editorial. Claro, el presidente es el subdirector o director de Santillana; como que es un buen contrapunto. Sí, le falta muchísimo por hacer a la Cámara. Otro ejemplo de esta transformación es que hace unos meses se fundó una comisión de editores de libros infantiles, porque éstos ya tienen una problemática propia. Y a esta comisión pertenece mucha gente que ni siquiera es miembro de la Cámara. Eso está bien, que se reúnan, discutan, traten de hacer propuestas al Estado, a las bibliotecas, a los libreros.



Quieren capacitar a los libreros para que sepan vender el libro infantil y eso me parece fenomenal.

Pero ¿no siguen dependiendo, como en todos los casos, más de la voluntad de algunos individuos que de la vocación genuina del aparato como tal?

Pues sí, pero ese aparato como tal terminará por orientarse a la voluntad legítima de evitar fraudes. Tiene también el problema de que es relativamente pobre. No es que sea una institución con muchos recursos que pueda decir: “Cambiamos en dos minutos contratando a la gente que sea necesaria”. Tiene esas dificultades. Lo que es sorprendente es que quienes son activos, suelen ser activos en muchas áreas distintas de la Cámara. Muchas de esas personas lo hacen con extrema generosidad y cierto talento. Para sintetizarlo en dos personas más, pensaría en Porfirio Romo y Carlos Anaya. Dos tipos que se preocupan por los portales de la Cámara, por la capacitación, por la reprografía. Hay unos cuantos que están activísimos en las distintas áreas. Tampoco hay que engañarse: nuestra industria, como las personas que actúan en la industria en general, no son de lo más presentable. Lo veo en un ejemplo: los textos que le dimos ahora para *Libros de México*. En general no escriben o escriben mal. Son los defensores de la escritura y la lectura. También hay esos problemas, el personal con el que contamos, los bueyes con los que hay que arar. Muchas veces no están a la altura en cuanto a responsabilidad, al menos en el grado que les asigno como editores. A lo mejor soy muy ingenuo, pero hay mucha gente que son empresarios metidos a editores. Hacen muchos aportes importantes, pero tampoco esperemos que sean los ideólogos de un nuevo modo de hacer libros o comercializarlos. No tengo la impresión de que la Cámara sea una institución retrógrada, es una institución rebasada por la realidad. Va detrás de la realidad en muchos aspectos y con muy buena voluntad. En algunos casos trata de alcanzar los fenómenos con gran acierto.



Como te consta, hemos tratado de impulsar una iniciativa desde la sociedad civil, el ILLAC (Instituto del Libro y la Lectura, A.C.), que no encontró eco en las élites que podrían haberlo favorecido. Probablemente no hemos sabido vender bien el proyecto, pero ahí sigue ¿No somos presa de una culturocracia, librocracia, en fin, burocracia excluyente?

En alguna medida podríamos decir que “la mula no era arisca”. Hay mucha desconfianza; uno dice: “Y éste ¿qué me está queriendo decir en realidad?” “¿Qué me está proponiendo, qué va a obtener de mí, qué espera sacar de mí?” Hay una cultura de desconfianza y quizá por eso muchos dicen: “No, la Caniem no debe funcionar; ¿por qué está aquí? Mejor no me acerco, mejor creo algo propio”, cuando a lo mejor podría funcionar un acercamiento más franco y concreto. La primera reacción es “desconfío un poco y me cuevo aparte”. Hay una razonable tendencia a la desconfianza que lleva, a veces, a un desperdicio de energía y de recursos. Se duplican estructuras, se trata de hacer en paralelo lo que alguien más ya está haciendo.

Volviendo al asunto de convencer a las élites, es claro que los grupos más grandes tienen sus prioridades. Es ingenuo creer que basta una buena idea para que se afilien a ella. Las grandes editoriales tienen grandes problemas. Santillana tiene que facturar una cantidad monstruosamente grande para seguir siendo Santillana. Yo, en cambio, necesito facturar solamente una cantidad relativamente pequeña.

En consecuencia, me puedo dar el lujo de crear algo como el ILLAC, o de tener ciertas iniciativas. Entonces, tampoco es que sea desdén de su parte frente a las iniciativas pequeñas, sino que sus preocupaciones son de otra mag-

nitud, de otra dimensión y en otra dimensión. Mi respuesta sería: hay un poco de desconfianza comprensible y natural. Comprensible en el sentido de que es bueno arrancar con un poco de desconfianza. Si uno la vence, encuentra buenas respuestas en general. Hay mayor disposición a participar en lo que se les plantea. Lo puedo decir de *Hoja por hoja*, del seminario que hemos organizado cada año. Las editoriales van. El aparente desdén es simplemente fruto de que los intereses de las editoriales, sobre todo las grandes, están en otros aspectos de la cultura del libro.

Quizás eso que mencionas, la desconfianza como denominador es una enfermedad nacional. En todos los terrenos.

¿Por qué me está entrevistando Alejandro Zenker, qué provecho va a sacar?

Ver que no saco ningún provecho lo hace más sospechoso.

Es cierto. Hay mucha sospecha, mucha suspicacia, pero a veces siento que con ingenio frontal y venciendo la suspicacia se obtienen buenas asociaciones, buenas sinergias.

*¿Qué piensas de mausoleos del libro como la Megabiblioteca?
¿Fuera de las estupideces técnicas y políticas, no crees que ese capital podría haberse
invertido de una manera infinitamente más productiva a favor de la lectura?*

Seguro que sí. La Megabiblioteca fue notoriamente un dispendio. No es que se haya hecho un edificio muy caro, sino que se haya hecho un edificio, ése es el dispendio. Además se hizo mal, se hizo caro; o sea, sobre lo muy malo, algo peor. La inversión fue mal concebida. Lo grave es que, una vez hecha, esperaríamos que diera frutos y sigue sin darlos. Sigue siendo un pozo sin fondo. De entrada fue un error concebir que los edificios sean las soluciones para

los problemas del libro. Se pudo haber fortalecido la red de bibliotecas, adiestrar mejor a los bibliotecarios, darles acervos, darles tecnología. Había miles de otras cosas por hacer. De entrada está que ya había una Biblioteca Nacional; no había necesidad de otra. A mí no me cabe duda de que fue un error de concepción y, una vez concebida, de operación, de ejecución, etcétera.

Se sigue partiendo de que la gente tiene que ir al libro y no el libro a la gente. Hoy en día, particularmente en esta ciudad, cuesta cada día más trabajo ir a una librería. Por ejemplo, si quiero ir a Gandhi, tengo que mentalizarme, porque le voy a dedicar una tarde a ese viaje para conseguir un libro. Entonces opto, en muchas ocasiones, por la computadora, sólo por comodidad.

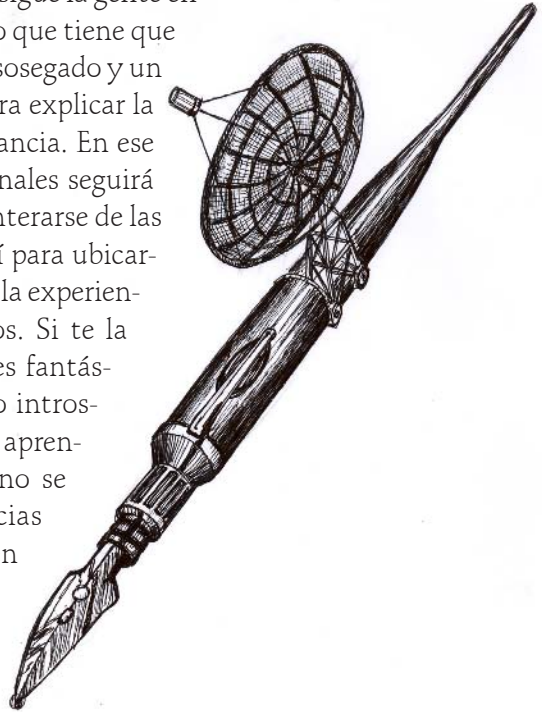
Sí, ese tema es muy relevante y tiene que ver con la Ley del libro. Esto del acceso al libro es el propósito fundamental de la ley. Quizá pone demasiado énfasis en las librerías y no el suficiente en las bibliotecas. Cuando a principios de año estaba la crisis de la tortilla, Marcelo decía: “¿Qué es mejor, que haya 50 000 pequeñas tortillerías que hacen su producto para sus alrededores, o que haya una enorme tortillería en el Zócalo que las prepare para toda la ciudad?” A lo mejor el costo unitario de la tortilla en el Zócalo es menor que el de las 50 000 en los 50 000 barrios de la ciudad, pero lo que quiere el consumidor es tener acceso, ir fácilmente y sin costo a conseguir sus tortillas y que estén calientitas. Desde el punto de vista económico, es un poco disfuncional, pero desde el punto de vista cultural es mejor que haya diversidad de puntos de venta, de oferta y de materiales. Todo esto tiene que ver con una concepción muy torcida de centralizar las cosas. A lo mejor una biblioteca de esa magnitud debería haberse hecho en otra ciudad. Mejor hacer o mejorar cuatro bibliotecas de menor escala.

*O doscientas, donde puedas acceder a una computadora
y a un acervo inmenso de libros.*

Ése no es el tipo de solución que necesita la cultura del libro en el país, y eso es un hecho.

Para terminar, ¿qué futuro le ves a la lectura? ¿Cómo percibes la transfiguración de la lectura y del lector en vista de las transformaciones de las que hemos estado hablando?

Por ahí leí una explicación de por qué el periódico *El País* había cambiado su concepción de las noticias que debía publicar. Decían que la información instantánea no se puede poner ya en el periódico; la consigue la gente en internet, incluso en su propio sitio. Lo que tiene que dar el periódico es un panorama más sosegado y un poco desapegado de la actualidad, para explicar la actualidad, pero con un poco de distancia. En ese sentido la lectura de medios tradicionales seguirá teniendo una razón de ser. No para enterarse de las cosas cotidianas instantáneas, pero sí para ubicarlas en un contexto más amplio. Ésa es la experiencia de lectura que dan hoy los libros. Si te la da una computadora, un artefacto, es fantástico. Pero ¿qué quiere decir? Un acto introspectivo lento. Por más que quisiera aprender rápido cuando estudio, sé que no se puede, y creo que ciertas experiencias de lectura sólo dan fruto si se hacen con lentitud. Seguirá existiendo como requisito para acomodar las otras experiencias de lectura. Creo que esa experiencia solitaria, pausada e ineficaz que es la lectura en soledad, va a ser necesaria. Casi te diría que podríamos aventurar la hipótesis fisiológica de que el cerebro necesita ese tipo de experimentación para digerir bien ciertos conocimientos. En ese sentido eso





es insustituible. Si llegamos a concluir que hay algo así, fisiológico, sería una defensa del libro fabulosa. No se puede aprender cálculo diferencial si no te dedicas a hacer integrales, si no demuestras tal teorema. Es una actividad más cercana a la lectura tradicional, que la computadora, por veloz que sea o por la multitud de recursos que tenga, no te lo da.

Además, los recursos que tenemos con la computadora contribuyen a esa lectura no lineal... Recuerdo, por ejemplo, que la estructura gramatical del alemán te permite iniciar una frase y después meter muchas parentéticas, de tal suerte que en ocasiones lo que le sucede al escritor novato es que nunca termina la idea con la que comenzó. Lo mismo pasa en la computadora: puedes comenzar a leer un libro y luego, mediante links, terminas en un lugar totalmente distinto sin haber concluido aquello con lo que comenzaste y que era lo que querías leer.

Eso es un asunto mental, propio de un modo de entender la realidad. A mí me parecería un desperdicio que la humanidad empezara a pensar sólo en esos términos. Una cosa inconclusa te lleva a otra, que te lleva a otra cosa inconclusa y que te lleva a otra cosa inconclusa. Como seres humanos, se me hace un autoatentado. Está bien darle unos cuantos rodeos, pero al terminar hace falta el redondeo. Creo que la computadora y la estructura general de los textos de lectura digital son contrarias a eso. Su virtud es que una cosa lleva a otra, pero no obliga al recorrido global. Y hay un problema fisiológico e intelectual.

También, quizá, de formación y de deformación, porque para utilizar bien un recurso de esta naturaleza necesitas tener una formación adecuada, desde el punto de vista académico. Por ejemplo, cuando comienzas una investigación debes saber dónde comienzas, dónde terminarás y cuál es el camino que te llevará finalmente a una conclusión. Eso falta hoy en día, y eso es, quizá, también lo que está propiciando esta transfiguración de la lectura, del lector inconcluso o de la lectura inconclusa.

Es el tema del lector inconcluso. Todos hemos dejado más libros inconclusos que conclusos. Es natural. Pero la razón para dejarlo no debería ser que surgió otro interés que te distrajo. A veces hay libros con los que dices: “Ya no quiero”, pero tu conclusión es “ya no quiero leerlo”, y no nada más: “Me distraje y vi otra cosa”. Ése es el *zapping* de la lectura y provoca que no veas ni un programa, que no veas nada. Desvirtúa las dos experiencias. No ves ni un programa ni te enriqueces con la posibilidad de estar cambiando de canal. Se convierte en un riesgo, y mucha gente lo practica. No lo

censuro, simplemente lo lamento. Cuando veo que alguien no puede “darle el golpe” a la lectura, más que indignarme, pienso: “Lástima por ti”. Lo mismo pasa con la comida, por ejemplo. Hay gente a la que no le gusta comer. No distingue entre algo bien hecho y algo mal hecho. Y no le preocupa. Uno podría irritarse y decir: “¡Cómo es posible que no te guste la comida!”, pero sólo hay que decir: “Ay, lástima por ti”. Es lo que decías del fetiche de la lectura. Solemos pensar que la gente debería tener cierto comportamiento. No sé si debería, sólo digo, con toda arrogancia: “Chin, qué cosas te estás perdiendo”.

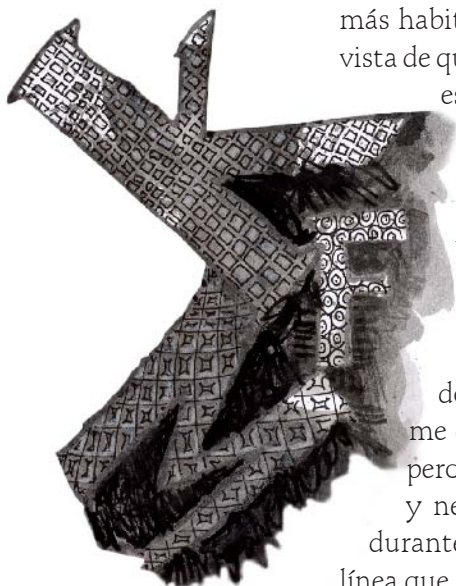
Pequeña guía del viaje empresarial del editor independiente

Todo aquel que haya acudido a alguna Feria de la Edición Independiente o haya tenido un contacto algo profundo con el sector, habrá comprobado con facilidad como, en el mismo, suele preponderar la ilusión y el saber artístico sobre el conocimiento empresarial. Lo más corriente es que los promotores de la edición, animados por el amor a la prosa o la poesía, se lancen a la aventura con mínimos recursos humanos y financieros y un exiguo conocimiento sobre el mundo de los negocios. Esta situación no tiene una importancia grave si las ambiciones del editor son de índole minimalista, como los frecuentes casos de autoedición y publicación de los amigos y conocidos, con una irregularidad apenas anual y una distribución poco menos que gratuita y local. Los costos serán relativamente fáciles de calcular y, en esos casos, lo usual es que se hagan poco menos que a fondo perdido.

Pero en cuanto nuestro proyecto editorial intente ir algo más allá y quiera perpetuarse en el tiempo con ciertas garantías de calidad, seriedad y continuidad, no nos quedará otro remedio que adentrarnos en el —poco apreciado por la gente de letras— mundo empresarial. El editor, no nos engañemos, es un empresario, lo quiera o no; y como tal debe actuar si no quiere padecer los problemas y las angustias del mal empresario.

En este artículo pretendo dar una pequeña guía del viaje empresarial del editor independiente. Por espacio, no se profundizará todo lo que se podría, pero sí tocaré los puntos clave que nos permitan dirigir nuestra editorial sor-





teando algunos de los quebraderos de cabeza y de bolsillo más habituales. Aunque está enfocado desde el punto de vista de quien vaya a comenzar su andadura, considero que es un sano ejercicio el que cualquier editorial en marcha, incluso aquellas que han crecido y cuyo negocio parezca —o esté— saneado, dediquen una semana al año para revisar y reajustar los puntos que voy a comentar y que son comunes a toda actividad social que implique uso y obtención de recursos. El esfuerzo de invertir una semana de octubre o noviembre a analizar dónde estoy, cómo he llegado hasta aquí y adónde me dirijo ahora, no es baladí. Otro consejo sencillo, pero clave, es que todo ello lo pongamos en blanco y negro, por escrito. Eso nos permitirá contrastar durante los próximos meses cómo el devenir sigue la línea que hemos marcado o si hemos de modificar nuestro rumbo o nuestras previsiones. La mayor o menor complejidad de cada editorial hará que sea necesario profundizar más o menos en cada uno de los puntos enunciados, pero fijarlos, aunque sea de modo sencillo, es tarea esencial para cualquier editorial. Y bien, ¿cuáles son esos puntos? Básicamente tres.

1. La misión

¿Para qué hemos creado o vamos a crear nuestra editorial? Dicho de otra manera, ¿dónde quiero que mi editorial esté dentro de 20 años? Desde otra perspectiva, más de letras y un poco pomposa: ¿cual es la filosofía de mi editorial?

Se trata de definir o actualizar cada año la guía maestra de nuestra aventura.

Algunos ejemplos podrían ser: “Ser la editorial de referencia técnica de libros de ornitología del país”, o “Ser la editorial con mejores traducciones de los poetas anglosajones del siglo XX”, o más modestamente “Ser la editorial que permita a escritores noveles publicar por vez primera”, o “Ser una editorial que realice la mejor antología poética anual”.

Puede parecer una tontería, pero las empresas, igual que las personas, son entes vivos y conviene que periódicamente nos replanteemos esta cuestión, ya que, en el fondo, es la que va a marcar la pauta de nuestra editorial y la que le da razón de ser. Dicho con las palabras tan en boga ahora, es “trazar la hoja de ruta”.

De su definición, casi una declaración de principios, dependerá el devenir a mediano y largo plazo, pues limitará el ámbito de nuestra existencia.

Una vez definida o reajustada nuestra misión, nuestra línea de horizonte, tenemos que marcarnos unos objetivos que nos permitan aproximarnos a ella. ¿Qué podemos conseguir a uno, dos y tres años? Como es lógico, cuanto más alejados en el tiempo, más probabilidades habrá de que nuestros objetivos se queden cortos o se demuestren demasiado ambiciosos, pero eso no es óbice para que intentemos marcarlos.

En una empresa estándar, dentro del sistema capitalista en el que la mayoría de los países nos movemos, habría un objetivo general: la obtención de la máxima rentabilidad para los accionistas o propietarios del negocio. Creo, no obstante, que en el caso de las editoriales, y más concretamente, en el de las independientes, este objetivo suele ser secundario y la búsqueda de rentabilidad queda supeditada casi por completo a la obtención de recursos suficientes que nos permitan alcanzar la misión. Aunque alguno debe haber, personalmente no he conocido a ningún editor independiente que busque hacerse rico con la editorial. Y si usted lo es, permita que le recomiende campos más propicios para enriquecerse: la especulación. Sus objetivos suelen ser más etéreos y ligados realmente al ideal de propagar la cultura.

Tomando, por ejemplo la misión de “Ser una editorial que realice la mejor antología poética anual”, y a título meramente ejemplarizante, nuestro objetivo para el primer año podría ser conseguir editar una primera antología local.

2. Los objetivos

El segundo año, el objetivo sería editar una antología de escritores de ámbito nacional. El tercero, editar una antología de poetas que hayan obtenido algún premio o tengan un cierto prestigio consolidado.

Los objetivos pueden ser variopintos, pero deben tener características generales:

- Deben ser medibles. Es decir, tenemos que ser capaces de comprobar si se están cumpliendo o se han realizado.
- Deben ser posibles. No tiene utilidad fijarnos unos objetivos imposibles —o casi— de cumplir. La falta de consecución de los objetivos lleva una carga implícita de frustración. No alcanzarlos nunca tendrá el efecto contrario a su naturaleza: desmotivará a todos los miembros del equipo.
- Deben ser ambiciosos. Sin perder de vista la posibilidad real de alcanzarse, nos deben empujar un poco más allá. Su logro debe tener la dificultad suficiente para que, si los alcanzamos, al mirar atrás hacia el momento en que se fijaron, nos sintamos orgullosos de haberlos conseguido. Un objetivo logrado tiene que llevar implícito el incremento de la autoestima, de la autorrealización y, por supuesto, un paso adelante hacia nuestra misión.
- Deben ser claros. Los objetivos deben ser conocidos por todos los miembros de nuestra editorial, sean estos pocos o muchos; deben saber qué pretendemos conseguir a largo plazo —misión— y, desde luego, a corto y mediano plazo —objetivos—, pues todos estarán implicados en su logro.

La diferencia entre una editorial grande y una pequeña no variará en cuanto a la necesidad de fijar objetivos. La distinción entre ambas simplemente estará en que, cuanto mayor, más se desmenuzará en pequeños objetivos el gran objetivo, de tal forma que hará viable que cada departamento, cada persona, sepa cuáles son sus objetivos concretos.



Lo ideal es que entienda cómo su aportación ayudará al logro del objetivo general, lo que ya, en sí, resulta una herramienta muy útil de motivación.

Una vez definidas o actualizadas la misión y los objetivos de nuestra editorial, tenemos que descender un peldaño más y ver cómo vamos a lograr concretamente los objetivos fijados. Para ello haremos uso de las estrategias y herramientas necesarias. Como en todos los puntos anteriores, a mayor ambición de nuestro proyecto, más esfuerzo de desarrollo y detalle nos exigirá, pero básicamente no nos quedará otro remedio que bajar a las calderas del barco; tendremos que bucear en las distintas áreas o departamentos de nuestro proyecto, siendo más concretos cuanto más próximo en el tiempo sea el objetivo perseguido.

Es la parte menos creativa de la editorial y donde tradicionalmente la gran editorial aventajaba enormemente a la pequeña, pues tenía los medios para profesionalizar cada uno de los diferentes puntos de la empresa. Hoy en día esta distancia ha disminuido en muchos casos, gracias a la facilidad de acceso a la información y a las herramientas informáticas profesionales al alcance de cualquiera que ponga cierto interés. Su conocimiento deberá ir incrementándose a lo largo de toda la vida de nuestra editorial pues, en realidad, compone el día a día que irá limando por experiencia, si no por conocimiento académico, las aristas de nuestra empresa.

Aun cuando nuestra editorial esté reducida a la más mínima expresión —yo soy toda la empresa—, hay que estudiar, aunque sea superficialmente, todos los aspectos que detallaré. En editoriales de mayor envergadura, cada uno de estos aspectos daría para un manual en sí mismo, pues en ellas aplicaríamos una estrategia diferenciadora que nos permitiera alcanzar pequeñas ventajas competitivas y ser mejores para nuestros clientes-lectores. Revisar los siguientes puntos cada año al sentarnos a analizar la evolución de nuestro proyecto, al igual que ocurre con la misión y

3. Las estrategias

los objetivos, equivaldrá a realizarnos una revisión médica. Nos permitirá ver qué está funcionando bien y qué aspectos de nuestro proyecto son factibles de complicarnos la salud editorial. Los aspectos mínimos a considerar serían:



a) Marketing Tendremos que decidir, al menos, cómo daremos a conocer nuestro proyecto editorial y pensar de qué modo haremos llegar nuestras publicaciones a los posibles interesados que tendremos que conocer.

Hay que crear —o confirmar la idoneidad en años venideros— nuestro nombre o sello editorial y no sólo eso,

sino, sobre todo, establecer nuestra “marca”. ¿Qué identificará a nuestra editorial? ¿Cómo el posible cliente al que nos dirigimos sabrá de un solo golpe de ojo que el producto que está viendo es nuestro? Pensemos que la producción editorial actual es abrumadora. Más de 70 000 títulos al año sólo en España. ¿Debemos seguir con esa marca o cambiarla si nuestra misión u objetivos han variado? ¿Es conveniente una segunda marca si hemos abierto un nuevo frente editorial?

En otro orden de cosas, ¿cómo haremos llegar nuestro producto al cliente? ¿Tenemos capacidad y recursos para hacer nuestra propia distribución? ¿Usaremos un distribuidor independiente? Habremos de sopesar ventajas e inconvenientes y nuestras posibilidades reales. En esta área, hoy en día, es imprescindible, como mínimo, abrir un portal en internet que nos haga visibles al mundo de la red, si es que no nos decantamos directamente por esa vía de distribución. En este aspecto, un editor hoy no puede dejar de lado el conocimiento, aunque sea mediano, de algún programa de creación de páginas *web*, tipo Dreamweaver y Flash, y deberá intentar estar al día con la evolución de las herramientas informáticas para tener siempre su escaparate acorde con los gustos volátiles de los consumidores de información de la red. Cómo situar nuestro portal en los buscadores es y será un punto primordial. En fácil analogía, cómo nos situemos hará que nuestra producción editorial esté en el escaparate o en el oscuro y poco visitado almacén de la librería virtual.

Una opción interesante será la de crear un premio. Si estamos en un punto modesto de nuestro proyecto, será una buena manera de darnos a conocer y obtener “materia prima” para nuestra editorial. En muchos casos —especialmente en los de los noveles o escritores aún no consagrados—, la simple publicación y el marchamo de la distinción en sí serán atractivo suficiente para la participación. El pago de una cantidad, aunque sea simbólica, a cuenta de posibles derechos de autor, incentivará enormemente a los creadores. Debemos ser especialmente cuidadosos a

la hora de concretar qué tipo de producto se va a premiar, siendo lo lógico que encaje a la perfección en la misión y los objetivos marcados.

b) Producción ¿Dónde y cómo se elaborarán nuestros libros, revistas o lo que sea nuestro producto? ¿Las haremos directamente nosotros, como sucede en el caso de minúsculas editoras de libros-arte? ¿Usaremos una imprenta? ¿Qué tipo de impresión queremos? ¿Offset? ¿Digital? ¿E-books? Actualmente existe la posibilidad de impresión bajo demanda. ¿Tapa dura? ¿Qué gramaje de papel? Aquí será fundamental seguir de cerca la evolución del mercado. Actualmente, los formatos están en pleno desarrollo tecnológico. Intentar estar al día con su evolución es fundamental en el mediano plazo. No nos aislemos. La participación en foros y asociaciones; la asistencia a los varios encuentros de editores que se realizan a lo largo del año por nuestra geografía son un camino fabuloso para refrescar nuestra editorial con ideas novedosas, para establecer colaboraciones interesantes y para estar al día de tendencias con futuro. Lo que está claro es que, al igual que con internet, es perentorio un esfuerzo por conocer cada detalle de la producción, pues nos permitirá elegir el material más adecuado y ser fieles a nuestra marca. Una vez más, será imprescindible el conocimiento de, al menos, un programa de maquetación, tipo QuarkXpress, y de manejo y retoque de fotografía, tipo Photoshop.

Y siempre sin olvidarnos de los aspectos más tradicionales que conforman esta área, como la revisión ortográfica, tipografía, almacenaje, manipulación y gestión de pedidos.

c) Personal Básicamente, tendremos que analizar aquí los medios humanos que vamos a necesitar para llevar a cabo nuestros objetivos. Tener claro el perfil de nuestros colaboradores es básico para su reclutamiento. Nos ahorrará problemas

en el futuro. Una editorial con un personal inadecuado es una fuente inagotable de dificultades y quebraderos de cabeza.

¿Qué recursos financieros vamos a necesitar a corto y mediano plazo para la consecución de nuestros objetivos? ¿Dónde los vamos a obtener? ¿Los haremos nosotros mismos? ¿Tenemos que acudir a la financiación bancaria? ¿Podemos aprovechar algún tipo de subvención oficial? Si nuestra capacidad de análisis financiero es exigua, caso frecuente entre las editoriales independientes, intentemos valernos de nuestras amistades o, idealmente, de un experto. Acometer una actividad como la editorial sin la más mínima idea de nuestras necesidades financieras a corto y mediano plazo y el control de la evolución de la tesorería tendrá como efecto casi seguro nuestro empantanamiento en las arenas movedizas de la insolvencia que, lo más seguro, dará con nuestra editorial en el concurso de acreedores y con nosotros en complicaciones de índole legal.

d) Financiación

¿Qué forma legal queremos? ¿Una sociedad mercantil, una comunidad de bienes, una persona física? ¿Qué información nos exigen las administraciones públicas como mínimo? ¿Qué obligaciones fiscales tendremos? Mientras no tengamos un conocimiento profundo de ello, asesorémonos. Una mala elección nos creará serios trastornos que nos costarán tiempo y dinero enderezar. En esta área debemos establecer también el marco jurídico necesario para evitar complicaciones futuras. Sin ánimo de ser exhaustivo, al menos necesitaremos un contrato tipo para fijar las relaciones con nuestros autores o colaboradores. Debemos saber cómo registrar nuestras ediciones, ver qué ámbito geográfico amparan, con especial cuidado en nuestras producciones en la red, cuya regulación jurídica paranacional es todavía un tanto difusa. Y, repito, si nuestros recursos financieros no nos

e) Administración



permiten contar con un profesional del derecho que nos asesore, usemos la red y nuestros contactos en el sector. Entre las editoriales independientes abunda la camaradería y será sencillo encontrar a quien, con más experiencia, nos ayude.

Conclusión Como todo editor que lleve años bregando por este complejo mundo sabe, el presente artículo no hace sino esbozar las líneas básicas de lo que sería una perspectiva general de la gestión empresarial de una editorial. He intentando remarcar sólo los aspectos que, de alguna manera, siempre debemos tener a la vista en nuestro camino y, sobre todo, el artículo habrá valido la pena si alguno de sus lectores instaura la costumbre de hacer anualmente ese alto en el camino que tanto cuesta cuando uno está abrumado por el día a día, para ver dónde está, dónde debiera estar y qué puede hacer para llegar allí.

Producción editorial o cómo resolveremos las cosas

Algunas disquisiciones ontológicas sobre nuestro medio editorial, con análisis y sugerencias a vuela pluma (y vuela Word, que pasará a InDesign o al querido Quark)

En nuestro medio editorial perviven técnicas, formas de trabajo y tecnologías de lo más disímolas. Por ejemplo, en cuanto a técnicas de impresión, el editor echa mano desde procesos milenarios (serigrafía artesanal, no industrial) hasta tecnologías de punta (*salida* a láminas o Computer to Plate, a offset digital o Computer to Press, a duplicación digital bajo demanda o Computer to Print, a lo más reciente en impresos publicitarios: la imprenta en línea o CiberPrint, establecida por Artes Gráficas Panorama). Hay colegas que usan *salida* a película o Computer to Film, o todavía, muy pocos, a fotolito. No sería extraordinariamente anómalo que alguien, en algún rincón del país, emplee linotipo, intertipo o monotipo y fotograbados para imprimir con prensa caliente, tipográfica o plana.

Esta situación tan peculiar trae como consecuencia la imperiosa necesidad de estar al tanto de todos esos recursos, ya que los proyectos editoriales exigirán a gritos (hay que saber escucharlos) la forma adecuada de producción y los insumos que correspondan.

Además, cada día se hacen más presentes las tecnologías electrónicas de publicación: producción (cara y compleja, para hacerlo bien) de un disco compacto, *subir*

Producción editorial de hoy

los trabajos a internet, donde el lector —o usuario en este caso— tendrá las opciones de imprimir todo o parte, o sólo leer o ver el trabajo en monitor. Los *e-books* o libros electrónicos se perfeccionan a pasos agigantados, por lo que hoy son ya formas cómodas y viables de concretar el viejo sueño de Jorge Luis Borges de tener un *aleph* en la mano, una biblioteca de Alejandría. Su soporte es flexible y delgado, como una hoja de papel, tamaño oficio, de alto porcentaje de blancura y opacidad; la lectura resulta muy cercana a la del impreso. El problema sigue siendo, precisamente, su visión digital, fragmentada, el pedazo que se observa, página a página, sin las delicias analógicas de disfrutar las obras en su conjunto, abanicándolas.

De cualquier manera, y más allá de conveniencias o inconveniencias tecnológicas, “lo importante se imprime”, como lapidaria y magistralmente sostuvo Roberto Hiyama en una presentación de la revista *A & C/Arte y Comunicación Gráfica*, de la Asociación Nacional de Industriales y Distribuidores para la Industria Gráfica (Anidigraf).

**Del Medievo al
Renacimiento
(intentando llegar a
la modernidad) o la
profesionalización
de editores**

No debemos perder de vista que nuestro medio editorial lucha por salir de la Edad Media para incursionar en el Renacimiento (algunos colegas ya están en la modernidad). No hace mucho tiempo, escasos lustros, la formación de editores se efectuaba con un maestro experimentado, real o supuesto, rodeado de ávidos discípulos y aprendices que se formaban al cabo de varios, varios años. Su forma de concebir el trabajo editorial era, o es, efectivamente medieval, estructurado por gremios, con oficios concretos y específicos, tratados en forma casi excluyente. Se era, o es, sólo traductor o revisor técnico, editor de mercado o editor académico, corrector de estilo o de originales o de pruebas o *marcador* (válgame la expresión) tipográfico de los originales, diagramador o formador o diseñador de interiores o de forros o infografista, etcétera, etcétera.

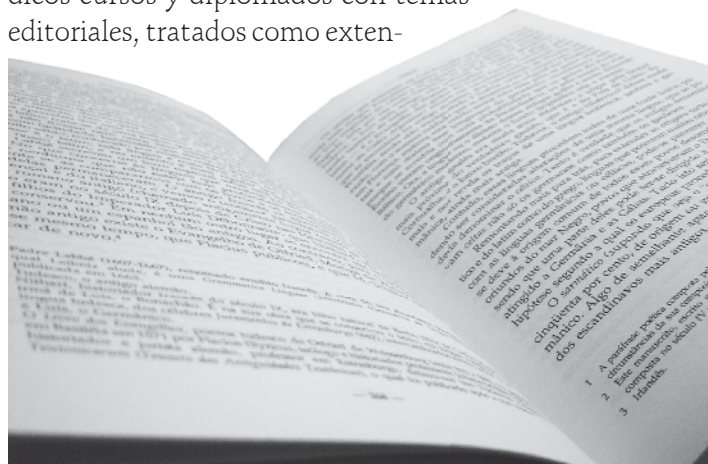
Así, no hace mucho tiempo, en editoriales muy reconocidas, alguien emprendía la corrección de estilo; después,

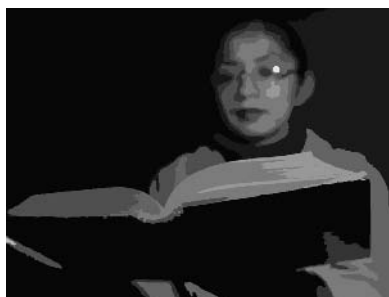
otro la corrección de originales, y uno más el marcado tipográfico, funciones que hoy, de manera usual, acomete la misma persona en un mismo proceso, en la misma fase productiva.

Nuestro medio busca actualmente formar *cuadros* integrales, multidisciplinarios, a quienes, independientemente de su oficio u oficios principales, cotidianos, casi nada o nada les resulte ajeno. Su formación pretende ser completa, del árbol o soporte electrónico al lector o usuario, pasando por complejas, y a veces largas y prolijas, cadenas de labor editorial, producción, distribución y comercialización. También se trata de dar un paso trascendente: pasar de la artesanía a la industria, fase en la cual aún estamos inmersos, ya que pocos centros editoriales se comportan verdaderamente como industrias.

De aquí la gran utilidad de poseer, aunque apenas hace una década y media de esto, ofertas de capacitación editorial profesionales y contemporáneas de formación de editores (y de todos los oficios conexos y derivados), aunque el primer esfuerzo en ese sentido data de un lejano 1984, el Primer Seminario sobre Literatura y la Formación de Editores —convocado por el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores, la Dirección de Literatura del INBA y el Fondo de Cultura Económica—, encabezado por Felipe Garrido.

Algunas instituciones organizan diversos y esporádicos cursos y diplomados con temas editoriales, tratados como exten-





sión universitaria. Pero con programaciones fijas y secuenciales sólo se presentan tres en el país: los convocados por la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (Caniem), la Casa Universitaria del Libro (Casul, dependiente de la Coordinación de Humanidades de la UNAM) y el Centro Editorial Versal, S. C. (en confianza, sólo Versal entre sus más de 3 000 participantes, coordinadores y colegas).

Para prez y loor de América Latina, existen cuatro universidades que ofrecen la carrera de editor, con sus respectivos ocho semestres, cuatro años de estudios. Tres de esas universidades son brasileñas: la afamada USP, Universidad de São Paulo, que desde 1972 estableció la carrera de *produção editorial* o *editoração*; le sigue la Universidad de Río de Janeiro; y una más, privada, en São Paulo. La cuarta es la Universidad de Buenos Aires.

De maestrías, especializaciones o especialidades (*más-ters*), diplomados y cursos contamos con muchas ofertas, a distancia (*on-line*) y presenciales. Hay que recordar el valioso esfuerzo de una maestría en edición emprendida por la Universidad de Guadalajara y la Caniem, que existió de 1993 a 1996, en Guadalajara y en la ciudad de México, pero que desafortunadamente fue *congelada*, así como una licenciatura (de cinco años) que con el título de diseño editorial trató de establecer la Universidad del Claustro de Sor Juana a fines de los noventa.

Después de una promesa de fundar una licenciatura, la UAM-Xochimilco constituirá una maestría en diseño y producción editorial en la primavera de 2009. Según Gerardo Kloss Fernández del Castillo, impulsor del proyecto, “la relevancia de la maestría radica en que el mercado editorial demanda con urgencia la profesionalización del ramo”, así como el posgrado pretende “fomentar los cruces de distintas disciplinas, por ejemplo, que un corrector de estilo entienda aspectos de finanzas o que un diseñador conozca de gramática; incluso que un impresor sepa de mercadotecnia”. “El egresado comprenderá el proceso com-

pleto de edición y será capaz de sostener un diálogo con todos los agentes que lo conforman.” En la búsqueda del *cuadro* integral, multidisciplinario, renacentista, pues, como se ha insistido.

Como cualquier proceso que pretenda ser industrial, en buena medida el éxito o fracaso del producto final dependerá de la calidad de la materia prima. En nuestro caso, del texto o de la imagen, o de ambos. A final de cuentas, del autor.

Curiosamente, no he visto a muchos autores participando en capacitación editorial, cuando debieran ser de los primeros. Algunos colegas del medio académico o institucional confiesan, casi entre sollozos, que sus autores-investigadores se rehúsan siquiera a hablar o respetar las pautas de cómo presentar sus trabajos de manera conveniente para el departamento editorial. No le ven caso, y algunos hasta se ofenden.

Así no puede haber industria. Por maravillosamente que el texto hubiera sido redactado, no necesariamente coincide con el manual de estilo de publicación de la casa; los procesos de corrección y adecuación del texto en consonancia con el manual deberán hacerse sin excepción, o casi.

Por lo contrario, si el autor es sensible y profesional ante estas necesidades productivas —que de cualquier forma habrán de satisfacerse— y prepara su material para la publicación específica —respetando criterios, normas y convenciones—, ese equipo de editores y correctores disfrutará plenamente la belleza, sosiego y esparcimiento de la vida. El autor, de esta manera, producirá para la casa, para su perfil de publicación, de los mismos autores y colegas, del tema específico y, lo más importante, para su lector real o potencial.

Si esta situación casi idílica se presentara —así habrá que hacerlo tarde o temprano, y mucho mejor temprano—, se harán sólo dos procesos de corrección, como algunos editores de publicaciones periódicas y muy pocos de libros realizan. ¿Por qué? Porque los autores serán miembros de la

Todos sobre el autor

casa, parte del equipo editorial de edición-corrección-producción; editarían y corregirían textos de sus mismos colegas.

Debido a esto se sugiere incluir cuatro cláusulas especiales de aspectos productivos en los contratos de edición de obras no literarias: que, salvo pacto en contrario, el autor someterá su texto a los criterios, tendencias y convenciones plasmados en el manual de estilo de la casa; que revisará su trabajo en primeras pruebas formadas sin corregir, ni antes ni después, en forma paralela al corrector de pruebas—quien revisará y evaluará cada corrección, modificación o agregado que el autor marcara en sus pruebas, incorporando a las suyas aquellas que considere pertinentes—; que el autor emprenderá su revisión en el tiempo estipulado en el contrato y, de no ser así, la casa correrá con la responsabilidad de las correcciones; y, finalmente, indicar un porcentaje máximo de modificaciones al texto original (¿uno por ciento?), que de otra forma el autor asumirá costos, retrasos y margen de error, ya que un volumen excesivo de modificaciones echa a perder el trabajo invertido, lo cual provocaría retrasos, encarecimiento de la producción y, lo más grave, aumento de los márgenes de errores, desaliños, gazapos, inconsistencias y falta de unidad.

Ahora bien, que no se vaya esto al extremo de una edición sin autores. El texto original se respeta en todo lo que sea correcto, es decir, se subsanan incorrecciones o aquello que contravenga las convenciones de la casa. Salvo en contadas ocasiones acordadas de antemano (corrección de estilo), y con la anuencia o connivencia del autor, con su complicidad, el editor-corrector no escribirá por el autor, evitando filias y fobias en su labor de edición.

Pero creo que resulta necesario pasar a otro subtítulo que aborde asuntos específicos de labor editorial.

Los procesos de edición o flujo de trabajo editorial

El siguiente es un diagrama que siempre analizo y comento en el módulo “Producción editorial” de nuestros cursos, diplomados y especializaciones. Como se aprecia, parte de la edición de una obra traducida y compleja.

www.solareditores.com • Quehacer Editorial 7



Supongamos que se trata de un libro enjundioso e ilustrado (40% de ilustraciones). Conseguídos los derechos o licencia de traducción, se emprenderá su labor editorial.

Comienza la fase de traducción. Algunas casas editoriales no la incluyen en el cronograma de trabajo, considerándola como autoría (que lo es). Otras sí la prevén, sobre todo los productores de libros CTP (científicos, técnicos y profesionales), que por lo general trabajan con obras traducidas o por encargo. Independientemente del criterio establecido, será el primer paso de producción editorial. El rendimiento de un traductor profesional es de una hora por cuartilla editorial (de 1 620 caracteres; 60 golpes por 27 líneas de composición), en promedio.



Casi siempre se cuenta con un buen traductor (México posee un alto nivel de traducción), pero no necesariamente es conocedor del tema que traduce. Por esto resultaría necesario pasar a la fase de revisión técnica, que se encargaría a un conocedor de la materia, sobre todo en cuanto al léxico acostumbrado en el español de su medio. Este especialista corregirá vocablos y giros técnicos que resultaran traducciones literales y no el habla acostumbrada de sus futuros lectores y de sus gremios. El revisor supervisará unas 40 o 50 cuartillas diarias. No hará correcciones de estilo, ni de originales, ni marcado tipográfico. Hallazgo sensacional es encontrar a un traductor especializado: un buen traductor médico para traducir medicina; un buen traductor arquitecto, para arquitectura; etc. Ante la disyuntiva de qué sería conveniente, si pedir la colaboración de un conocedor que medianamente traduce o un buen traductor que no dominara el tema que traducirá, resulta más conveniente este último, pues la revisión técnica subsanaría con relativa facilidad las deficiencias.

Ahora vendría la corrección de originales o la de estilo. Confiemos que la primera, porque la segunda es mucho más esforzada, lenta y cara. Sus diferencias son contundentes: la corrección de originales básicamente compromete la revisión ortográfica y de puntuación; pocas correcciones de sintaxis y redacción —como evitar muletillas, *paja* o relleno, aliteraciones fallidas, oscuridad en algunos pasajes del texto,

faltas o incorrecciones de concordancias—; la unificación de convenciones, toponímicos, nombres propios; la revisión de datos, fechas y cálculos dudosos; la unificación de criterios editoriales plasmados en el manual de la casa; el marcado tipográfico, según especificaciones sobre estos aspectos indicados en el manual de estilo o en el de imagen, o siguiendo los criterios tipográficos de la serie o colección, o los de los números anteriores de la publicación periódica; la aclaración de dudas con el autor y cualquier tipo de sugerencias que necesitara su aceptación. En una metáfora: barrer el texto, quitándole la escoria, y trapearlo y abrillantarlo para dejar una superficie tersa, concisa, limpia y lo más reluciente posible, además de aplicar los criterios editoriales de la casa y darle unidad y consistencia a todo ello. El rendimiento del editor-corrector dependerá de la pulcritud, aliño y profesionalismo reflejados en el texto original, de su correspondencia con las convenciones de la casa y de la cercanía del tema abordado con el bagaje del corrector. Así, será de 10, 15 o hasta 20 minutos por cuartilla.

La corrección de estilo implica todo lo anterior, más una lucha denodada con el texto original por hacerlo publicable. Habrá muchas más correcciones de redacción, léxico y sintaxis, aun de estructura. De hecho el corrector de estilo rehace párrafo a párrafo los originales del autor. Representa una obra negra mayor, una profunda remodelación. El corrector de estilo es un coautor, un traductor abnegado y perseverante del espanglés, francoñol, itañol, portuñol; a final de cuentas, del bárbaro al español editorial. Prácticamente escribe por el autor y su rendimiento puede llegar apenas a una cuartilla por hora, media hora cuando menos. Hay situaciones de autoría que ciertamente ameritan la corrección de estilo, pero buena parte de esta función se acomete por la mala calidad de los textos recibidos, sin más. Aquí intervendría un criterio de dirección: el texto está muy mal elaborado, pero el aporte o la importancia del autor hacen que valga la pena incurrir en ese esfuerzo o, sencillamente, el texto no se publicará. Difícil decisión, tenue línea de equilibrio.

Salvo raras y sabrosas excepciones —en las que la calidad del texto y su congruencia con las convenciones de la casa harían esta fase innecesaria, pasándose directamente a formarlo y entregar planas formadas para la primera lectura de corrección—, todo texto debe pasar a corrección de originales —o de estilo, en el peor de los casos—. No hacerlo sería como pasar a un paciente al quirófano sin que el cirujano se haya lavado las manos. Quienes se saltaran el proceso con la ingenua pretensión de ganar tiempo y ahorrar costos pagarán las consecuencias, porque la rapidez, menor costo productivo y mayor calidad del texto publicado residen indefectiblemente en el cuidado que se tuvo con los originales. Lo que bien empieza, bien acaba, y un espantoso viceversa.

La siguiente fase es la de pasar el texto a la computadora de formación editorial y cambiar el programa de captura —usualmente Word, en extensión .RTF o .doc— por el de formación —los más empleados son QuarkX'Press e InDesign—. Es frecuente que, en forma paralela, se tenga que emplear programas de retoque fotográfico o de ilustración —los más socorridos son Photoshop e Illustrator, respectivamente.

La estación tipográfica formará el trabajo según el marcado tipográfico de los originales y la hoja de estilos, así como las planas maestras o páginas tipo. En su caso, el o los diagramadores escogerán, prepararán, buscarán encuadres, determinarán la forma y colocación de las imágenes en los emplanes, etc. Es decir, harán la diagramación o el diseño de interiores, que son procesos muy distintos. El rendimiento cotidiano de la diagramación, que trabaja sobre planas maestras, es de unos dos pliegos de 16 páginas cada uno hasta tamaño medio oficio, o sea, 32 páginas a varias columnas, o la mitad, 16 páginas, si se tratara de formatos hasta oficio. En diseño de interiores cuando mucho se entregarán de cinco a ocho páginas diarias, pues casi se diseñan carteles o portadas en cada página.

La estación incorporará las correcciones indicadas en los originales, pasará a formar las planas con todas las características ordenadas (manejo de columnas, corondeles, horizontes, entradas, inclusión de las imágenes, cornisas, folios, secundarias, apostillas, cabezas o títulos, subtítulos, formaciones *a bando*, transcripciones, notas, en fin, más de 14 especialidades de textos marginales que puede presentar una sola plana, e imprimirá una remesa de primeras pruebas de planas para su corrección.

Algunos colegas, pocos, realizan previamente un proceso de corrección de texto *ciego* (sin *comandeo* tipográfico ni formación alguna) antes de estas planas formadas, lo que implicaría una segunda lectura de corrección, después de la de originales y antes de las primeras pruebas formadas. Pero la mayoría de las editoriales no realiza esa corrección intermedia, digamos de galeras, sino que pasa de la corrección y marcado de originales a las primeras pruebas de planas. Ésta es la fase adecuada para proporcionar al autor pruebas para su revisión. Como se sugirió, el corrector de pruebas emprenderá su labor (al que muchos llaman corrección ortotipográfica, pero que en realidad es mucho más que eso) mientras el autor realiza la suya, la cual será cotejada por el corrector para incorporar aquello que considere pertinente a su mismo juego de pruebas. El



corrector habrá cerrado el trabajo a pliego, esto es, que el número de páginas sea múltiplo del pliego de impresión y de encuadernación (usualmente dividirá el número de páginas entre 16 o 32, según sea formato completo o medio: carta, carta europea u oficio o sus mitades) y ajustará el índice o el sumario.

De nuevo irá a la estación la remesa de pruebas ahora corregidas y confrontadas. Se realizarán las correcciones indicadas y los ajustes de formación necesarios, y se imprimirá un nuevo juego de pruebas, que en esta fase serían finas o finales. Es adecuado que este proceso final de corrección lo realice el mismo editor-corrector que efectuó la corrección de originales o la de estilo, quien primeramente hará un cotejo de las correcciones ordenadas en las primeras pruebas de plana con las finas o finales.

Esta etapa ordenará más correcciones, pero mucho menos numerosas que aquellas indicadas en las primeras pruebas. Los rangos adecuados de volúmenes de corrección son alrededor de 30% en las primeras pruebas de plana y no más de 10% en las finales. Si se abaten, magnífico, se producirá en forma más rápida, a un menor costo e indudablemente con más control de calidad. De lo contrario estaremos en problemas.

Esta remesa de pruebas finales contendrá a su vez correcciones, pero no representarán más de 5%. Se hará un cotejo final y el trabajo pasará a dársele *salida*, que en forma acostumbrada hoy en día será la de grabar o *quemar* discos compactos *salvados* en el programa de formación editorial en el que se realizó el trabajo, no olvidando *cargar* las fuentes tipográficas, o, lo preferible, en PDF (Portable Document File) y acompañar los discos con las impresiones finales de las pruebas ya limpias, las cuales servirán de *dummies*. Sólo que para entregar la obra en PDF la pre prensa de hecho habrá sido realizada por la casa, por lo cual el laboratorio del taller de artes gráficas solamente *impondrá* la obra (hará de las páginas pliegos).

Algunos colegas envían por correo electrónico, incluso por satélite, su trabajo en PDF, pero esta posibilidad va

a depender de la velocidad y capacidad de los servidores tanto del emisor como del receptor, ya que esa extensión no comprime los datos en demasía.

Las imágenes habrán sido digitalizadas con un mínimo de 300 puntos por pulgada. A mayor lineaje de impresión, mayor necesidad de puntos por pulgada en las imágenes, aunque hoy los mejores talleres dan salida de micropunto o pantalla estocástica a partir de los 300 puntos por pulgada de las imágenes y así imprimen hasta 300 líneas o más. Sólo si se ordenara mayor lineaje, hasta 1 000 líneas por pulgada cuadrada, sería conveniente trabajar las imágenes con mayor resolución (más de 400 puntos por pulgada).

Con el esquema típico de labor editorial se habrá efectuado tres lecturas de corrección: de originales o de estilo, de primeras pruebas formadas y de finas o finales, con dos o tres fases de cotejos. Si el editor hubiera organizado el flujo de trabajo con cuatro lecturas, tendríamos en el diagrama de producción 15 fases o procesos con nuestro ejemplo de obra traducida. Si, como es acostumbrado, se realizara tres lecturas, se presentaría 10 fases. Algunas publicaciones periódicas y editoriales con traductores especializados y de cabecera, formados con la casa, harían el mismo trabajo con sólo dos lecturas de corrección y ocho procesos. Y, en el colmo de la felicidad, las fases indicadas en la tercera barra del diagrama como 4, 5 y 6, que atañen a un cotejo intermedio, se integran en un solo proceso, por lo cual esa misma obra se produciría solamente en seis fases, es decir, a menos de la mitad de tiempo y costos que el primer caso.

Todas las labores de diseño y diagramación se emprenderán en forma paralela. Si obligan al flujo de trabajo a hacer cola, la producción editorial será un desastre. Ahora bien, desde luego que hay publicaciones en las que el organigrama, y sobre todo los tiempos de producción, cambia debido a que poseen mayor porcentaje y labor de diseño que de texto; por ejemplo, 70% de imagen frente a 30 de texto, como las revistas comerciales y los libros de arte y de gráfica. Esta situación, pues, modificaría radicalmente el organigrama.



En esta ocasión no se abordarán las vicisitudes de la obra en artes gráficas, distribución ni comercialización, que obligarían a la elaboración de otros ensayos.

Lo realmente adictivo de editar



Por razones que no se alcanza a comprender con claridad, quizá merecedoras de psicoanálisis editorial, todos los colegas afirman, y la realidad lo comprueba, que la labor editorial es absolutamente adictiva: una vez que se prueba no se puede dejar de hacer. Incluso si por avatares del destino alguien se viera orillado a editar, con todo y las angustias, desconciertos, sufrimientos, enojos y amarguras que se quieran, la profunda satisfacción de la labor realizada y cumplida resulta esplendente, amazónica.

Este colega, aunque en principio no manifestara vocación alguna por este medio envolvente y maravilloso, más rápido de lo que cualquiera pudiera esperar se habría sumergido en ese azul profundo que es la edición: desde las delicias y francamente el morbo de medir todo, mascarullar el concepto editorial y gráfico —analizando las maneras en que editan los demás—, y organizar estructura y secuencia, ritmo, hasta aguzar el oído para escuchar y atender las vehementes exigencias de la publicación de la obra. Editar es un noble oficio de acopiar, seleccionar, decidir, organizar, estructurar, construir: es, en unas cuantas palabras, una arquitectura del tejido textual en armonía con el vacío, con el espacio, en simbiosis y correspondencia fructífera muchas veces con la imagen o la plástica.

Situación actual de la industria mexicana del libro

No habría más que echar un vistazo a las estadísticas editoriales mundiales de producción para observar que los países desarrollados mantienen en forma directamente proporcional una industria (real y verdadera) sólida y próspera.

La antigua polémica sobre el supuesto peligro para la producción impresa del libro (y por consiguiente para los diversos oficios implicados en ésta) por la aparición de las

técnicas y tecnologías electrónicas de publicación no dejó de ser un flagrante sofisma, un espantajo. En cuanto a todo tipo de publicación, ambas formas se complementan, aunque una de ellas sea predominante por su mejor conveniencia. En el fondo ambas son aliadas y simbióticas. Claro que se están perfilando sus maneras más adecuadas de publicación según sean su carácter y uso. Publicaciones de coyuntura, perecederas —como los diarios—, grandes obras de consulta y referencia —enciclopedias y diccionarios—, así como obras de investigación científica o académica que requieran ser actualizadas permanentemente, encuentran en el soporte electrónico su forma más adecuada de producción. E incluso así subsisten y subsistirán los ejemplares impresos de esas mismas obras.

Por lo contrario, obras de creación literaria y muchas obras más o menos atemporales e imperecederas continuarán optando por la forma impresa, aunque se produzcan algunos ejemplares en discos compactos o partes o el todo de la obra *naveguen* por internet, más allá de una simple promoción o publicidad.

Así, las quejas, reclamos y lamentaciones de algunos o muchos editores de publicaciones impresas de que no cuentan con el número suficiente de lectores, por lo que se encuentran en graves dificultades para sostener sus proyectos, no deben dirigirse a las nuevas tecnologías. Habría aquí un grave error de destinatario. Deben dirigirse, con certeza, al subdesarrollo, y a quienes sean los responsables de éste.

México, para sorpresa de muchos, no está tan mal como productor de libros —ocupa la novena posición mundial, frente a la cuarta de España y la quinta de Brasil—, pero debería estar mucho mejor.

Son tres los principales lastres que han impedido el despegue de la actividad editorial en nuestro país: la falta de hábito de la lectura, el rezago educativo y la pérdida de capacidad de compra.

En prácticamente toda nuestra historia independiente, si bien se ha alfabetizado, no se ha gestado lectores. La

lectura es vista como obligación escolar, castigo divino o tantálico, o pérdida de tiempo para ociosos. Cómo fomentar la lectura si en millones de hogares no hay el mínimo acervo de publicaciones, apenas algún libro de texto gratuito. Cómo fomentarla si el niño ve que sus familiares no acostumbran leer, nunca le han leído. Si bien han existido y existen programas más o menos exitosos de fomento a la lectura, nuestro retraso es tan grande que exige una campaña permanente de todos para hacerla efectiva. Comenzando por la familia y siguiendo por la escuela, el barrio, la comunidad, el grupo social, la Iglesia, los medios de difusión, las mismas publicaciones, los editores y las editoriales, todos deberían entrar a un acuerdo nacional para la promoción del libro y la lectura. Por qué esperar que se presente el fomento a la lectura si tan pocos saben qué son los libros y las publicaciones en general, cómo se hacen y distribuyen, qué esfuerzos implica presentar al lector una obra terminada para que la adquiera. No puede esperarse un consumidor, un lector —confiemos— en este caso, si desconoce por completo el producto y cómo se hace.

Valga aquí un pequeño pero representativo ejemplo. El canal televisivo brasileño Globo Internacional transmite con mucha frecuencia, en horario estelar, un breve *spot*, creativamente realizado, en el cual aparece una cancha de fútbol dibujada con caracteres apenas perceptibles. Éstos se acomodan configurando una página de libro, una caja tipográfica, y una voz en *off* dice “Leer también es un ejercicio”. Otros mensajes llamando al ejercicio mental mediante la lectura y la imaginación son realizados por actores y presentadores connotados del canal. Globo no es un canal cultural ni estatal, no pertenece al Ministerio de Cultura ni a nada parecido. Es privado, con objeto social mercantil.

En cuanto al rezago educativo, según el momento, quién afirme y en cuál contexto, se sostiene que tenemos de seis a ocho años de estudios. Rezago verdaderamente rezagado. Con esta situación poco puede esperar el medio editorial y el sistema educativo en su conjunto.

Finalmente, sobre la merma de capacidad de compra, es de todos sabido que se ha perdido alrededor de 80% de la que tenía el peso en los setenta. Cuando a fines de los noventa se le preguntó al entonces presidente del Instituto Brasileño del Libro qué sugería para fomentar la industria del libro en su país, éste respondió algo así como “Metan más dinero en los bolsillos de la gente”. Muchos potenciales lectores sostienen que en nuestro país los libros son caros. Quizá no sean muy baratos —no podrían serlo por los tirajes generalmente tan bajos que se producen y lo excesivamente cara que resulta su comercialización—, pero lo que sucede es que no se cuenta con el dinero suficiente para comprarlos. Eso es otra cosa.



La convicción de que el fomento a la lectura va de la mano del nivel de desarrollo de un país está, aunque sea a regañadientes, clara. Otra cosa es que ciertos sectores o personas no den la importancia que posee o no muestran ni tienen la voluntad política para apoyar la actividad editorial del país. Sin embargo, acaba de promulgarse —apenas el 24 de julio de 2008— la Ley del Fomento para la Lectura y el Libro, que, salvados los escollos de vetos presidenciales, esperemos dé un marco jurídico razonable para, precisamente, el fomento a la actividad editorial. Desafortunadamente no contiene aspectos fiscales que promuevan la reinversión ni nada parecido (esperemos que los contenga su reglamento), por lo que se continúa tratando nuestra actividad con los raseros de cualquier otra actividad económica, que desde luego no lo es. Si España y Brasil están en tan buenas posiciones en el medio editorial internacional es porque sí cuentan con fuertes apoyos por parte del fisco, así como de los ministerios de Educación, de Cultura y de Relaciones Exteriores.

De lo que poco o nada se discute es la consideración de la actividad editorial como asunto de seguridad nacional. “Los pueblos piensan en su lengua”, sostenía Benedetto

Croce, o “Ser cultos para ser libres”, afirmaba José Martí. En efecto, la actividad editorial, más allá de constituir una de las palancas primordiales del desarrollo de un país, y por ello mismo, se evidencia como asunto de interés nacional, de su rumbo y destino, de su seguridad e identidad como nación en el futuro.

Lauro Zavala. México, D. F. (1954). Profesor-investigador titular del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco) desde 1984. Doctor en literatura hispánica en El Colegio de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1994. Autor de varios libros y director de la revista electrónica de investigación *El Cuento en Red*. Estudios sobre la Ficción Breve.

Luz María Silva. Socióloga de la empresa, convencida de la importancia de la tecnología de la información aplicada al desarrollo profesional y a la vida diaria, la usa cotidianamente. Se dedica tanto a la consultoría, para resolver problemas concretos, como a ser escritora, maestra e investigadora. Su misión profesional es compartir inquietudes, información y conocimientos sobre México y sus empresas.

Ricardo Nudelman (Buenos Aires, 1941) es gerente general del Fondo de Cultura Económica. Editor y librero argentino que lleva más de treinta años en el oficio. Arribó a México hacia 1976, seis años después de la creación de la librería Gandhi, para integrarse casi de inmediato a su equipo de trabajo. Director de Folios Ediciones de México (1981-1984) y de Eudeba (1989-1990). Ha escrito artículos para diarios, revistas y un diccionario de ciencias políticas y sociales.

Arón Gilbert (México, D.F., 1949). Cirujano dentista egresado de la UNAM, incursionó en el mundo literario en 2007 al plasmar en el libro *El último sobreviviente* (Ediciones del Ermitaño) las historias y vivencias que escuchó de su padre Shie sobre el holocausto.

Juan Domingo Argüelles (Quintana Roo, México, 1958). Poeta, ensayista, crítico literario y editor. Estudió lengua y literatura hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta, Premio

de Ensayo Ramón López Velarde, Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen y Premio Nacional de Poesía Aguascalientes. Ha sido coordinador de publicaciones periódicas de la Dirección General de Publicaciones de Conaculta y subdirector de la revista Tierra Adentro. Es columnista de varios diarios.

Tomás Granados (México, D.F., 1970). Estudió matemáticas en la UNAM, matemáticas aplicadas en el ITAM y la maestría en edición de la U de G. Autor de varios libros, socio fundador de Librería, empresa editora del suplemento de libros *Hoja por Hoja*. Dirige la colección Libros sobre Libros, con obras para los profesionales del ámbito editorial.

Joaquín Lloréns (Bilbao, 1962). Escritor y economista. Tras 20 años en el mundo financiero y educativo, un terremoto emocional le trajo de vuelta al mundo literario. Destaca su serie de novelas con la misma protagonista, Beatriz, investigadora licenciosa: *Citas criminales*, *Amor corrompido* y *Política criminal*. Actualmente trabaja en el cuarto título: *Venganza criminal*. Colabora en la revista de internet *Luke*; como poeta, destaca el poemario *52 semanas*. Entre sus proyectos inmediatos está la creación de un cómic y una revista virtual.

Miguel Ángel Guzmán. Editor y diseñador gráfico desde 1969. Cursó la licenciatura en lengua y literaturas hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue director general de Tipografía, Diseño e Impresión y socio fundador de Equipo Editor, S.C. Ha cuidado la edición, diseño y producido un gran número de libros, folletos y revistas. Publica ensayos y artículos sobre producción editorial en diversas revistas y suplementos del país y del extranjero. Colabora en cursos, talleres, diplomados y especializaciones editoriales con diversas universidades, instituciones y empresas nacionales y latinoamericanas. Concibió, elaboró los programas y coordina los curso-talleres editoriales de Versal desde su fundación, en 1992.

Alejandro Zenker (México, D.F., 1955). Editor, traductor y fotógrafo. Director general de Solar, Servicios Editoriales y Ediciones del Ermitaño. Fue fundador y presidente de la Asociación de Traductores Profesionales (ATP), director general del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y prosecretario de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada (AMLA). Es director de la colección Minimalia, de la revista *Quehacer Editorial*, creador y principal promotor de la Red Internacional de Editores y Proyectos Alternativos (RIEPA) y de la Red Independiente de Proyectos Artísticos y Culturales (RIPAC).

La producción se realizó íntegramente
en las instalaciones de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
5515-1657
solar@solareditores.com

www.solareditores.com

En su composición se utilizaron tipos Eras y Schneidler Light
de 8, 9, 10, 11, 12 y 14 puntos

El tipo Schneidler, usado en la colección *Minimalia*,
se basa en la tipografía de los impresores venecianos
del periodo renacentista y comparte con ella su gracia,
belleza y proporciones clásicas. Es un tipo fino y legible
tanto para textos extensos como para carteles y folletos.
Una de las características más originales de esta fuente
son sus signos de interrogación. F. H. Ernst Schneidler,
diseñador de fuentes y maestro tipógrafo, concibió
originalmente la *Schneidler Old Style* en 1936
para la Fundidora Bauer.

NOVEDAD

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

*Del libro, con el libro, por el libro...
pero más allá del libro*



www.solareditores.com

www.solareditores.com

Novedad

AURELIO
ASIAIN

¿Has visto el viento?



E

Ediciones del Ermitaño

www.solareditores.com



*Colección
de literatura
coreana*

E

Ediciones del Ermitaño

LA FAMILIA ITINERANTE

Gong Sun-Ok

¿SEGUIRÁ SOÑANDO?

Park Wan Suh

LOS ÁRBOLES EN LA CUESTA

Hwang Sun-won

CUANDO FLORECE EL ALFORFÓN

Lee Hyo-seok

YA QUEDA POCA LUZ DEL DÍA

Kim Jong-gil

RAZÓN DE LAS SINRAZONES

Kim Chunsu

EL HUÉSPED

Hwang Sok-yong

EN BUSCA DEL ELEFANTE

Jo Kyung-ran

MONSIL

Kwon Jeong-saeng

LLUVIAS

Yun Heung-gil



한국문학선집

www.solareditores.com

Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V. Calle 2 #21,
San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Tel. (55)5515 1657
solar@solareditores.com



LTI Korea

Quehacer editorial

Es una revista especializada, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.

E

Ediciones del Ermitaño



www.solareditores.com

erótica

Libros que, con la fotografía de
Alejandro Zenker, abren un nuevo y
original espacio donde el texto erótico
se funde con las imágenes de
escritores y poetas acompañados de la
inquietante desnudez femenina



www.solareditores.com



 **Biblioteca**
Gustavo Sainz

Obras esenciales de uno de
los más célebres escritores
contemporáneos
de México

www.solareditores.com



ILLAC

**Instituto del Libro
y la Lectura, A.C.**

El objetivo general del ILLAC es realizar y fomentar la investigación, la docencia y la difusión en materia de las ciencias del libro y de los procesos y hábitos de lectura. Lo hemos creado como una iniciativa de la sociedad civil convencidos de que somos los individuos que intervenimos tanto en el proceso de producción como en el ciclo del libro quienes tenemos que atacar de frente los grandes retos que este país enfrenta en materia del libro y la lectura.

www.illac.com.mx

La RIEPA es una red incluyente de editores y proyectos alternativos independientes, abierta a todas las expresiones que promueven la libertad de expresión y la bibliodiversidad. Impulsada inicialmente por el ILLAC (Instituto del Libro y la Lectura, A.C.), con sede en México, y EDITA (Encuentro Internacional de Editores Independientes y Ediciones Alternativas), con sede en Punta Umbría, España, busca congregarse en una red social la enorme variedad de expresiones editoriales y culturales que luchan por abrir espacios en un mundo cada vez más ahogado por los intereses de los grandes conglomerados de empresas que comercian con la edición y la cultura.

RIEPA

**Red Internacional de
Editores y Proyectos
Alternativos**

www.riepa.org

Títulos de la colección

1. Felipe Garrido, *Tepalcates*
2. Alejandro Ramírez, *Entre mitos y flautas*
3. Eugenio Aguirre, *Ángeles y Demonios*
4. Alejandro Sandoval Ávila, *Agua zarca*
5. Ana María Jaramillo, *La curiosidad mató al gato*
6. Carlos Mongar, *Fragmentos sin fondo*
7. Virginia Jackson, *Géminis/Gemini*
8. Ricardo Bernal, *Metafísica del aborto*
9. Cristina de la Concha, *Historia de una pérdida y otros cuentos*
10. Héctor Perea, *Aguasvivas*
11. Víctor Sandoval, *Coplas que mis oídos oyeron*
12. María Velázquez, *Aun sin saber quién eres. Cuentos, relatos y alebrijes*
13. Eugenio Aguirre, *Los perros de Angagua*
14. Saúl Ibargoyen, *Poeta en México City*
15. Luis Ignacio Helguera, *Ígneos*
16. Alejandro Ramírez, *Tiempo de cuentos*
17. Cristina Gómez, *Puentes bajo el asfalto*
18. Sex-Teto y otras piezas para cuatro manos
19. Blanca Martínez, *Cuentos del Archivo Hurus*
20. Francisco Segovia, *Rellano*
21. Vueltas de tuerca, *Cuentos de escritores politécnicos*
22. Felipe Garrido, *Voces de la Comarca*
23. Hélène Monette, *Montréal brûle-t-elle? ¿Arde Montreal?*
24. Arduo Suaves, *Canutero*
25. El surco y la palabra, *Literatura emergente de Aguascalientes*
26. Óscar Edmundo Palma, *Periodismo en crisis*
27. Alí Chumacero, *Poeta de amorosa raíz*
28. Iván Portela, *Cantos de fuego (Cantos ivánicos)*
29. Luis Reyes de la Maza, *Juan Xóchitl I (El pontífice mexicano)*
30. Iliana Godoy, *Secreter*
31. Otto-Raúl González, *Sea breve*
32. Animalia, *Bestiario fantástico*
33. Hugo Gutiérrez Vega, *Lecturas, navegaciones y naufragios*
34. Águeda Pía Fernández, *Una mujer en vilo*
35. Adolfo Castañón, *El reino y su sombra. En torno a Juan José Arreola*
36. Saúl Ibargoyen, *Bichario*
37. Mónica Mansour, *Poema para Silvia/ Nómada de mí*
38. Luz Elena Cabrera, *Abelardo y Heloísa. El arte de la pasión*
39. María Guerra, *Vocación de viento*
40. León Guillermo Gutiérrez, *No mueras esta noche*
41. Aníbal Rodríguez Silva, *Memoria de escriba*
42. Eduardo Zambrano, *A ras de todo*
43. Patricia Jacobs, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y otros pueblos del Levante*
44. Pablo López, *El amor en pocas palabras*
45. Javier Contreras Villaseñor, *Cuadernos de humo*
46. Alejandro Ramírez, *Color de noche*
47. *Poesía ensayo y crítica en la vida de Ramón Xirau*
48. Eduardo Lizalde, *Las huellas del tigre*
49. La ciudad escrita, *Lauro Zavala*
50. Con Augusto Monterroso *en la selva literaria*
51. Mercedes Martínez Torres, *Clave de Sol y niebla*
52. Enrique Héctor González, *Anfropiiflume*
53. Águeda Pía Fernández, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*
54. Jade Castellanos Rosales, *De locas por la gran ciudad*
55. Elia Espinosa, *Poemas de la distancia*
56. Saúl Ibargoyen, *Graffiti 2000*
57. Pablo Aveleyra, *Memoria que dura*
58. Teresa Aveleyra, *Mi cuervo azul*

Títulos de la colección

- | | |
|--|---|
| 59. Teresa Aveleyra, <i>Cabo y rabo</i> | <i>divorcio de Blancanieves y otros cuentos</i> |
| 60. Teresa Aveleyra, <i>Cuentos de dichos y hechos</i> | 81. Javier de la Mora de la Peña, <i>Toda la flor del Universo</i> |
| 61. Teresa Aveleyra, <i>Pasos por el mundo</i> | 82. Ignacio Solares, <i>The golden coin: Freud or Jung?</i> /La moneda de oro: ¿Freud o Jung? |
| 62. Teresa Aveleyra, <i>El secreto de Lady Lucy</i> | 83. Elsa Cross, <i>Monzón. Poemas desde la india</i> (Antología) |
| 63. Miguel Ángel Tenorio, <i>Instantáneas de la ciudad</i> . Antología | 84. Saúl Ibargoyen, <i>Entreversos</i> |
| 64. Carla Pataky, <i>Estancias</i> | 85. Alejandra Peart Cuevas, <i>En estas horas</i> |
| 65. María Velázquez, <i>Cosas que todavía existen</i> . Cuentos, narraciones y sucesos | 86. Isidro Martínez García, <i>La travesía de los sueños perseguidos</i> |
| 66. Eko, <i>Denisse</i> | 87. Hernán Lavín Cerda, <i>Divagaciones del pequeño filósofo</i> |
| 67. Arturo Azuela, <i>Extravíos y maravillas</i> | 88. Orlando González Esteva, <i>La noche y los suyos</i> |
| 68. Alejandro Tarrab, <i>Centauros</i> | 89. Raúl Godínez, <i>El perverso enigma de tu ser</i> |
| 69. Encuentro de poetas, <i>Oaxaca 2000</i> | 90. Fernando Díez de Urdanivia, <i>Al final del viaje y otros cuentos</i> |
| 70. Teresa Aveleyra, <i>Carne de boiler</i> | 91. Elisa Buch, <i>A cuentagotas</i> |
| 71. Pablo Aveleyra, <i>Revoltijo</i> | 92. Arón Gilbert, <i>El último sobreviviente</i> |
| 72. Alejandro Osorio Ibáñez, <i>Agua lunar</i> | 93. Antonio Orihuela, <i>La destrucción del mundo</i> |
| 73. Poetas del mundo latino, <i>Oaxaca 2001</i> | 94. De ronda en ronda, <i>Antología itinerante de poetas españoles en México</i> |
| 74. Hernán Bravo Varela, <i>Comunión</i> | 95. Leandro Arellano, <i>Los pasos del cielo</i> |
| 75. Jade Castellanos, <i>Riscorso</i> | 96. Fernando Díez de Urdanivia, <i>Cuentos para 25 noches</i> |
| 76. María Luisa Erreguerena, <i>Un poco de alma</i> | 97. Pablo Chapoy, <i>Llorando en la oscuridad</i> |
| 77. La rebelión de los desobedientes, <i>Veinticinco años de poesía cubana</i> | 98. Aurelio Asiain, <i>¿Has visto el viento?</i> |
| 78. Pablo Aveleyra, <i>Onirográficas</i> | |
| 79. Voces de los Arcanos, <i>Antología de cuentos</i> | |
| 80. Federico Hernández Aguilar, <i>Último</i> | |

Breviarios

1. Víctor Roura, *El destino del telegrama*
2. Arduo Suaves, *Canutero de España. Periquetes de literatura*
3. Andrés García Barrios, *Crónica del alba*
4. Alberto Blanco, *Más de este silencio*
5. Arduo Suaves, *Los periquetes editoriales y otros tipografitis*
6. Arduo Suaves, *Canutero de Brasil. Periquetes de literatura*
7. Arduo Suaves, *Canutero de Cuba. Periquetes de literatura*
8. Arduo Suaves, *Canutero de Quebec. Periquetes de literatura*
9. Arduo Suaves, *Canutero de Cataluña. Periquetes de literatura*
10. Arduo Suaves, *Canutero de Perú. Periquetes de literatura*
11. Arduo Suaves, *Canutero de Colombia. Periquetes de literatura*
12. Arduo Suaves, *Canutero de Italia. Periquetes de literatura*

Títulos de la colección

Separadores

1. Eko, *Los separadores de Minimalia*
2. Carlos Ranc, *Para ver antes de ir a la cama (taedium vitae)*
3. Marco Antonio Campos, *Antología del verso único*

Género y salud sexual

1. *Derechos sexuales y reproductivos de niñas y niños desde una perspectiva de género*
2. *Masaje clásico terapéutico*, Socorro Rocha
3. *Agenda erótica femenina 1998, 1999, 2000, 2001 y 2002*
4. *Agenda erótica masculina 2001*
5. *Agenda erótica femenina 2004*

Infantil

1. Pedro Bayona, *Historias de cocodrilos*
2. Esteban Domínguez, *Detrás de la barda*

Cómic

1. Jaime López y Felipe Ehrenberg, *Rolando Trokas. El trailerero intergaláctico*

Erótica

1. Gustavo Sainz, *Batallas de amor perdidas*
2. Edmée Pardo, *Flor de un solo día*
3. Hernán Lara Zavala, *Muñecas rotas*
4. Alberto Ruy Sánchez, *La huella del grito*
5. Josefina Estrada, *Te seguiré buscando*
6. Guillermo Samperio, *Despadrada*
7. Rafael Ramírez Heredia, *Aprisionarte quisiera*
8. Mauricio Molina, *El último refugio*
9. Huberto Batis, *Amor por amor*
10. Jorge F. Hernández, *Milonga para una intrusa*
11. Blanca Castellón, *Los juegos de Elisa*
12. Andrés de Luna, *El aprendizaje del ahora*
13. Miguel Ángel Tenorio, *Muy buenas todas ellas*
14. Poli Délano, *La película clara*
15. José de la Colina, *Las medias fantasmas de Leda R.*

Títulos de la colección

16. Jorge Valdés Díaz-Vélez, *Cámara negra*
17. Enrique Héctor González, *Los párpados de Leda*
18. Guillermo Fárber, *Tè vi pasar*
19. Alejandro Ramírez, *Los días de calor*
20. Sandro Cohen, *Ahora que lo pienso*
21. Rocío Boliver, *La Congelada de Uva. Saber escoger*
22. Pé de J. Pauner, *Labelum*

Biblioteca Gustavo Sainz

1. *Compadre Lobo*
2. *La princesa del Palacio de Hierro*
3. *Gazapo*
4. *Muchacho en llamas*
5. *A troche y moche*
6. *Fantasmas aztecas*

Literatura coreana

1. Yun Heung-gil, *Lluvias*
2. Jo Kyung-ran, *En busca del elefante*
3. Kwon Jeong-saeng, *Monsil*
4. Lee Hyo-seok, *Cuando florece el alforfón*
5. Kim Chunsu, *Razón de las sinrazones*
6. Park Wan-suh, *¿Seguirá soñando?*
7. Hwang Sun-won, *Los árboles en la cuesta*
8. Hwang Sok-yong, *El huésped*
9. Kim Jong-gil, *Ya queda poca luz del día*
10. Gong Sun-Ok, *La familia itinerante*

Yo medito, tú me editas

1. *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*
2. Jorge Herralde, *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*
3. Juan Domingo Argüelles, *Del libro, con el libro, por el libro... pero más allá del libro*

Revistas

Quehacer editorial, núm. 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7
Transgresiones, núm. 0, 1 y 2



QUEHACER EDITORIAL es una revista especializada, en proceso de transformación desde su nacimiento, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector y que hemos convocado a constituir el Instituto del Libro y la Lectura.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

El libro ha pasado por muchas revoluciones. La que hoy vivimos es quizás una de las más impactantes, una de las que más han calado en nuestro quehacer. Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.



Ediciones del Ermitaño

MINIMALIA es una colección que aprovecha y explora las nuevas tecnologías de composición y producción digital con el fin de crear nuevos paradigmas que lleven la palabra del autor al lector.

www.solareditores.com